VICTORIO SYLVA

¡ASÍ SEA!

SEGUNDA EDICIÓN

ARNOLDO MOEN, Editor
NUEVA LIBRERIA EUROPEA
81 CALLE FLORIDA
BUENOS AIRES

1893

¡ASÍ SEA!

POR

VICTORIO-SYLVA

SEGUNDA EDICIÓN

ARNOLDO MOEN, Editor
NUEVA LIBRERIA EUROPEA
314 CALLE FLORIDA
BUENOS AIRES

1893

Al orador eminente

que reune la ciencia del hombre de Estado y la erudición del artista á la cortesía del gentilhombre

Al Dr. Aristóbulo del Valle

El Autor.

¡ASÍ SEA!

NOVELA AMERICANA

PRIMERA PARTE

I.

Hacía un calor sofocante. Dí una vuelta por el comedor y pasé á saludar al dueño de casa, que en compañía de varios amigos se encontraba en el cuarto que él llamaba ostentosamente la «biblioteca». Esta era inmensa, atestada de cuadros, litografías y algunos malos grabados al agua fuerte. Allí se codeaban Mitre con Monk, Rocha con Judas y Juan Sin Tierra, Castelar con Lot, Talma con Pio IX, Roca con Maquiavelo y Cromwell, el rey Nasone con Deburau, Prim con Piérola, Felipe II con Monseñor Gandarilla. Veíanse colgadas en las paredes acuarelas de cinco pesos,

que nuestro hombre comprara por cincuenta. Encima del escritorio yacían hacinados broncecitos representando á Shakespeare, Bacon Guzmán Blanco, Bruto, Jorge Sand, Adah Menken, el trágico Macready, Bernadotte y Mazzantini. Yo, como poco aficionado á esas preciosidades, quise saber los títulos de aquellos volúmenes rojos y negros, simétricamente alineados en los estantes. Acerquéme, y en la primera fila encontré algunas obras de Teodoro Mügge, Chateaubriand completo, *les Rayons et les ombres* y las *Notas á la Biblia*. En la segunda y tercera fila, un fárrago de novelas traducidas del francés, donde dominaban Ernest Capendu, Paul Féval, el bibliófilo Jacob, de Gondrecourt, Ponson du Terrail y Fortunato de Boisgobée—aquel coleccionista debería de haber sido pregonero en la Edad Media, si la metempsicosis no es una palabra vana. Ví también un ejemplar de *Struensée* y un viejísimo tomo de las comedias de Tirso de Molina, edición Rivadeneyra. Abrí algunos de los tomos aquellos y observé que Chateaubriand, Hugo y Voltaire tenían olor á muerto, es decir, ese olor característico que toma el papel exento de la luz; en cambio Féval y Capendu estaban ajadísimos, lo que

probaba la familiaridad con que los tratara su dueño. Aquello me reveló á mi hombre todo entero. Me equivocaba: mi huésped no había sido pregonero en el siglo XII, sino verdugo; pirata á fines del XVII y *parvenu* en el XIX.

Aquel viejo, que con su bata de terciopelo pretendía semejar á Napoleón moribundo, se me había sentado en el estómago. Sus ojillos grises, hueros por las vigilias, iluminaban un rostro apergaminado, que acusaba muy mucho orgullo del dinero, bastantes ambiciones, excesiva petulancia y exagerado amor propio; en cambio sus gruesos labios é hinchado cuello, la expresión cínica de su boca y hundidas mejillas, revelaban su ninguna continencia.

Fuése hasta su biblioteca y escogió un volumen que puso en mis manos, para que admirase su riquísima encuadernación. Contemplé fijamente á los sujetos que le acompañaban y me eché atrás con espanto,—las mismas caras, los mismos tipos, idénticas fisonomías: *boucaniers* del tiempo de la Conquista, negreros del siglo pasado, politicastros del día.

El tomo que tenía ante mi vista era la *Monja ensangrentada ó el juramento de los cuatro proscriptos*. En la portada se veía un hombre que daba un abortivo á su madre pa-

ra comerse el feto en seguida; la mitad del libro registra un capítulo con el siguiente epígrafe: «De cómo el enano mosén Suero Cantueso combate contra veinte armados, sin más defensa que unas tijeras.» Al fin de la obra el protagonista se arroja á una letrina.

Disculpéme diciendo que estaba comprometido para bailar la mazurka que en aquel momento principiaban á tocar en la sala y abandoné al viejo, muellemente tendido en su sillon voltaire.

*
* *

Marcela estaba divina; llevaba un traje de seda blanco; sus diminutas manos cubiertas con un estrechísimo guante del mismo color; en su garganta lucía un doble collar de oro adornado de rubíes y esmeraldas.

Marcela era morena, ojinegra, pálida, con ese color, permítaseme llamarlo así, de la cáscara de un huevo de pato, es decir, tenía esa palidez mate animada por la pasión, tan propia de las trigueñas. Su boca pequeñita y descolorida, su nariz recta, casi al nivel de la frente, sus cabellos negros como el ébano, finos, profusos, su talla mediana pero admirablemen-

te proporcionada conjuntaban de un modo soberbio. Hace algún tiempo que no la veo, y no obstante recuerdo su torneado brazo, la morbidez de su garganta, el timbre metálico de su voz y la viveza de su imaginación. Tenía un trato muy ameno y manejaba con mucha gracia la paradoja y la ironía. Su instrucción era muy vasta para una señorita; sabía de memoria casi todos los novelistas franceses contemporáneos, pero tenía preferencia por los del pasado siglo. En el cuarto cajón de su cómoda escondía lo más selecto de Crébillon, Mercier, Laclos, Pigault-Lebrun, Piron, Rétif de la Bretonne, Louvet de Couvray, el marqués de Sade y del autor de *la Religiosa*, que representaban para ella las nueve musas vestidas de chupa, tricornio y capa de lamparilla.

A pesar de que yo no tenía gran confianza con esa niña y nos tratábamos de *usted*, la conocía desde algunos años atrás: su madre, peruana como la mía y su amiga de infancia, visitábanos á menudo y nos tenía en mucho, á juzgar por las canastas de lúcumas y chirimoyas de que abastecía nuestra mesa en cuanto llegaba el mes de Septiembre. Recibía estas exquisitas frutas directamente del Perú

y como buena hija de los trópicos era tan aficionada á ellas, que decía siempre que una persona podría resistir á venderse por un puñado de billetes, pero que la conciencia más timorata no se mostraba jamás rehacia ante un centenar de aquella embalsamada manzana, y que con ella hasta la gloria podría comprarse, pues bastaba enseñarle una á San Pedro para que éste le dejara franca las puertas del cielo.

Yo no sé cuanta verdad encerrarán las sentencias de la madre de Marcela; sólo puedo decir que si ella no ha ganado la gloria, consiguió por lo menos su indulgencia, pues el Padre M... le perdonaba de continuo sus pecadillos, en cambio de la fruta que esta señora le regalara; fruto que existió en tiempos de la Creación y que sin duda debió conocer Adán, á pesar de la Geografía, que señala á la lúcuma como originaria de América, pues el Paraíso, á creer á la Biblia, contenía toda la flora del mundo.

Marcela había odiado siempre la existencia tranquila de la familia, los goces quietos del hogar, las alegrías secretas del deber cumplido. Desde muy niña la sedujeron las novelescas aventuras, los cuentos que terminan en casa-

miento, las puestas de sol entre un bosque solitario, con un pastorcito rubio y fornido del brazo, viendo correr las aguas serenas, perdiéndose después con él entre las ramas, como para no volver nunca á la casa paterna. En las tertulias de confianza gustábale recitar esas novelas psicológicas del día, y con su voz, su acento y el ademán sabía esculpir lo que los autores apenas se atrevieron á diseñar; entonces se posesionaba, metíase en la piel de cada uno de los personajes, accionaba, declamaba... todo por el placer de verse admirada, de llamar la atención. Abandonaba á sus compañeras los juegos de visitas, de muñecas y esas pavorosas historias de aparecidos, para sentarse en un rincón apartado, solazándose con las imágenes ardientes que evocaba, al recuerdo de una palabra escuchada á dos pilletes en la calle, al *groom* en la portería, de una faldera salida que apedreaban en la plaza. Era la pesadilla de los invitados. Elegía el momento en que la conversación estaba más animada para hacerse oir desde la antesala con alguna romanza de Víctor Massé ó de Lecoq, que aprendiera á hurtadillas de la tendera de enfrente, antigua corista francesa y ante quien pasaba las horas muertas escuchándola desde el balcón. Marcela tenía la voz

justa y cantaba con alma; y muchas veces la llamaron desde la sala para que repitiera tal ó cual estrofa junto al piano. Era inútil, el éxito estaba ya alcanzado; ni ruegos ni promesas le hacían anudar la interrumpida armonía. Luego revolvía por el comedor, donde se atiborraba de dulces y escapaba hasta la cocina, para sorprender alguna de esas frases saladitas que tanto la halagaban. A pesar del dictado de «machona» que le daban sus compañeras, rebuscaba con ansia los muchachos para sus juegos. Esos arranques varoniles de los hombrecitos la enloquecían; sus descompuestas voces, sus brincos, sus zapatetas, sus luchas á brazo partido, la ponían fuera de quicio; sus juramentos, sus palabras malsonantes la preñaban de gozo. Ella no las pronunciaba nunca, pero sabía saborearlas en el fondo de su alma con una complacencia salvaje. Las costumbres de su familia, además, daban pábulo á sus instintos. Cuando por acaso alguna de sus amiguitas consentía en visitarla, su madre le iba sonsacando uno á uno sus secretos caseros: «Si era cierto que su papá venía á deshora para sorprender á su mamá, tomando te con el secretarillo en el comedor; si era verdad que sus padres se habían casado después de bautizar

el primer hijo; que le dijera por qué su mamita tenía predilección por las sirvientas bien parecidas, que tan bien alimentaba, pues casi todas ellas salían gordas antes de los seis meses...» En seguida la escudriñaba el vestido, el sombrero, el peinado, registrábale hasta las enaguas y la camisa, para ver si la limpieza interna correspondía á la elegancia exterior. Marcela entonces, á pesar de las protestas de la chicuela ponía al descubierto sus pequeñitos y trémulos miembros para convencer á su madre de que su amiga aplicaba la higiene, no sólo á las ropas sino al cuerpo entero. Desde que cumplió los diez años la turbaba la vista de un hombre, se enrojecía, ocultábase debajo de la mesa y desde allí daba á entender esas risas ahogadas y fingidas con que su temperamento se revelaba tan precozmente. A los postres, cuando tenían invitados á su mesa, le atacaba un sueño persistente y se dormía ó simulaba dormir sobre el plato; levantábase luego, dejándose caer en el sillón próximo, pálida, con los ojos entornados, enseñando el nacimiento de la pantorrilla, en tanto que su corazoncito levantaba sus pezones con movimientos desiguales. Su madre, que daba rienda suelta á las «mimosidades» de su hija predilecta, se levantaba riendo para

enseñar los retratos de la familia ó las flores del invernáculo, y cuando algún convidado quedaba en el comedor encendiendo su cigarro ó para concluir la última botella, Marcela se revolvía en su sillón, suspirando como quien despierta de un sueño profundo, para volver á echar su cabecita atrás con los ojos cerrados. Las criadas le tenían miedo. Se desnudaban á obscuras, pues más de una vez la sorprendieron aguaitando por el ojo de la llave entre conmovida y risueña. Así creció. Sus lecturas hicieron el resto.

Marcela tenía dos años más que yo, pero era tan bonita y cuidaba tanto de su persona que no representaba catorce. Desde la época en que me declaró su cariño, detrás de un mueble, no dejó de asistir á las tertulias que daba mi madre en nuestra casa de la calle del Estado y aquella ya no sabía qué hacer con tanto plátano, tanta lúcuma y tanta chirimoya. Plátano por la mañana, lúcuma á medio día y chirimoya á la tarde; chirimoya, lúcuma y plátano por la noche; así estuvimos toda una primavera.

En cuanto á mí recibía los ramitos de jazmines por centenares, y todos los domingos me enviaba su carruaje, para que las acom-

pañara á la Quinta Normal ó al Campo de Marte. Desde aquella época me sé de memoria los árboles del parque y hasta los bancos que yacen á lo largo del estanque. Hay allí un sauce secular que el año pasado todavía conservaba mi nombre grabado sobre su corteza.

Una tarde que estábamos sentados á su sombra se le ocurrió á Marcela escribirlo con mi cortaplumas. Qué furor por los geroglíficos en aquella chicuela! Hoy mismo pueden verse amorcillos y corazones atravesados, pintados con lápiz, en la armadura de Valdivia y los esqueletos anti-diluvianos que se conservan en el Museo. Marcela tenía admirables predisposiciones para los trabajos que exigen la paciencia y excluyen el talento. Si hubiera podido descifrar en las antiguas hojas de pápiro, así como sabía ejecutarlas de una corteza de álamo para grabar en ellas los géminis del Zodíaco, hubiera conseguido el diploma de diligentísima arqueóloga y seguramente que ninguna de su sexo le disputara la mención honorífica de la Sociedad Científica.

Antojósele á poco aprender el dibujo y por consiguiente yo tuve que ser su profesor. Pero en lo que menos pensaba era en mis lecciones. En cuanto le ponía el lápiz en las

manos pretextaba dolores neurálgicos, jaqueca, qué sé yo! enfermedades que no le privaban de entretenerse pintándome el estado de su alma, la melancolía profunda que la devoraba y la simpatía que unía nuestras dos existencias con su misterioso fluido.

Como esta familia iba todos los veranos á San Bernardo, yo no pude dar á Marcelita más de tres ó cuatro lecciones; el mes de Noviembre llegó y con él la partida de mi discípula para el campo.

Antes de marcharse me arrancó la promesa de una visita y que no hiciese falta á un baile que en la semana próxima tendría en casa de Torrecilla, donde se recibía todos los sábados.

Fuí puntual; llegué en el último tren y cuando ya principiaban los primeros lanceros.

*
* *

Al salir de la biblioteca de Torrecilla me había sentado, aburrido y triste, junto á la puerta de entrada, á medias oculto por una cortina. Desde allí veía pasar las diferentes

parejas, sorprendiendo más de una vez palabras embozadas, risitas comprimidas, alentadoras ojeadas. Allí estaba Sixto Cisneros, siempre grueso, siempre joven, siempre contento. Acababa de llegar de una de las provincias del Norte, donde tenía una mina de plata, cuya veta había estado buscando durante diez años con una paciencia de salvaje. A la sazón se le creía rico de cuatro millones, pero los envidiosos añadían que el filón estaba ya agotado y que su ruina era muy próxima. Había vuelto henchido de ambiciones, sediento de consideración y de renombre, y mientras aguardaba la cartera que su tío le prometiera, se entretenía en cortejar á la señorita de Medina, que tiene fama de ser la mujer más hermosa de Santiago y de quien estaba enamorado había mucho tiempo.

Cada vez que me encuentro solo me divierto conmigo mismo, riéndome de las debilidades del mundo entero: y la soledad es una cosa tan indispensable á mi naturaleza, que cuando no puedo huir de las gentes, para satisfacer esta necesidad á que el espíritu me obliga, tengo de condenarme á formar «rancho aparte», á sentarme en un rincón aislado y ponerme en comunicación con el

instinto crítico que rige todas mis acciones. Entre él y yo formamos dos personalidades diversas; él todo risa, todo práctica y esperiencia de la vida; yo todo sentimiento, capricho y fantasía, trabamos de continuo los coloquios más curiosos de que Vds. pueden tener idea. Cuánto me ha hecho reir en mis momentos perdidos en las conversaciones que he tenido rostro á rostro con él! Empero, cuántas veces también le hice morder la lengua indicándole dolores ignorados, pesares sin cuento, fallidas aspiraciones, imperecederos recuerdos!

Aquella noche, pues, me preparaba á tener un rato de conferencia con mi otro yo; en alta voz, según añeja costumbre, acababa de hacerme la siguiente pregunta:

—¿Qué es el baile? ¿Una diversion cultísima, un ejercicio, un lugar destinado para solaz del espíritu?

—No, contestó una voz á mis espaldas, no; la danza es la piedra de toque de la civilización de un pueblo, el barómetro del cariño; es el paraíso de las hermosas, el infierno de las viudas, el limbo de las casadas, el valle de Josafat de las solteronas; es la causa primordial del sentimiento divino que anuda los

dos sexos Si no hubiera sido por el baile, Enrique IV, Richelieu, Alfieri y Madama Staël se quedaran en embrión, pues debieron su engendramiento á una zarabanda. Para conocer los más ocultos dobleces de la conciencia humana no se la estudia en los libracos de filosofía, ni en el confesonario, ni en la mesa de juego, como pretenden; se la analiza en las cuadrillas, en el schotis, en la cueca. El baile es el complemento de toda fiesta, así como el cigarro puro lo es de toda buena comida. El baile es el *hors d'œuvre* del amor; es el *apérital* del mancebo, el *cocktail* del hombre maduro, la *chartreuse* para el anciano; es la chicha de la joven prometida, el ajenjo de la casada, los *bichos moros* de la viuda y los chicharrones de la solterona. «Si no hubiera alguien que bailara, el sol se extinguiría.»

A estas palabras, pronunciadas con acento metálico, agudo y penetrante, me volví y encontré con un hombre de talla colosal, rubio y dueño de una fisonomía bellísima y de distinguida apostura.

Una barba dorada, partida en dos rizos, descendía hasta la mitad de su pecho.

Manejaba unos ojos soberbios, grandes, que

revelaban todo el orgullo de la juventud y de la franqueza.

Aquellos ojos podían expresar el amor, no la cólera; eran ojos como los tienen los somnámbulos y los iluminados, como debieron tenerlos Cristo, Santa Teresa y Urbano Grandier.

—¡Qué! ¿No me conoces? dijo. ¿Cuatro años de ausencia me han transformado tanto? Soy León Alquicel.

—¡León Alquicel!

—¡Gracias á Dios!

—Pero ¿quién diablos había de conocerte con esa inmensa barba? respondí estrechando la mano que me tendía; te fuiste tan muchacho... ¿Cuándo has venido?

—Hace tres días.

—¿Por el Estrecho?

—No, ese viaje es una eternidad. Transbordé en Montevideo, estuve algunas horas en Buenos Aires, metíme en el tren, permanecí una semana en Mendoza, donde me aparejaron una mala mula, pasé la Cordillera y... heme aquí.

—¿Qué te ha parecido Buenos Aires?

—Un barrio de Génova, otro de Burdeos, otro de Marsella, sobre una inmensa extensión de terreno; gente andariega, curiosa y ligera;

calor tórrido, mosquitos, municipalidad lamentable; caballos, carruajes, cornetas de tranvía; rematadores, abogados, vendedores de diarios, ostentación, lujo y miseria; hombres mal educados y hermosísimas mujeres engalanadas como las *cocottes:* es la impresión que me han dejado doce horas de permanencia en la capital argentina.

—¿Y Mendoza?

—Muchos árboles, cocheros ladrones, ruines edificios, modismos chilenos, riquísimas uvas, hombres serios, morenos, con el pelo largo y la mirada torva, mujeres pizperetas, feas, flacas y ávidas de casarse.

—¿Y la Cordillera?

—Querido, me he convencido una vez más de que los poetas son los mayores embusteros de la creación. ¿Dónde está esa belleza que tanto nos ponderaban? ¿Dónde la poesía de esas rocas desnudas de vegetación y todas del mismo color de café obscuro? Yo que no soy poeta declaro que la única calificación que merece esa inhospitalaria mole, es esta: el *non plus ultra* de lo horrendo. Que me digan que su vista inspira triteza, espanto, lo admito—también impone el mar, la soledad y la muerte—pero...

—Pero, hombre, repara en que los más ilustres narradores chileños y argentinos...

—¡Al diablo con todos ellos! Si hubieras atravesado los Andes como yo, á horcajadas sobre una mula flaca, *mañera de oreja*, empacadora, lerda, *quebrada en la boca*, mordedora y *coceadora al estribo*; si después de un día entero de camino al paso consiguieras llegar á una posada, al lado de la cual aquellas descritas por Cervantes son morada de sibaritas; si hubieras sufrido fuertes retortijones por haber bebido en el Pincheuta, que arrastra substancias minerales; si después de todo esto, al llegar á Santiago te encontraras con la cara quemada como un ladrillo, ardidas las pestañas y la nariz hinchada como una patata...—mira, aun no se me ha concluido de despellejar—¿qué dirías del espectáculo sublime?... ¿Sabes lo que son los poetas? añadió encorbando su gran estatura y hablándome muy bajito; los poetas son los animales más estrafalarios, más perjudiciales del orbe. Debería hacerse con ellos lo que con los perros cimarrones que antaño infestaban los campos de Buenos Aires—como me decía un hacendado que venía conmigo en el tren—¡echarles carne envenenada! matarlos á bolazos!... ¿Sabes lo que son bolas? los *la-*

quis de los araucanos. El cuyano no las abandona jamás y por lo común lleva dos pares de ellas: unas, las de potro, en la cintura; las otras, las de avestruz, atadas á los *tientos del recado*. Estos detalles, que enriquecerán mi colección de anécdotas, los debo á una especie de señor feudal, que goza, allá en su distrito, de grandísimo prestigio, merced á la liberalidad conque maneja el dinero, distribuye raciones de hierba mate y falsifica registros electorales. Te respondo de que mi compañero de viaje es un grande hombre—es más alto que yo—; y aunque tiene las piernas arqueadas le cae bien el uniforme militar. Tan grande hombre es que el actual presidente no hace nada sin consultarle. ¿Creerás por eso que su cabeza gris encierre más ciencia que una botija? No, es *práctico*, diputado y jugador de Bolsa; hombre para quien los libros no son más que papeles mojados, el talento patrimonio de los gringos y el arte y la inspiración credenciales para el manicomio. Estas gentes, que pertenecen á la familia de los anélidos, no tienen la menor idea de patriotismo; conservadores en la más lata acepción de la palabra, su único afán consiste en atesorar y chupar la bombilla. Son valientes; siempre se están comiendo

el cielo y la tierra. Dos cosas sólo temen en el mundo, la seca y la revolución; la primera le diezmará su familia, la segunda arreará con sus *tropillas de un pelo.* Por ese patrón están cortados todos los estancieros de Buenos Aires.

II.

Aquel charlatán sempiterno concluyó su parlamento justamente cuando mi amigo Gabriel Camalote abandonaba la sala para acercarse á nosotros.

—¿En qué tren has llegado, Barbudo? preguntó á Alquicel.

—En el de la tarde, pero me entretuve hasta última hora en casa de micer Augusto Alpaca. ¿De qué estaban hablando tan acaloradamente á mi llegada?

—León me contaba sus impresiones de viaje, respondí sonriendo.

En aquel instante una pareja que se dirigía

al comedor cambió al pasar una sonrisa con Gabriel y un saludo con nosotros.

—¿Quién es esa señorita? interrogó Alquicel.

—La menor de las de Higuera.

—No la había conocido; verdad es que cuando dejé de verla todavía era una chicuela. ¿Y Enriqueta?

—Enriqueta se casó.

—¿Con quién?

—Con Paco Ramirez.

—¡Cómo! ¿con Paco Ramirez? Pero si no hace cinco meses que le encontré en Paris, en donde se había comido su último franco y no le quedaba con qué comprar una soga para ahorcarse.

—¡Ahí verás! Paco Ramirez llegó á Santiago sin un centavo, sin crédito, sin relaciones, pues todo el mundo se había olvidado de él; pero es un muchacho simpático, le quedaba un ajuar de ternos cortados á la última moda; pronunciaba las *rr* con afectación, hablaba del teatro del Odeón, del Vaudeville y del Gimnasio; recordaba sus excursiones á Niza, Monte-Carlo y Nápoles; hacía paralelos entre Balmaceda y el General Boulanger; usaba lentes, fingía comer á la francesa y echaba pestes contra la *cazuela*, los *picarones*

y el *valdiviano.* Enriqueta, novelesca como todas las mujeres, siempre prontas á interesarse por aquello que se distingue entre lo que le rodea, aunque no sea más que por el color del chaleco ó el corte del pantalón, Enriqueta, repito, se encaprichó por él, y una mañana dijo á su padre que si no la casaba con Ramírez tomaría una disolución de fósforos. El padre no quiso recargar su conciencia con otro remordimiento más; casó á la niña con el noble arruinado y se dispuso para su cuarta quiebra, que le acarreó quinientos mil duros de beneficio, limpios de polvo y paja.

Acababa Gabriel de hablar, cuando pasó un muchacho con una bandeja de dulces en una mano y en la otra un platillo con una copa de cerveza. Camalote le hizo señas para que se aproximara.

El muchacho obedeció.

Gabriel cogió la copa y la apuró de un trago.

El chiquillo se quedó contemplándole sorprendido.

—¿Por qué me miras así? ¿qué esperas? le dijo aquel

—Señor, si esa cerveza era para don Daniel Tasa Real.

—Llévale otra, qué diablo! ¿O no hay más *malta* en casa?

—¡Oh! Aun tenemos un barril en el sótano, sin contar ocho docenas de botellas qne abriremos muy lueguito.

—Bueno, anda, lleva á Daniel su cerveza y de paso me traes un poco de *pisco*.

—¿En un jarro, señor? observó con candidez el muchacho.

—No, una copa bastará, pero una copa grande ¿oyes? así, de medio litro.

—*Al tiro*, señor.

—¿No bailas, Gabriel? dijo Alquicel.

—¿Bailar yo?

—Tú, sí, ¿por qué no?

—Yo no bailo jamás.

—Según veo, no piensas como Alquicel, para quien el baile es el supremo goce, el termómetro del alma. . . ¿Cómo le llamabas, León?

—¡Ah! ¿el Barbudo dice eso? . . . Pero el Barbudo no sabe lo que habla. . .

—¡Bueno! interrumpí: después de haber oído la opinión de Alquicel quiero conocer la tuya. Dime ¿qué cosa es el baile?

Camalote echó el cuerpo hacia atrás, cerró los ojos y llevó las manos á las caderas, como

si tratara de sacar de allí la definición que se le pedía.

—¿Qué buscas?

—Los bolsillos. ¡Ah! es verdad que me he venido con el pantalón de baile. Yo no puedo improvisar con las manos al aire libre. Bueno, las meteré en los bolsillos del chaleco. . . Eso es! ¿Qué me decías, hermoso pintor, poético Clarence? Ah! me preguntabas lo que es el baile? El baile, para mí, es un resabio de los tiempos en que nos vestíamos con taparrabo; un lupanar moral diplomado por la costumbre y donde el papá, la mamá y el piano forman un tercero admirable. No, no te rías con aire de fingida lástima, Barbudo; ni tú tampoco, sentimental mancebo, me mires de ese modo; tengo el valor de mis apreciaciones. He dicho que el baile es una mancebía, cuya madama es la madre de familia y en donde la más cándida doncella, después de una *temporada*, sale más instruída que una viuda inglesa que se desayuna con la Biblia y se acuesta con el *Baroncito de Faublás*. No me creen, eh? pues aquí estoy yo para probarlo.

Cogióme del brazo y nos condujo hasta un sofá que había junto al piano.

Dejóse caer en él, operación que imitamos nosotros.

Como se hubiera arrellanado en el centro del asiento, yo me coloqué á su izquierda mientras Alquicel ocupaba la derecha.

Aproveché el momento en que Gabriel rumiaba la disertación que sobre la danza nos prometiera, para echar una ojeada sobre los objetos que tenía en derredor y darme cuenta de los gustos y aficiones de la dueña de casa, patentada madama, según la expresión audaz de mi amigo Gabriel Camalote.

La sala era vastísima. Allí no había bronces ni cuadros, pero en cambio el lujo chillón que reinaba por do quiera, decía bien claro la vulgaridad nativa y adquirida elegancia de la mujer de Torrecilla.

En el fondo un mediano retrato al pastel se recomendaba por su gran parecido con el coleccionista de cuentos sepulcrales. En la pared de enfrente, junto al piano, encima de nuestras cabezas, apareaba con él un anciano, también dibujado al pastel. Aquella cabeza cubierta con un cano bisoñé encrespado sobre la frente, pedía á gritos una boina encarnada por único tocado. Aquella cara limpia de barba como la de un cura, á medias oculta

por un engomado cuello, que unas indiscretas orejas impedían llegar hasta las sienes, parecía contemplar atónita la esplendidez de decoraciones que le rodeaban y recordar, arisca, unas blancas paredes, unos muebles de paja y el tamboril y la gaita, en lugar de aquel horroroso piano, que desde el clavo á que estaba suspendida se veía precisada á escuchar todas las horas del día. Aquel cuerpo fornido, estrechado por un frac de alta solapa, lamentaba la ausencia de la primera blusa que llevó en su primera comunión, cuando guardaba las vacas de su padre, y aquella mano que descansaba sobre sus rodillas, ancha, morena y velluda, adornada por un plegado puño de batista y destacándose del fondo sombrío de la tela, revelaba con elocuencia los groseros trabajos á que se dedicara en sus primeros años.

—¿De quién es este retrato? pregunté á uno de los hijos de la casa, sentado á poca distancia de nosotros.

—De Don Ramón de Torrecilla de los Zaragüelles Roelas, mi abuelo.

—¿Era proveedor del ejército, secretario de Obras Públicas, limosnero de un convento, juez de menores, director de la Penitenciaria ó desempeñó algún puesto público en la Re-

pública Argentina, pues logró dejar tan bonita fortuna á sus descendientes?

—No, señor, mi abuelo fué un hidalgo navarro, que arruinado por la primera guerra carlista tuvo que venir á buscar fortuna al Nuevo Mundo. Poco después de su llegada puso una fábrica de polvo de ladrillo en Valparaiso; luego comenzó á prestar dinero con un interés muy módico; dos años después era rico, gozaba de gran consideración y sus vástagos están habilitados para contarse entre lo más linajudo de Chile. Oh! no hay cuidado de que V. encuentre un solo *pije* en mi familia! Ese retrato que mira con tanta atención, como inteligente, fué confeccionado por Monvoisin. Tiene la fecha de 1838.

El ilustre castellano hizo un saludo y se alejó lentamente con dirección al comedor.

Tuve tentaciones de llamarle para que me explicara cómo Monvoisin que nunca había sido pastelista, pudo «confeccionar» ese retrato, cuatro años antes de su llegada á Chile; pero Gabriel, indicándonos las parejas que los movimientos del vals hacían pasar rasando nuestras piernas, dijo riendo:

—Contemplen Vds. esos ojos lánguidos, esas fisonomías animadas, esos trémulos apretones

de mano; escuchen esas palabras ardientes y entrecortadas, esas contestaciones por monosílabos; examinen las cariacontecidas figuras del último término, que parece que no ven nada y que sin embargo lo observan todo; reparen en aquella señorita, con su traje blanco ceñido á las caderas, sus brazos desnudos, sus arreboladas mejillas, sus ojos pintados á la oriental, su embustero corsé y elocuente tontillo, su cuello descubierto hasta el comienzo del seno, rodeado por una cascada de diamantes cuya adquisición costó á su padre un limpión en la cabeza; consideren su flexible talle, obediente al menor impulso del compañero y estrechamente enlazado al suyo como la liana al olmo; columbren el latir del corazón, el ardor de la frente, la atracción magnética, la torpeza y rigidez de los miembros; registren Vds. esas conciencias, pulsen aquellas arterias, desentrañen aquellos impulsos que la voluntad se empeña en guardar y que pugnan por manifestarse, y encontrarán en la mujer la intuición del acto carnal, en el hombre deseo formidable. Yo no comprendo el baile sino entre los hombres del Norte, los ingleses, los polacos y los flamencos que...

—¡Toman el baile como un digestivo! excla-

mó Alquicel fuera de sí. Para esos temperamentos bajo cero, el fluido hipnótico de unos ojos negros y el rozamiento de la piel femenina tienen menor influjo que una botella de cerveza. En esos hombres del Norte, cuya apología quieres hacernos porque sabes cuanto se te parecen, domina el *bisteque* á la fantasía, el tabaco á la música y al amor el vientre. El ensueño que la pasión engendra, la desesperación causada por un amor sin esperanza (Gabriel sonrió), la sensación de bienestar que inspira una melodía nocturna, el irresistible arranque que os hace lanzar un grito, cuando una voz querida murmura inopinadamente vuestro nombre al oído, mientras sentís su corazón como un eco vivo y cercano, diciéndoos por lo bajo: «te amo! te amo! te amo!» son cosas desconocidas para esos bípedos del Norte, remedos del hombre, esperpentos de Europa y en quienes el supremo goce consiste en especular en acciones de caminos de hierro y escribir tomos infolio acerca del libre cambio.

—¡Pero, hombre, no digas desatinos, por Dios! Dime, ¿leíste á Schiller, á Goethe? Puedes encontrar más pasión entre todos tus poetas del Mediodía?

—Esas son teorías que desde Conrado de Franconia, su primer rey, hasta Federico Guillermo, monarca actual, ningún alemán ha llevado á la práctica. Cuando á esos germanos les da por el sentimentalismo, puede asegurarse que el mercurio se ha escarchado en el termómetro. ¿Quieres que saltando del baile al amor, te defina en dos palabras nuestra manera de querer y la de esos alemanes de que tú eres un legítimo representante? Oh! es inútil que te encojas de hombros; te he aguantado todas tus sandeces sobre la mancebía moral, la encubridora y... qué sé yo qué más! y tienes que oirme. Un latino contempla en el divino sentimiento la unión de dos cuerpos y la dilatación de un alma á otra, la fusión de dos espíritus que, dotados de distinto sexo, formarán un todo hermafrodita. Siendo nuestro único bien real sobre la tierra, no comprendemos el cielo sin él, y si Dios no realizara estas aspiraciones consideraríamos á la razón como una palabra vacía de sentido, la religión fuera sarcasmo horrible y la gloria eterna el más espantoso de los suplicios, y yo por mi parte añado que si el espíritu, habitando otras regiones, conservase el primero de sus atributos, la memoria, la bienaventuranza que el

cielo nos promete sería imposible en ausencia de la mujer querida. Un sajón, un germano, pólipo gigantesco, sólo mira en el amor la perpetuación de su especie de molusco... y basta ya, que estoy rabiando por bailar; tú, anda á beber tu cerveza ó tu pisco,—ahí te lo trae el muchacho. ¿Me acompañas, Clarence?

Hacía ya un buen rato que Marcela no me quitaba la vista de encima, como si me reprendiera por mi negligencia. Levantéme, atravesé la sala en toda su longitud y la invité á bailar una polca.

A la distancia pude ver á Gabriel, que en el mismo lugar que le dejara apuraba á sorbos su vaso de aguardiente.

—¿Quién es esa señorita? dije á mi compañera indicándole á una mujer que iba delante de nosotros, cogida del brazo de Alquicel.

Marcela, que me estrechaba suavemente, respondió:

—Mariana Katerinne.. Es una muchacha muy lloricona y sentimental, hija de una familia con más orgullo que miseria y que vive en San Bernardo todo el año; su casa queda á espaldas de la nuestra; nos visitamos con mucha frecuencia y cuando venimos á veranear la tenemos de continuo á nuestra mesa. Es muy

amiga de mi hermana Andrea, lo que no me extraña, pues como ambas no viven en el mundo...

—¿Quiere V. presentarme á ella? dije á mi compañera.

Esta me lanzó una mirada penetrante y después de un momento de silencio:

—¡Qué! ¿le ha gustado? interrogó.

—¿Cómo quiere que me haya gustado si aun no le he visto la cara?

Marcela mordió el ramito de jazmines que llevaba en la mano, se abanicó fuertemente y guardó silencio. Marcela expresaba su desagrado con el abanico; cuando estaba contenta yo la conocía desde lejos: su abanico apenas se movía en sus manos.

Aquella vez lo agitó ruidosamente haciéndome aspirar un pié cúbico de aire, ya que este elemento no admite la medida de longitud.

Después de un monólogo que me revelaron sus ojos y su desdeñosa sonrisa, añadió:

—Lo presentaré á cualquiera, á todas las del baile, menos á Mariana.

—Se lo suplico...

—¡Jamás!

Conocí que Marcela sentía desvío, involuntario tal vez, por aquella niña y no quise insistir.

Empero, cuando vió que Alquicel me presentaba á su compañera y que ésta me daba la mano y abandonaba su asiento para tomar mi brazo, pude observar que hacía pedazos el abanico sobre sus rodillas.

Al pasar junto á ella me dirigió una mirada en la que iba envuelto un tierno reproche; la que lanzó sobre Mariana tenía una expresión indefinible: desconfianza, dudas, celos tal vez.

Cuando hubimos dado la vuelta ví que abandonaba su asiento y la sala, en compañía de una de las de Higuera.

Pero, ¿que me importaba? Yo sentía un bienestar extraño, mezclado de encogimiento al llevar aquella niña á mi lado. ¿Qué sería? Era una cosa así como miedo, era una sensación de placer con visos de dolor, era un respeto grande no exento de atracción invencible lo que me inspiraba, y que no me permitía parar mientes en el abanico de mi discípula.

Mariana tenía diez y seis años; no era lo que se llama bonita, pero animaba sus facciones algo que Marcela, siendo mucho más bella, hubiese comprado á costa de su sangre.

Sus rasgos eran un tanto irregulares, su boca algo grande, pero de blanquísima dentadura; tenía la frente pequeña é incorrecta su

nariz; sus cabellos claros y ligeramente ondulados armonizaban con el traje color crema que vestía, con el tinte transparente de sus mejillas y sobre todo con sus grandes ojos de un azul obscuro, de mirada profunda, luminosa, soñadora, infinita. Aquellos ojos hacían creer en el cielo y prometían todo un mundo de amor al que supiera inspirarlo. Yo, desde la primera mirada que me lanzó, desde la primera palabra que le escuché sentí lo que no había sentido nunca. Sentí que una voz interior, á manera de potente bramido, me gritaba por cada uno de los poros:

—¡Ya eres hombre!

*
* *

No necesito decir que mis atenciones fueron aquella noche para Mariana, á pesar de las indirectas que Marcela me dirigía cada vez que se acercaba; yo no tenía ojos, acciones y pensamiento nada más que para Mariana.

Mariana no era una sabidilla como Marcela; era una planta sin cultivo, una flor de

los campos, pero de tan inaudita fragancia que turbaba los sentidos.

Cuando yo la contemplaba airosa, elegante y cenceña, circunspecta en sus ademanes, reservada en su trato, afable en sus maneras llenas de voluptuosa languidez, parecíame que ninguna mujer podía resistir comparación á su lado; que las imperfecciones de sus rasgos eran otros tantos atractivos; que era mentira que la suprema belleza consistiera en la corrección de las formas, y que un pintor de genio no podía encontrar más perfecto modelo que Mariana, si tratara de dar humana forma á aquello abstracto y grandioso que llaman la caridad, la fe, la resignación y la esperanza.

*
* *

Desde entonces apoderóse de mí un desasosiego mezclado de indefinible embeleso; tenía ganas de reir, tenía ganas de llorar, aspiraba la vida con delicia, antojábaseme que la naturaleza creaba para mí armonías desconocidas, que las aves trinaban de más dulce manera, que las flores lanzaban embriagadores

aromas, y que la felicidad no existía en la mansión que la piedad enseña, sino aquí, en este bajo suelo, al lado de Mariana y sin más que Dios por testigo de nuestras palabras de amor.

III.

Mariana vivía en una antigua casita, á cinco cuadras de la Estación. Dos cuerpos formaban el edificio; el uno con su jardín al frente, defendido por una verja cuajada de enredaderas, daba á una calleja tortuosa, obscura y solitaria, que contenía las habitaciones de la familia, la sala de recibo y la antesala; el otro, esquinado á una encrucijada, se componía de dos piezas sobrepuestas, construidas á la moderna. La principal, cerrada siempre, sombría y muda, encerraba los muebles, libros é instrumentos de cirugía del dueño de la casa, muerto hacía tres años; la superior, abierta

al sol por un pequeño ajimez, con su friso de azulejos, era la estancia de Mariana.

¿Respondía aquella anexión árabe á un capricho del constructor ó á una viaraza de propietario?

Como yo no he sido crítico de arquitectura, nunca me tomé el trabajo de averiguarlo; pero si Vds. son más curiosos que yo, libres están para hacerlo,—la casa permanece en el mismo estado que tres años atrás. La sala baja tenía, además de la puerta, una enorme ventana paralela al ajimez, guarnecida con una de esas rejas de hierro de grosísimos barrotes, que acostumbraban á principios del siglo pasado y cuya convexidad llegaba hasta la mitad de la acera.

Rejas tales constituían un peligro constante para los transeuntes, pero los enamorados tenían en ellas su principal auxiliar; el que no podía entrar por la puerta tenía accesible la ventana.

Para mí aquella reja fué la providencia, pues me servía de escalera cuando trataba de alcanzar al balcón de Mariana, para colocar un ramito de flores silvestres, lo que me obligaba á un milagro de equilibrio, exponiéndome á romper diez veces la cabeza.

Yo no sé si ella me observaba durante esta operación, pues como su ajimez venía á quedar á cinco pies del último tramo de mi improvisada escala, no podía registrar con la vista el interior del cuarto; pero en la mañana siguiente, mi ramito lucía, marchito ya, en sus cabellos ó en el escote de su vestido.

Estoy seguro de que aquellos de mis lectores mayores de veinte años, se echarán á reir de estas locuras de mi adolescencia; pero consiento en que me tire la primera piedra, el que por su suerte aun tenga la cabeza vacía y el corazón ocupado, es decir, que no haya pasado de los diez y ocho.

En esa dichosa edad, niños con cuerpo de hombre, todavía sentimos, todavía creemos, todavía esperamos.

Después el hombre entra en la categoría de las personas sensatas, positivistas y prácticas.

Aquel que se obstina en continuar siendo niño, con fe, con ilusiones, merece un chaleco de fuerza en el departamento de alienados.

Para ellos se han hecho suntuosos edificios en todas las grandes capitales.

¿Qué más quieren?

Los primeros, los exentos de corazón y due-

ños de un cerebro bien organizado, es decir, los hombres fuertes, dominan en la política, en la Bolsa, en el Gobierno.

Para ellos se reclutan ejércitos, se imponen contribuciones y dictan garantías.

Cierto es que les está vedada la entrada en el dominio de la ciencia, el arte ó la poesía.

Pero eso, ¿qué importa?

*
* *

San Bernardo es un pueblecillo lleno de misterio, sombra y verdura; está rodeado de quintas, fundos y viñedos; las lugareñas son graciosas, el aire puro y embalsamado, los frutos exquisitos.

¿Será por la influencia de los primeros recuerdos? Lo ignoro; pero lo cierto es que desde entonces he visto bien distintas poblaciones, conocido muy remótos países, admirado diversos horizontes; y en todas partes, ya estuviese en el Perú, en el Uruguay, en el Brasil ó en la Argentina, he sentido la nostalgia de aquel centenar de casitas blancas y amarillas, agrupadas

sobre una pradería verdísima, bajo un cielo sin nubes y con su cadena de azuladas sierras á la espalda.

Es que en esos lugares, cada árbol, cada fuente, cada hiedra asida á los muros, cada liquen adherido á las piedras, cada matita de pasto brillante de rocío, me habla con frases especiales, en peculiar idioma, con acentos distintos.

Es que ese arbusto que ahora agita sus ramas con estruendo, nos cobijó con su sombra; es que ese viento que silba con violencia, fué suave brisa que acarició sus mejillas; es que ese musgo sustentó sus pisadas; sobre ese banco de madera se reclinaba la noche en que me dió su primer ramito de madreselvas; es que esos mil ruidos de la tarde, causados por el zumbido de las avispas, el agua que murmura, el cantar de los grillos, el mugir de los ganados y el suspirar de las hojas, murmuran á mis oidos: ¡Mariana! Mariana! Mariana!

Yo me he convencido de que eso que llaman un horizonte inmenso, un paisaje grandioso, un cielo transparente, un aire puro, una vegetación lujuriante y que forman una comarca encantada, de nada valen si no sirven de accesorios á la mujer querida. La naturaleza

exige la presencia de la única obra perfecta que salió de las manos de Dios; es como el diamante bruto: necesita la mujer por lapidario y á su solo contacto adquirirá lustre y brillo.

La mujer es el cuadro, la naturaleza el marco.

*
* *

En aquella época se bailaba en casa de Torrecilla casi todas las semanas. Como San Bernardo dista apenas cinco leguas de Santiago, el tren de la tarde conducía centenares de muchachos, que los calores de la ciudad echaban fuera de su seno. Estos jóvenes eran los favorecidos de las niñas del lugar para sus temporadas y muchos pagaron muy caro aquel favor, quedando presos en la red que se les tendía.

Yo asistí durante tres semanas seguidas á las reuniones del burgués-hidalgo. Concurría á la iglesia, y oculto detrás de un pilar la contemplaba ávidamente; yo la veía repasar su libro de oraciones, admirando la actitud

que tomaba al alzar el sacerdote la sagrada hostia. Aquella alta figura, arrodillada y contrita, me parecía descendida de un cuadro del Albano ó de Giorgione; una de esas visiones que suelen tener los moribundos, momentos antes de entrar á la eternidad, y en la que divisan á la madre de Dios, tendiendo sus brazos con amoroso afán y melancolía suprema, primeros atributos que la religión concede á la divina judía.

*
* *

Un día, de vuelta á mi casa, encontré á mi madre muy contrariada. Acababa de recibir la visita de Marcela, que le hizo relación detallada de mis platónicos amores, añadiendo que hiciera lo posible por quitarme esas fantasías de la cabeza, pues Mariana era una coquetuela de la peor especie y su familia una cáfila de *ciúticos*, indignos de emparentar con nosotros.

Tuve con ella una larga conferencia. Sin ambages ni rodeos declaré que amaba á Mariana y que por todas las Marcelas de la tierra

no renunciaría á su mano, así se desplomase el cielo sobre mi cabeza—como todos los enamorados, yo era muy romántico.

Mi madre, después de un breve rato, respondió:

—Eres un niño: no trato de contrariar tus inclinaciones; pero no estás en edad de pensar en amoríos. Como conozco tu carácter, sé que si continúas viendo á esa niña acabarás por hacer cualquier disparate: por consiguiente, para impedir temporalmente tus relaciones con ella, me valdré del único medio que tengo á mi alcance: no conseguirás de mí una sola *chauchu*. Veremos cómo te las compones para seguir haciendo el Romeo de esa lánguida Julieta. Ahora mismo voy á ordenar que todas tus cuentas se incluyan en las mías, para lo sucesivo; yo las satisfaré. ¿Quieres libros, revistas artísticas, periódicos extranjeros? Seguirán llegando á tus estantes como hasta ahora, pero... yo seré quien los pagará. ¿Bailes? Con Marcela y sólo en casa de Marcela. Tienes la puerta franca como hasta aquí para salir á la hora que te dé gusto y gana. Sé que primero te morirías de hambre antes de pedir dinero á tus amigos; por consecuencia, conseguiré mi objeto: sitiarte por hambre. ¡Es

inútil! No tengo que añadir una palabra más. Hemos concluido.

Estas palabras de mi madre, aun cuando al pronto me causaron inmenso sobresalto, no me inspiraban gran temor para el porvenir; tenía algunas alhajas y sobre todo mi numerosa serie de tomos, mi selecta biblioteca.

En cuanto á tratar de rendir á mi madre por medio de las súplicas ó las protestas de enmienda, era cosa imposible. Mi madre tenía un carácter de hierro, una condición inexorable; era taciturna, concentrada, sombría; y en cuanto tomaba una resolución, ya fuese la más injusta, la más perjudicial, la menos conforme al fin que se proponía, no desistía de ella por nada de este mundo. Ese carácter inflexible, esa pertinacia inaudita, ese orgullo absorbente helo heredado con la sangre, defectos de que los años y los sufrimientos nunca pudieron corregirme, y que jamás me hubiesen permitido ceder á las sugestiones de la conveniencia, apelando al cariño de madre y procurar convencerla por medio de la sumisión y el afecto. No; éramos tal para cual, astilla del mismo palo, rebelde é inquebrantable.

Comencé, pues, por deshacerme de algunas sortijas y alfileres de corbata, cuyo importe

me permitió diez ó doce viajes á San Bernardo; en seguida se fué mi reloj con cadena. Ya se comprende que Mariana ignoraba del todo estas tribulaciones; yo era muy joven y temía ponerme en ridículo á sus ojos. Al contrario, procuraba no dar á entender la pobreza á que me veía reducido, comprando para ella los más hermosos ramos de flores que podía encontrar, dando gruesas limosnas á la puerta de la iglesia, sin olvidarme de tomar un carruaje por horas, con el que desempedraba diariamente las calles de la plaza, punto de reunión de las bernardinas y donde descollaba Mariana, como el planeta Urano entre la constelación que le rodea.

A mi reloj siguió una magnífica colección de clásicos franceses, que yo había ido reuniendo tomo á tomo en el espacio de cinco años. Cuando necesitaba dinero sacaba algunos volúmenes de los estantes, con que, á imitación del Colline de la *Vida de Bohemia*, me atestaba los bolsillos, la cintura y el interior del chaleco y salía furtivamente de mi casa, para dirigirme á la de un usurero que se había hecho rico comprando libros á los estudiantes de provincias; y esto me era tanto más fácil cuanto que mi madre pasaba los años

sin entrar en mi cuarto, y que conociendo la adoración que por mis libros tenía, jamás me hubiera creído capaz de esos tamaños. Por tomos que me habían costado quince y veinte pesos y que conservara nuevecitos, como recién salidos de la tienda, no conseguía sino dos ó tres de aquel prestamista sin entrañas; pero, ¿qué hacer, si Mariana me aguardaba?

Es necesario ser coleccionista para comprender la magnitud del sacrificio que hacía, separándome de mis queridos compañeros.

Yo tenía un verdadero tesoro en libros raros y curiosos; guardaba con cuidado infinito varios Elzevirios, los únicos tal vez que se encontraban en Chile; poseía un ejemplar de *l'École des Femmes*, con anotaciones al margen, de puño y letra del mismo Molière, acerca de su interpretación y decorado; otro de *Turcaret*, la célebre comedia de Lesage, impresa en 1709 y con tres ó cuatro variantes manuscritas de su hijo, actor del Teatro Francés; el original del *Edipo* de Voltaire y el del *Paysan magistrat* de Collot d'Herbois, que no es sino un arreglo del *Alcalde de Zalamea*. Todas estas obras, á pesar de su incalculable valor, tuve que entregarlas por un precio irrisorio.

Siempre lamentaré una colección compues-

ta de más de doscientos autógrafos de hombres de letras y de Estado, artistas y poetas de fines del siglo pasado y principios del presente, que mi abuelo compró en París á peso de oro, al editor Barba y que me ví obligado á vender por diez cóndores. ¡Oh! mi conciencia de bibliómano me trae al retortero desde aquel inicuo tratado. Que me perdonen las manes de Nócker, Molé, Lapeyrouse, David, Shéridan, Lemercier, Arnault, Godoy, Kemble, Sebastiani, el Mariscal Brune, Mademoiselle Mars, Fouché, Miss Smithson y cien otros, cuyos nombres son para mí el *mane*, *thécel*, *phares* de la bibliografía!

* * *

Mis recursos tocaban á su fin y veía con tristeza que no podría prolongar mucho esta clase de vida.

Por fin, el último tomo que me restaba fué á hacer compañía á los demás; entreguéle por la cantidad que necesitaba para tomar un bo-

leto de ida y vuelta en la estación del ferrocarril.

Al otro día, de mañana, subía melancólicamente á uno de los vagones.

Media hora después, llegado al término de mi viaje, se me acerca Alquicel, que se encontraba allí desde el día anterior, diciéndome:

—Ya sabrás que esta noche bailamos en casa de Higuera.

—¿Esta noche? ¿Irá Mariana?

—Lo ignoro, pero sé que ha sido invitada.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Ramírez, que acaba de separarse de mí en este momento para recibir á su mujer, que viene de Santiago. ¡Calle! Ahí lo tienes.

—Yo no tengo relaciones con esa familia. ¿Puedes conseguirme una invitación?

—Cuenta con ella; pero, mira, vale más que vayamos juntos; yo voy á tomar el tren de retorno para Santiago; á las once estaré de vuelta. ¿Voy á buscarte al hotel?

Fingí un ataque de tos, pues sentía encendérseme el rostro y contesté balbuceando:

—Te aguardaré en la plaza.

—Bueno, lo mismo da. ¡Hasta la noche! Voy á ocupar mi asiento.

En cuanto el tren hubo partido abandoné la Estación para dirigirme al centro del pueblo.

Pasé por casa de Mariana; sus postigos estaban cerrados.

Nosotros, sin necesidad de hablar, nos entendíamos por medio del idioma universal y el más expresivo: la mirada.

Ella se sentaba detrás de su ventana, para acechar mi llegada, á las cuatro y media.

Permanecía allí hasta las seis, hora en que se levantaba y volvía á cerrar los postigos.

Cuando yo los encontraba cerrados, era una cita para la plaza.

Uno solo abierto, significaba «estoy en la pieza contigua.»

Una hoja de la ventana abierta con los postigos cerrados, quería decir «he salido con mi tía y volveré muy tarde.»

¡Digan después que los objetos inanimados no tienen su idioma especial!

Por cierto que todo esto lo aprendí prácticamente y por mi cuenta propia: cuando me tocaba en suerte hablar con Mariana, había que aprovechar el tiempo en otros asuntos más importantes.

Pero también la falta de teoría me perju-

dicó grandemente en mis primeros ensayos, empírico como era.

Mariana, inventora, leía de corrido en el alfabeto que yo empezaba á deletrear.

Una tarde estaba Mariana en su postigo; leía un libro á la rústica, cuyas ilustraciones intercaladas en el texto y sus tapas azules revelaban una novela de Julio Verne.

Me lanzó una mirada indiferente y rápida, que volvió á clavar en el folleto que tenía entre sus manos.

—¡Ya no volveré á pasar más! exclamé despechado.

En efecto, rodeé la manzana y me dirigí á la Estación, donde llegué cinco minutos antes de la salida del tren.

Visité el pueblo durante tres días seguidos, pero me guardé bien de acercarme á su casa.

En la tarde siguiente ya no pude resistir más; pasé por su ventana: estaba cerrada.

De vuelta encontréme con ella, que acompañada de su hermana, había ido á buscarme al punto donde me citara con su postigo. Al verme vagó una sonrisa por sus labios, como si quisiera decirme: «perdona mi distracción de la otra tarde.»

Una semana después encontré cerrados sus postigos.

—¡Me llama á la plaza! dije.

Allí estaban todas las muchachas de San Bernardo, menos ella.

Aguardéla inútilmente hasta las cinco y media.

A esa hora tiré por una de las calles que conducen al campo, pasé por casa de Marcela y á poco divisaba su ajimez desde la esquina.

Mariana estaba en él.

Grave, lento, pisé la acera y sin mirar para ella.

Aquel ademán tradujo bien claro mi pensamiento: «Porqué me has engañado?»

Al otro día la ví salir, siempre vestida de negro, con dirección al lugar donde creía encontrarme.

Su hermana la acompañaba.

Yo estaba oculto entre un carruaje y pasaron tan cerca de mí, que pude oir algunas de sus palabras.

—¿Irá? preguntaba su hermana.

—Estoy segura. Además, en la calle...

Clavéme las uñas en las palmas y concentré mis cinco sentidos en uno solo, pero fué

en vano; caminaban de prisa y no pude escuchar el fin del diálogo.

Descendí, entré á una confitería y esperé.

Una hora más tarde, de regreso á su casa, me encontró en su camino, pero no hizo el menor ademán de saludarme y ni aun siquiera me agració con una ojeada.

Ella se vengaba á su vez.

Las seguí. Mariana se volvió dos ó tres veces para mirarme; al abrir la puerta del jardín clavó por última vez sus ojos en los míos.

Su mirada tenía una expresión de inexplicable melancolía, de inmensa ternura, y sabroseando con voluptuosidad extraña las cien mil sensaciones que Mariana despertara con aquel magnético efluvio, estuve á punto de lanzar un grito, que quería escapar de mi garganta con estas palabras:

—¡Me ama, sí, me ama!

IV.

Todo el día lo pasé alternativamente, en el café, la Estación y la plaza. ¡Qué cansado estaba al entrarse el sol! ¡Cuánto me atenaceaban las ganas de comer, media hora después, al introducirme en el despacho del hotel á pedir un poco de agua! La cena de la noche anterior había sido mi último almuerzo. Yo escuchaba ruido de platos, de cubiertos que se entrechocaban, de tapones que herían el aire con ese ¡tac! ¡tac! tan armonioso á los oídos del estómago; el más traidor de mis sentidos se complacía en recoger todos los aromas, que como una inundación brotaban por la ancha puerta, con que saturaba mi cerebro obscurecido. En la pieza vecina, sobre las mesas, en el suelo, dominaban las uvas, las manzanas, las peras á montones; un aparador yacía atestado de conservas, pastelillos, jamones; quesos de todos los colores y nacionalidades se entremezclaban con

los bulbos de Lima y los turrones de Buenos Aires; verdaderas serranías de pan francés, deslumbraban mis ojos, en pintoresca perspectiva; los panecillos de *grasa*, apilados en forma de pirámide, eran blancos, trascendían la vida, me incitaban; su descolorida y y arrugada cascarita me respondía de su terneza. A su lado, en una fuente de madera, había cuatro ó cinco *jaivas* enormes, varios erizos y algunas docenas de *choros*. ¡Qué suculentas deberían ser unas morenas aceitunas chileñas, que divisaba besándose amorosamente en un colosal plato de estaño! ¡Y aquella leche tan blanca y calientita que humeaba en su vasija de metal!

Los mozos, con su blanco delantal, su chaquetilla de lustrina, su peinado á la Capoul y sus vulgares fisonomías no exentas de cierta travesura, entraban y salían con ligero y breve paso.

Hasta mi rincón llegaba un confuso murmullo, entrecortado de vez en cuando por el sonido estridente de los cubiertos que resbalaban sobre la loza, el crugir de una silla arrastrada sobre el pavimento de madera, de la puerta, que acompasada por el chirriar de las sartenes en la cocina, se abría sonajeando y de diversas voces que á desiguales

intervalos, con todos los acentos conocidos entre la Mancha y el Pirineo, recorrían el registro vocal, desde el bajo profundo hasta el falsete, gritando á voz en cuello:

—*Potage á la Valencienne! Omelette aux fines herbes! Un pigeon grillé! Des huitres pour quatre! Macaroni au gratin! Mayonnaise á la Balmaceda!*

Algunas horas después había recorrido el pueblo cuatro ó cinco veces en todas direcciones. Cuando llegué á la plaza, las piernas se negaban á sostenerme.

A pesar de que el fresco se hacía ya sentir, mi cuerpo estaba bañado en sudor; de tiempo en tiempo un sobresalto convulsivo, acompañado de una sensación particular, de calor y de frío á la vez, me agitaba los miembros á guisa de sacudida galvánica.

Mis manos estaban ardientes é hinchadas, tenía los labios cárdenos, la mirada fija y ceñuda, los movimientos de inspiración se sucedian lentos y prolongados, entrecortados y bruscos los de expiración. Experimentaba un entorpecimiento general en mis sentidos, especialmente en el del tacto; empero, mi oído gozaba de una delicadeza extrema; parecía velar por todos los demás en reposo.

Percibí los últimos ruidos cercanos del pueblo: las puertas de los *despachos* que se cerraban, el relincho de un caballo, el chillido de una lechuza asustada por un perro nocturno, y de más lejos, allá entre los viñedos, el ronco estampido de una escopeta, descargada contra los ladrones de uvas, el estridor del *queltehue*, vigilante incansable, y el rebramar de la máquina del tren de carga.

El pueblo semejaba á un cíclope recostado, cuyo ojazo gigantesco era el reloj de la vecina torre, á quien un cristal roto obligaba de continuo á pestañear al viento.

Salió la luna, clareó un segundo el campanario de la iglesia, los tejados de las casas y se ocultó entre un montón de negros nubarrones.

Por encima de mi cabeza las acacias, destacándose sombrías de un fondo pardusco, cruzaban sus nudosos y torcidos brazos.

En aquel momento una campanada resonó á poca distancia; luego otra; otra en seguida, hasta once.

Tendí la vista en derredor: todo estaba mudo, las casas cerradas, las calles desiertas.

Sólo el hotel que tenía enfrente continuaba con una de sus puertas abierta.

Desde allá, con dirección á Santiago, empezó á hacerse sentir un rumor vago, continuo, á manera de persistente gargajeo, seguido de un dilatado estremecimiento del suelo, que venía á morir bajo mis pisadas, como las arrugas que causa la piedra arrojada en una fuente.

Escuchóse luego un lejano y prolongado alarido.

Me paré sobre el banco en que estaba sentado y volví la cabeza.

Era el tren; yo le veía acercarse culebreando, negro, rápido, rugiente.

Su máquina silbaba quejándose terca, ronca, compasada, mientras que su ardiente brasero taladraba la obscuridad como una colosal linterna.

A poco se ocultó detras de una espesura; cuando apareció á mis ojos por última vez, había moderado su carrera; fumaba lentamente y se detenía en la Estación después de lanzar la última escupida.

Al cabo de cinco minutos divisé la alta figura de Alquicel, que atravesaba la plaza huroneando cuidadosamente á derecha é izquierda.

—Aquí estoy, le dije en cuanto le tuve á pocos pasos.—¿Has venido solo?

—No, con Gabriel, pero él ha tomado un carruaje y se ha hecho conducir directamente al baile; ya sabes que es enemigo de caminar á pie.

La familia de Higuera vivía á corta distancia. Salimos de la plaza, cortamos en cruz la calle y dos cuadras más abajo, después de dejar á la espalda la casa del obispo Larrain Gandarilla, penetramos en el zaguán del suegro de Ramírez.

*
* *

Poco más de las dos de la mañana serían cuando llevé á Mariana al comedor.

Había bailado con ella cerca de tres horas, tenía el cuerpo y las piernas como de paja, inertes, insensibles, pero mi estómago abogaba por ellas con impertinente elocuencia. Acerquéme á la mesa y tomé uno de esos *bocados* en forma de cucurucho y que puse en manos de mi compañera.

Aquella me dió las gracias con un ademán, y lenta y silenciosamente hizo pasar el refres-

cante dulce desde el platillo á sus labios. Yo la contemplaba embelesado; veía su pequeñita mano, desnuda de guante, blanca, de luengos y afilados dedos ir y venir rasando el plato con una cuchara de marfil. Lo inclinaba á un costado para no perder nada de la aromática crema. Su boca, un tanto grande, pero de dientes ebúrneos é iguales, hacía un graciosísimo mohín á cada traguito, dibujando en su mejilla un hoyito hechichero; sus ojos obscuros, ligeramente oblicuos y coronados por unas cejas negras, hablaban con más vehemencia que un profesor de literatura española. Reparó por primera vez en lo largo de su cuello, puro, estatuario, obediente al menor movimiento de su expresiva cabeza; en cuanto á la esbeltez de su talle, á la morbidez turgidísima de sus contornos, á su gallarda manera de andar y á la fascinación irresistible, todopoderosa que su persona emanaba, prefiero guardar silencio; nuestro lenguaje es muy limitado é imperfecto; necesitara un idioma especial, ignoto, formado de las armonías más puras, de los versos más sonoros, de las lágrimas que el dolor entraña; y con él á manera de comunicación misteriosa, pulsar en vuestros nervios y descubrir el punto en que

vuestro sentimiento anida, para anonadar vuestra razón, al transmitiros las impresiones que Mariana sabía inspirarme con una sola de sus miradas, con la más ligera de sus entonaciones, con el más insignificante de sus movimientos. Pero, ¿quién es aquel que puede juzgar de una melodía de Rossini, leyendo una crítica de Carlos Maurice? ¿Podrán todos los comentadores de Shakespeare, con sus centenares de volúmenes, conmover tanto como la corta escena del somnambulismo de lady Macbeth? ¿Ha logrado acaso Rafael reproducir en el lienzo las facciones de la morena hebrea, madre del Dios-Hombre, progenitora de la caridad y el perdón?

Permanecimos en silencio durante un largo rato. Mariana jugaba maquinalmente con su cucharilla de marfil. Sus cabellos castaños encuadraban, soberbios, su rostro descolorido y mate, mientras que sus ojos, vagos y pensativos, retrataban las imágenes que su corazón evocaba. Sumergida en una profunda cavilación, surgía un vaporoso misterio que prestaba singular encanto á su hermosura, que la ascendía de nuestro mundo grosero, haciéndola radiar en otras regiones desconocidas á las miserias terrenas. Yo, sentado á su lado, aco-

bardado y trémulo, anhelante, embebecido por una extraña fuerza de intuición, me adhería á las visiones risueñas, á los sombríos presentimientos, á los recuerdos, á los pesares que la asaltaban. Con satisfacción inaudita absorbía, me embriagaba, vivía de los voluptuosos aromas, de las cálidas emanaciones, fluentes de su cuerpo de ángel y mujer á la vez; perfumes más subsistentes que el bronce, más perdurables que la desgracia y que aun percibo deleitosamente y con ahinco, como si los hubiera marcado en mi cerebro una garra de fuego.

Mariana, que había concluido su monólogo, descendió de las alturas á que su espíritu la elevara y sonriéndose, me dijo:

—Qué impolítica debo haberle parecido con mi distracción, ¿verdad?

Yo, que era un muchacho todavía, me sentí turbado por aquella pregunta, y á la que respondí con unas cuantas trivialidades y en tono torpe y confuso.

—¿V. sabe qué día es hoy? añadí al cabo de una ligera pausa. Se cumplen seis meses que la conocí.

—¡Qué pronto transcurre el tiempo y cómo admiro su buena memoria! contestó Mariana ensayando una nueva sonrisa.

—¡Cómo! ¿V. no lo recordaba?

—¡Es tan larga la fecha! Además, yo no tengo una memoria tan feliz. Lo único que tengo presente es que nos conocimos en un baile y en casa de Torrecilla.

—Y de la segunda vez que me vió, ¿se acuerda V.? Fué en Santiago...

—¿A la tarde?

—No, por la mañana.

—No me acuerdo, *¿sabe?*

—¿Y cuando hicimos juntos aquel viaje para Santiago, á las cuatro ..?

—Tampoco me acuerdo.

—¿Y aquella noche que nos encontramos en la calle del Estado, esquina á la de Agustinas?

—De eso sí me acuerdo.

—¡Oh! Mariana. Y yo que tengo presente hasta los más insignificantes pormenores de nuestras tres primeras entrevistas. ¿Quiere que le diga á qué hora la ví en esas dos veces que V. ha olvidado del todo? Pasaba un día por el Portal: eran las diez y cuarto de la mañana. Al llegar á la última tienda que hay allí, junto á la peluquería y próximo á la calle Ahumada, observé que V., acompañada de su tía, compraba algunos objetos de

moda. A poco salieron: V. iba cubierta con su manto y llevaba en la mano derecha un paquetito envuelto en un papel de color de rosa. Al pasar me dirigió una sostenida mirada y una sonrisa. ¡Oh! Mariana y dice V. que no lo recuerda! En seguida se pararon en la acera y subieron á un coche. Su tía subió primero, después V. y ex-profeso dejó abierta la portezuela que yo me apresuré á cerrar, sin atreverme á dirigir la vista al interior; tal era el encogimiento que sentía! Cuatro días más tarde volví á encontrarla en la calle del Estado; eran las nueve de la noche, yo la seguí hasta su casa. ¿Se acuerda, Mariana, de que V. llevaba un vestido negro con pintitas amarillas? Recuerda que iba en cuerpo, elegante y hermosa como un ángel? ¿Recuerda que al entrar en su casa se echó á reir y se puso á hablar en alta voz, como si quisiera decirme: «aquí es, no pases más adelante»? ¡Oh! Mariana, y ha podido olvidar todo esto!

Mariana dejó caer sobre mí una de esas miradas que no hubieran podido pagar todos los emperadores de la tierra y que tanto orgullo causan á los pintores, cuando consiguen trasladarlas al lienzo en sus horas de fiebre.

Acababa yo de hablar, y antes de que Ma-

riana tuviera tiempo de contestar á la semi-declaración, que acababa de hacerle, se me acercó uno de los muchachos de servicio, diciéndome en voz baja:

—Don *Claro*, dice don Camalote que vaya.

—¿Dónde está? ¿En la sala?

—No, *señó*. ¿*Quere* seguirme? Lo *yevaré donde* él.

—Bueno, aguarda un instante. Mariana, ¿desea V. pasar al salón?

—Sí; bastante tiempo hemos permanecido aquí. Me pica la oreja izquierda, indicio de que *la* Marcelita comienza á *pelarme* con ayuda de la señora de Higuera. ¿No sabe que poseo el dón de las adivinas?—condición de mi temperamento nervioso. ¡Cuidado, pues, con hacerme alguna de las suyas! Pero, V. no toma nada; ¿está enfermo?

Y diciendo esto, Mariana se levantó, fuése hasta la mesa y sirvió una cañita de Jerez, que puso en mis manos.

¡Ya no tenía hambre! Llevé la copa á mis labios, pero no pude apurarla. No sé si el abatimiento físico ó un mortal desconsuelo me sacudió violentamente; por un momento mi corazón cesó de latir, cerré los ojos y la lívida mano que me quedaba libre la apoyé

sobre la mesa, pues sentía que me faltaba la tierra.

Rápido, imperioso, un sollozo irresistible, más fuerte que mi voluntad, se abrió paso por entre mi anudada garganta; las lágrimas me quemaban los párpados, pero la salida era demasiado estrecha para el torrente contenido; los ojos permanecieron áridos y mi pecho se alzó como si una glacial tenaza me sujetara el corazón, mientras que mil serpientes de fuego me mordían el cerebro, agolpándose á mi frente, á las mejillas y á las sienes la púrpura de la fiebre.

Hice un esfuerzo sobrehumano, violenté todas las fibras de mi rostro, todos los músculos de mi cuerpo para que volviesen á su natural tensión y ofrecí mi brazo á Mariana, para llevarla hasta la sala.

—¡Qué! ¿qué tiene V.? me dijo aquella, asustada.

—Nada, le respondí con esa espantosa sonrisa que no llega á los ojos y que precede al delirio; nada, Mariana, que me siento muy dichoso y que desearía que esta noche...

La joven me interrumpió con una mirada que había inventado una expresión; la mano que me tendía yo la sentí estremecerse cuando

la cogí entre las mías, intranquilas y heladas.

Al dejarla en su asiento y volverme para salir, choqué con un gigantesco cuerpo; una sedosa y sahumada barba me acarició el cuello, al tiempo en que una voz vibrante y contenida murmuraba estas palabras á mi oído:

—¡Hechicera pareíita!

V.

Al salir se me acercó el mismo muchacho, que ya había estado conmigo en el comedor.

—¿Dónde está Gabriel y qué quiere? le pregunté.

—Tenga la bondad de seguirme.. *Cuidao!* Va á *trompezar* con la magnolia... Bien, eso es; por *ayí* ahora. Deme la mano, vamos á cruzar la canaleta; le *yevaré* hasta el puente, es *aqueyo* negro que se divisa junto al *cipré*. Veinte pasos *má* y habremos *yegao*.

Repentinamente se oyó un rugido acompañado de ese chapoteo que hace el agua agitada por la caída de un cuerpo pesado.

—¿Qué es eso? pregunté á mi lazarillo que me guiaba entonces por entre un dédalo de arrayanes y de jazmines.

—¡Nada! que me he caído de narices entre la acequia; murmuró la voz angustiosa de Alquicel, que me seguía como si fuera mi guardia de corps. ¡Malhaya el señor Gabriel con sus juegos al escondite! Continúa andando, no te detengas; desde aquí veo el camino; así debe estar, donde sale esa luz. .

En aquel momento sentimos la voz de Gabriel, que modulaba á la sordina el conocido vals de *les Cloches de Corneville* y que principia así:

Dans mes voyages,
Combien d'orages,
Que de naufrages!

—¿Qué cuarto es ese? dije al muchacho, que recibía de lleno la luz que por la puerta escapaba y cuya figura, brotando de su fondo obscuro, me recordó las telas mejores de Cornelio Schut y Juan van der Hecke.

—La cocina, *señó*.

—¡Cómo! ¿Gabriel está en la cocina?

—Aquí estoy, aquí estoy, melenudo personaje, respondió aquel. ¡Muchacho! fámulo! acude á mi voz en busca de una pantalla para soplar el fuego.

Era tan original el cuadro que se presentó á mi vista, que no pude menos de soltar una carcajada, á pesar de lo poco dispuesto que estaba para manifestaciones de contento.

Gabriel, en mangas de camisa, con los puños arremangados hasta por encima del codo, atado un delantal blanco á la cintura y una servilleta en la cabeza, estaba de pie, inclinado sobre una mesa que había á la izquierda, mondando una patata con un enorme cuchillo que blandía con mucha ligereza.

Junto á sí podían contarse, ya limpiecitos y mondados, hasta seis ó siete representantes del substancioso tubérculo.

—¿Quieres cenar? para eso te he llamado, dijo restregando su cuchillo en el pie de la mesa para asentar el filo. ¡Calle! el Barbudo también! Los tres inseparables! Los tres mosqueteros, que van á prestar juramento! Aguardad, que voy á parodiar á Athos en la Plaza Royale.

Y Camalote, tomando rápidamente una cebolla de *verdeo*, hizo en un abrir y cerrar de ojos una cruz que extendió sobre el fogón, diciendo gravemente:

—Jurad ante esta cruz—que á pesar de la materia de que está hecha no por eso deja de ser una cruz—; jurad ante esta cruz, que pongo sobre este altar de la gastronomía, no desenvainar jamás vuestros colmillos en casa del caballero Higuera, que mata de hambre á sus invitados. Jura tú, jura, Barbudo, añadió metiendo la cebolla debajo de las mismas narices de Alquicel. ¡Diablo! Y qué mojado vienes! ¿Anduviste jugando á la *chaya*? Vamos, muchacho, aviva el fuego y alcánzame dos ó tres cebollas de cabeza.

Alquicel se retiró del lugar donde estaba y fué á dejarse caer sobre la única silla que había, entre el fogón y la mesa, cuidando de quitar una gigantesca col que ocupara el asiento y que arrojó á un rincón.

Yo no pude menos de morderme los labios. La risa me retozaba por todo el cuerpo. Una mancha de barro cubría su ojo izquierdo á manera de monóculo, y su barba, cabello, manos y camisa, estaban chorreando agua.

Gabriel ajustó en su cabeza el pañuelo y

cogiendo al muchacho de una oreja, le dijo:

—¿Sabes, *mampato*, cómo podríamos conseguir un poco de pan, queso, en fin cualquier cosa que nos sirviera de principio?

—Si no hay en el *comedor*...

—No hay; he buscado sin poder encontrar más que unas cuantas cáscaras de granada. Oye, ¿por qué no te vas de una carrerita hasta el *despacho* de la esquina, y nos traes algunas cosillas? Mira, ahí en mi *jaquette* está la cartera... saca dinero.

—El despacho está *cerrado desde* las diez.

—Llama y te abrirán.

—No me abrirán. Endenantes, á eso de las nueve, estuve á comprar un *cinco* de *coyles* y el *cabayero* estaba más *cerrado* que una *loquiya*.

—Bueno, vete hasta el hotel.

—El hotel se cierra siempre á las doce; es orden de la Policía y los *pacos*..

—¡Demonio! y ¿qué haremos? Es necesario cenar. ¿Con qué se puede contar para nuestra comida? Registra. ¿Qué hay de masticable?

El muchacho abrió un pequeño aparador y fué destapando uno por uno los tarros de lata y las botellas que había en sus estantes.

—Vamos, comience el balance... ¿Qué tenemos?

—Aceite.

—Adelante.

—Un *peaso e guatita.*

—¿Qué más?

—Azafrán.

—*Suivez toujours.*

—*¿Ah?*

—Que sigas.

—Pimienta.

—*A anti.*

—*¿Ah?*

—Continúa. ¿Hay alguna otra cosa?

—Cuatro nabos.

—Déjalos para tu madre, yo sé que le gustan mucho en ensalada.

—Un botijón con *arró*... una lata *e* garbanzos... *¿Qui* diablo *hey egsto* tan *arrugao* y con olor á c...? *¿chuchoca?*

—Tarda mucho en cocerse, necesitamos *mi[illegible]tas.* Continúa la inspección. ¿Qué más tenemos?

—Sal gruesa, cominos, una *copucha*, perejil.

—Todo eso me inspira soberano desprecio.

—Canela.

—Idem.

—Un manojo *e* ramitas muy olorosas.

—¿A ver? ¡Ah! es orégano.

—Ají... laurel... tocino... ¡un riñón!

—¡Cuerno!... ¿De vaca ó de carnero?

—De *canneo.*

—¡Voto á los botones de los calzoncillos de la señora de Higuera!.. No importa. ¿Qué más hay? Anda, *huevón!* (1).

—Una tacita *e caracú erretío.*

—Guárdalo para el Barbudo... Adelante.

—*Mote mey.*

—Eso no te lo disputamos. Sigue.

—Afrecho.

—No nos hace falta. Continúa en el balance.

—*Doh beterabas...* y además una cosa *jedionda* que parece jabón.

—Concluye.

—No hay más.

—Pues, señor, la despensa de Higuera está bastante mal surtida. ¿En qué empleará el dinero ese hombre?

Al decir esto sacó arrastrando un cajón

(1) El lector querrá perdonarnos la crudeza de esta palabra, si tiene en cuenta la democracia de que ella goza en Santiago y el carácter de aquel en cuya boca la ponemos. EL AUTOR.

que estaba debajo de la mesa, donde se sentó.

Aquel cajón contenía una ristra de cebollas, medio zapallo, cuatro ó cinco kilos de patatas y dos cóliflores.

Gabriel quedó un momento pensativo.

Cualquier observador que le sorprendiera en aquella posición, con la barba apoyada en la palma de la mano, el codo sobre la rodilla y los ojos clavados en el techo, le hubiera tomado por un matemático absorto en la resolución de un problema, uno de esos sabios capaces de sentarse en la punta de una bayoneta, cuando les ataca su locura por el cuadrado del círculo.

Después de unos minutos de soliloquio, meneó la cabeza, murmurando:

—Con tan escasas vituallas es imposible hacer nada de provecho. ¡Oh, Carême! Oh, Lúculo! ¡Oh, Grimod de la Rénière, venid en mi ayuda! Dame una idea, tú cuyo nombre no recuerdo, tú, emperador romano, que tomabas un vomitivo después de almorzar, por el placer de merendar en seguida! Yo supongo que Vds. no se contentarán con cebolla frita y patatas saltadas.

De repente se incorporó en su asiento; un rayo de inteligencia brilló en su imberbe semblante y en voz breve, dijo:

—¿Hay gallinas aquí?

—¡Ah, sí, *señó!*

—¡Estamos salvados!.. Vamos, acompáñame hasta el gallinero. Si hay huevos, nos comeremos una tortilla; si no hay... tanto mejor, torceré el cuello á la más gorda. La más gorda duerme siempre junto al gallo. Los gallos no son tan *lesos* como tú, Clarence, á los gallos no les gustan las flacas. Chiquillo, trae una vela; si vamos á obscuras, meterán las gallinas una *bolina* infernal y tendremos que salir de aquí como de un baile. Vds. aguarden; al punto vuelvo. Cuida de no dejar apagar la luz; has un hueco con la mano para repararla del viento; yo no tengo fósforos... el último que me restaba lo gasté en encender el fuego.

El muchacho tiró del cajón de la mesa para sacar una vela de sebo, cuya extremidad arrimó á la luz del quinqué pendiente del techo y salió detrás de Gabriel.

Nosotros quedamos solos. Alquicel, serio, grave, con uno de sus ojos siempre cubierto por su antiparra de nuevo género, seguía con

distracción las oscilaciones de la llama, alimentada por unos cuantos troncos puestos en cruz.

Como no había otra silla que la suya, yo me dirigí hasta uno de los rincones á descolgar un lienzo que estaba suspendido de un clavo y que extendí sobre la mesa para improvisarme un asiento.

Cinco minutos después volvió Gabriel, seguido siempre de su pinche meritorio.

Se había quitado la servilleta de la cabeza y la traía cogida por sus cuatro puntas.

Introdujo delicadamente la mano izquierda por uno de sus huecos y fué sacando hasta una docena de huevos, que colocó á mi lado, encima de la mesa.

En seguida empuñó el cuchillo y comenzó á dividir las patatas en pequeños fragmentos de un centímetro cuadrado.

—*¿Qué hubo?* preguntó Alquicel.

—Voy á hacer á Vds. una tortilla digna de servirse en la mesa de León XIII, dijo Gabriel volviendo á atarse la cabeza con la servilleta. Muchacho, pon la sartén en el fuego.. ¿Está limpia?

—Limpiecita.

—Bien; baja el tocino, córtalo en pequeños

pedazos... quítale el cuero, ante todo. ¡Eso es! Ahora... ¿Es bueno el aceite?

—Y *bien* bueno.

—Alcánzamelo, Clarence; y tú, *petizo*, coloca el tocino en la sartén y esta en el fuego.

El muchacho ejecutaba al pie de la letra estas indicaciones. El tocino comenzaba á chirriar, Camalote lo revolvió dos ó tres veces con su cuchillo, y como ya había concluido de desmenuzar las patatas, principió á picar dos cabezas de cebolla, que reunió en un montoncito separado. Luego retiró la sartén del fuego, la inclinó hacia un lado y sacó los chicharrones, residuo del derretido tocino, sin dejar en la sartén más que la grasa líquida.

En seguida dió algunos pasos con la espumadera en mano, registró debajo del fogón y hurgó por los rincones con esa rapidez silenciosa de la *lauchа* avizora por su cena.

—¿Qué buscas? preguntó Alquicel.

—Donde poner estos *sustantivos*, dijo Camalote, indicando los chicharrones que conservaba en la espumadera.

—¡Ah! ¿el barril del *queso?* Ahí lo tienes, replicó riendo Alquicel, á tiempo que señalaba un tonel viejísimo que cerca de la puerta, junto

á la alacena tapado se viera con un puerco ex mandil de indiana.

Desde seis meses hacía maduraban en aquella cubeta con todos los colores del iris, los componentes de esa pasta nauseabunda con que se aderezan las judías en toda la extensión del territorio, desde Taitao á Caldera.

El cocinero volcó su cucharón en la vasija y con menudito paso, siempre con ese andar de ratoncillo, llegó hasta mí, agarró la botella de aceite que yo acababa de bajar del aparador, y de la cual virtió una buena cantidad sobre la grasa.

Cuando aquella mezcla principió á humear, Gabriel dejó caer sobre ella las patatas.

Pero como éstas, después de cortadas, formaban un volumen bastante considerable y tenía que llevarlas en sus manos á falta de plato, se vió precisado de hacer tres viajes entre la mesa y el fogón.

Concluido esto, sopló violentamente el fuego, diciendo:

—Alcánzame una fuente honda ó una sopera.

—Eso se guarda en el *comeor*. Aquí no hay más que esta fuente de lata.

—¿Está limpia?

—Y muy limpia.

—Bueno; quiebra los **huevos** y bátelos con un tenedor.

—Aquí no hay ninguno, *toos* están en el *comeor*.

—¿Pero y vosotros con qué comeis?

—¡Con los *deos!*

—Pues toma aquel palito... No, ese no: es muy delgado; déjalo para mí que luego lo necesitaré; ese otro, te digo, ese que está junto á Clarence, ese! y menéame con él los huevos. ¿Los echaste á todos en la fuente?

—*Toavía* me faltan tres.

—¡Cuidado! ese debe estar podrido.

—¡Ah! es verdad! es el nidal de la *batarasa;* hace tres días que se ha *enculecao;* mañana la echaré á la tina *pa* que se le pase la *culequera*.

—Rómpelo. ¿A ver? ¡Diablo, y qué mal huele! Bótalo al patio. Ahora bate bien las yemas, sino la tortilla saldría pasada é indigesta.

Mientras el chico ejecutaba esta operación, Gabriel le iba echando en la fuente un poco de sal, dos hojitas de orégano y unas partículas de pimienta molida; después reunió un montón de perejil, cortólo muy menudito y lo lanzó entre aquel líquido amarillento que el pillete agitaba con presteza.

Cuando las patatas estuvieron á medio freir, Camalote mandó á las cebollas que les hicieran compañía; bautizólas con ocho ó diez gotas de vinagre é introdujo su ancho cuchillo, que meneó en todas direcciones, para impedir que se pegasen unas con otras.

La amistad, por estrecha que sea, nunca debe llegar hasta la familiaridad.

Por último, tomó la astillita de leña que había dejado junto á sí y comenzó á adelgazarla con mucho cuidado; cuando la hubo dejado del grosor de un lápiz, cogió el riñón, ensartólo en aquel asador de nueva especie, retiró del fuego unas cuantas brasas y se puso á buscar dos piedras que le sustentaran por ambos extremos; pero como no las hallara, sacó del cajón las dos patatas más grandes que pudo encontrar, púsolas encima de las brasas, á una cuarta de distancia una de otra y colocó sobre ellas su asado.

—¡Como! dijo Alquicel; ¿no le quitas esa enorme cantidad de sebo, ni le pones sal, ni lo *charqueas*?

—¡Alquicel! Alquicel! límpiate ese ojo y no te metas á darme lecciones de cocina, pues no entiendes de la misa la media. Acabas de cometer un solecismo culinario, un verdadero

lapsus riñonesco. ¿No sabes, pobre individuo, que el riñón no admite *charqueos*, porque entonces se reseca? El riñón debe comerse sangriento y jugoso. Por lo demás, aquel que come riñón sin sebo merecería que le arrancaran los pelos de las narices uno á uno... ¡Ah! si yo tuviera un poquito de harina haría unas *sopaipillas* para postre!...

—¡Qué! ¿te gustan? interrumpió Alquicel. Un plato tan vulgar, conocido sólo de los indios...

—Vamos por partes, replicó Gabriel; yo no he dicho que me gusten las *sopaipillas;* he dicho que si tuviéramos harina podríamos hacer algunas para postre, pues otra de las condiciones del gastrónomo consiste en saber sacar partido de todo. Además, los manjares más comunes adquieren carta de nobleza al ser admitidos en la mesa de un aficionado,—esto suponiendo que los comestibles tengan también su aristocracia, lo que es absolutamente falso: no hay platos plebeyos, no hay platos hijodalgos, hay sólo comidas bien ó mal hechas. En cuanto á lo que dices respecto de la nacionalidad de las *sopaipillas*, atribuyéndoles orígen americano, estás en un error gravísimo. Las *sopaipillas* son tan antiguas como el apetito. Estrabón, Homero y Hesiodo las men-

cionan en sus *Memorias históricas*, en su *Batracomiomaquia* y en sus *Trabajos y días*; y si á Vds. no les satisface lo autoridad del geógrafo y de los dos poetas griegos, recuerden el gran libro ante cuyo nombre me quito la servilleta—no tengo sombrero—; recuerden el episodio que la Biblia consagra al profeta Elías; que éste, al penetrar en la ciudad de Sarepta, se encontró con una viuda que le pidió limosna, por habérsele acabado el aceite y la harina de que se alimentara, y que el profeta, generoso, le contestó: «Pierde cuidado, en adelante no te faltará la harina en la orza y el aceite en la alcuza.» Luego, pues, ¿qué podía hacer la viuda que no fueran *sopaipillas*?

Como á todo esto ya se hubieran cocido las cebollas, Gabriel las sacó cuidadosamente de la sartén y echó en la fuente; recomendando á su ayudante que hiciese bien la mezcla: arrojó el aceite servido, sustituyéndolo con otro, pero en menos cantidad que la primera vez, y volvió á colocar la sartén en el fuego, que avivó con la pantalla.

Nosotros no perdíamos ninguno de sus movimientos; Alquicel, instigado por la curiosidad; yo, aguijoneado por mi hambre.

Cuando juzgó que el aceite estaba en punto, vació entre la sartén el contenido del fuentón, revolviéndolo con su cuchillo para que todas sus partes se pusieran en contacto con el hierro y la tortilla no saliese *frita* sino *cocinada.*

Mientras tanto continuó:

—La piedra fundamental de una buena tortilla consiste en saber calcular cuándo el aceite está en punto de recibir las yemas; digo mal, esto no es cosa que se calcula sino que se adivina: se puede llegar á ser guisador ó cazuelista, pero se nace tortillero. Si se pone aquella en la sartén dos segundos antes de tiempo, resulta coriácea, repugnante y con olor á irlandesa en el mes de Enero; si se hace esta operación dos segundos después, la tortilla se pega, y sale una especie de galleta compacta, dura y amarga.

—Pero, entonces, observé; ¿es más difícil hacer una tortilla que una obra maestra de pintura?

—Mucho más, respondió Gabriel; aquel que no haya recibido del cielo la intuición tortillesca, aun cuando sea un artista en la confección de ciertos platos, debe renunciar á llamarse eminente cocinero; le corresponderá cuando

más la calidad de aficionado distinguido, á lo sumo entrará en la categoría de las «especialidades.» El tortillero sólo sabe que una suculenta tortilla depende de su tamaño, de la intensidad del fuego, de la elección de la leña, de la mayor ó menor humedad de la atmósfera, de la bondad del aceite, del estado de la sartén y hasta del color de las gallinas que pusieron los huevos.

Los de verano necesitan menos aceite

Los huevos de gallinas primerizas deben preferirse y con especialidad los más redondos.

Los larguiruchos contienen el germen de un pollo macho y deben reservarse para las mujeres estériles.

VI.

Gabriel retiró la tortilla del hogar, tomó el fuentón, que colocó boca abajo encima de la sartén y volteándola rápidamente hizo caer

en la fuente la pasta, que volvió á deslizar en el lugar que antes ocupara.

La parte que había quedado al descubierto, cocida ya, tenía un hermoso color dorado y principiaba á cubrirse de amarillenta espuma.

Camalote fué á sentarse en su cajón y principió á contemplar sus brazos desnudos, blancos y robustos, con cierta complacencia.

Tomándose luego con ambas manos la rodilla izquierda y balanceando suavemente el cuerpo, continuó:

—La gastronomía es el termómetro de la civilización de un pueblo. Aquel que pueda contar con cincuenta ó sesenta gastrónomos dignos de ese nombre, está habilitado para honrarse con el título de pueblo ilustrado. No debe estudiársele en el número de alumnos que asisten á los colegios, en los millares de leguas de caminos de hierro, en la cantidad de pilares que sostienen el alambre eléctrico, en la interpretación de sus instituciones ni en el estado de sus finanzas, sino en la selecta provisión que guardan sus almacenes y en el eclecticismo de sus jefes de *restaurant*. El pueblo que tiene gastrónomos tiene literatura, bellas artes, industria, ciencias y buenos gobiernos, pues el gastrónomo es un producto

ingénito de la literatura, que le inspira el juicio crítico, indispensable para clasificar las comidas por *escuelas* y estas por *clases*; de la química, su ayudante en la preparación de ciertos platos; de la pintura, que viste con sus más expléndidos colores un pastel de... de... de hojaldre; de la fisiología, que le enseña á comer con la boca, la vista, el olfato, el tacto y el oído, dotándole de un sexto sentido para la confección de la tortilla; del Gobierno, que protege la agricultura, el comercio y la fabricación de pastas y confituras.

—Perdona que te interrumpa, dijo Alquicel; pero las ciencias...

—Todas las ciencias se dan la mano y colocan á sus pies sus más valiosas prescas, continuó Camalote á la interrupción del Barbudo. La geografía le describe los lugares en que brota el plátano y la piña; le indica aquellos parajes solitarios donde se cría la lúcuma y el mango, morada de la abeja silvestre; impone contribución á la botánica en sus blanquecinos espárragos, en la acuosa pera, en el melón balsámico, en la morena ciruela y en la exquisita fresa. Penetra en las más hondas cavernas para coger la trufa, enemiga del sol, de la luz y la vida; desciende á lo profundo

de los mares en busca de la anchoa, el bacalao y la langosta; trastorna las leyes orgánicas, alimentando volátiles á fuerza de alcoól y el día en que se atravesase el espacio y se registraran esas dilatadas zonas, el Colón de aquella empresa será sin duda algún gastrónomo *á la recherche* de un nuevo plato. ¿Saben á Vds. á quién se deben las grandes creaciones del ingenio? A la gastronomía, madre de la *Odisea*, del *Quijote*, del *Gil Blas*, pues no quiero dar el epíteto de hambrientos á Homero, Cervantes y Lesage. Son gastrónomos los maestros de la moderna escuela naturalista: Balzac, Stendhal, Flaubert. Walter Scott, el *pastelista* Latour, Goya y Crébillon, ¡gastrónomos! Voltaire, Beaumarchais, el Mariscal de Sajonia, Racine, el Cardenal de Retz, Rabelais y Maquiavelo, ¡gastrónomos! Gastrónomos fueron todos los sucesores de San Pedro, Mahoma... y hasta Dios mismo... sí, Dios; pues cuando Abraham le erigió un carnero en sacrificio, dice la Escritura que «se complació en aquel olor de suavidad», prueba de que conocía y apreciaba *les côtelettes de mouton grillés*. En cambio, los enemigos de la gastronomía, es decir, las gentes que comen para vivir, se llaman Ignacio de Loyola, Catalina de Médicis, su hijito Enrique III,

Juan XXII, Carlos II, que tomaba chocolate aspirando las humaredas de un auto de fe. Hay que incluir en esta lista á casi todas las personas afligidas de un temperamento bilioso, á los jugadores de profesión, los asesinos, los ladrones, los jueces de primera instancia, los usureros, los dementes y los mandatarios de Colombia, Transvaal, Oceanía, Madagascar y la República Argentina.

Luego que Camalote concluyó de hablar se levantó, fuóse hasta el fogón y con la punta de su cuchillo dió tres ó cuatro golpecitos sobre la tortilla, que produjo un sonido ronco, señal de que ya estaba en estado de comerse. En efecto, el cocinero la retiró del fuego y colocándola sobre la fuente dejóla encima de la mesa.

Aquella comida sin pan, sin vino, ha sido la más suculenta que probó en todos los días de mi vida.

*
* *

Al cruzar la antesala observé que Mariana se aprestaba para retirarse; cubría su cabeza

una manteleta negra de lana y comenzaba á ponerse unos guantes obscuros de seda.

Al verme vagó por sus labios una de aquellas sonrisas de cuyo encanto ella sola tenía el secreto, y me saludó con una ojeada.

Me acerqué y le ofrecí mi brazo para conducirla hasta su casa.

Su tía, que había aceptado á Gabriel por compañero, la esperaba en el vestíbulo; al salir puso en manos de mi amigo su perrillo faldero y después de ajustar su abrigo se apoyó en su brazo.

Camalote hizo un espantoso visaje, cogió el perro por el cuello, envolvióla en su pañuelo, que anudó por las cuatro puntas, suspendióla al extremo de su bastón y se lo echó al hombro.

La señora, que conocía ya las originalidades de su carácter, soltó una carcajada y dió la señal de la partida.

Anduvimos unos cuantos pasos; marchábamos con lentitud; el aliento perfumado y cálido de la joven me acariciaba el cuello amorosamente, su torneado brazo, al chocar con el mío, erizaba los poros de mi cuerpo como si estuvieran dotados de vida. Mariana seguía silenciosa, avergonzada y tímida. Yo hubiera deseado inclinarme hacia ella, asirla de las ma-

nos, retratarme en sus ojos, confundir con el suyo mi aliento, escuchar el sonido de su voz, estremecerme ante sus candorosas confidencias, subyugarme á las revelaciones de su espíritu y susurrar á su oído esas quejas de ternura y apasionado cariño, connatural lenguaje á las afecciones profundas. ¡Oh! ¡y qué tesoro inmenso poder acudir á un paraje solitario con la mujer elegida, á la sombra de los árboles, respirando la misma brisa, absorbidos por idénticos pensamientos, abrasados por la misma llama!

—Hacía rato que le esperaba á V., me dijo la joven, no sin cierta vacilación; tengo que darle una noticia. ¿Sabe que dentro de breves días nos vamos á Talcahuano con mi tía? Pero tranquilícese, continuó, habiendo observado la impresión que me causaran sus palabras; nuestra ausencia no será larga .. dos meses cuando más.

—¿V. querrá permitirme que le escriba? contesté balbuceando.

--No... me dijo Mariana con voz suave y firme á la vez.

Un breve espacio de tiempo transcurrió; en esos instantes el silencio tiene mayor elocuencia que los discursos más sentidos; la pasión sabe bien lo que prescribe: anonada el len-

guaje, producto del ingenio y deja hablar á las almas con su fluido intangible, chispa desprendida del Gran Todo. En esos momentos todos los conceptos formulados resultan incoloros, miserables, ante una sonrisa, un movimiento, una mirada, un suspiro, naturales expresiones y que el alma percibe desde el seno impalpable en que flamea.

—¡Oh! Mariana, V. es un ángel, murmuré estrechando su brazo y atrayéndola hacia mí. V...

—¡Ay, sí! me contestó entre burlona y risueña, ocultando su semblante en la sombra de su manteleta.

—¡Oh! Mariana! exclamé con un arranque poderoso que me permitió registrar hasta lo más profundo de mi sér, en busca de esos acentos vehementes que la pasión engendra y que hizo vibrar todas las fibras de la joven; ¡oh, Mariana! ¿Quiere que como un recuerdo de amor reproduzca sus facciones en mi primer cuadro, que será la Caridad ó el Perdón, en humana forma?

Mariana me respondió tan sólo con una exclamación, más expresiva que cien mil pensamientos, que la pluma no sabrá jamás trasladar al papel y que no lograron imitar nunca los acordes de los grandes maestros.

Aquel «¡oh!» de Mariana expresaba gratitud, sorpresa, gozo íntimo, aquiescencia, humildad, orgullo de mi cariño, ternura inefable y amor ardentísimo, voraz, casi tan inmenso como el mío.

Yo no sabía ya lo que hablaba, permanecía suspenso de sus labios y procuraba adivinar en las inflexiones de su voz el pensamiento que las dictara, como el reo presiente su sentencia en la tremenda expresión de que se reviste el juez en su postrera visita.

—¿Qué me responde V., Mariana?... ¡Ah! este viaje...

Mariana me interrumpió diciendo:

—Yo le contestaré... que es sensible... un amigo..; que si ha encontrado algo que le haya agradado... no debe desesperar...

Yo sentí que me flaqueaban las piernas; estremecido y con el corazón en los labios tuve tentaciones de caer á los piés de aquella mujer, de asirme á su vestido, de besar, de empapar de lágrimas sus manos, de expresarle lo que sentía con mis gemidos, con mi sangre y, á ser mi alma tangible, con mi alma entera.

¡Oh, Mariana! le dije; ¡cuántas veces he recorrido este camino que seguimos ahora, solo,

sin más compañeros que su imagen en mis recuerdos y su nombre en los labios! Sí, Mariana, en alta voz lo pronunciaba á las aves que trinaban entre las cercas, á la luna que se ocultaba, al céfiro que gemía, á la naturaleza entera, al aire, á la luz, al sol, al calor y á la vida! ¡Oh, Mariana! vuelva V. los ojos á mí, que tanto he sufrido y que tanto la he amado. Examine mi vida entera, y verá que no contiene un átomo de amor que no pueda ofrecerle con orgullo! Yo, Mariana, estampaba mis labios en el césped que V. había honrado con sus pisadas; aspiraba venturoso la brisa que fragantó en sus cabellos... Yo unía su nombre al del Hacedor del mundo y en mis éxtasis de amor los hermanaba en una común plegaria! Lo he modulado con esos arrullos blandos de la torcaz herida, con el acerbísimo llanto del dolor, con los ayes de la desesperación, con los rugidos amargos del pesar. Por V. creo, por V. espero, y si vivo, vivo tan sólo porque vive V. ¡Oh! sí, Mariana, yo no me pertenezco, porque mi pensamiento, mi alma, mi albedrío, han sido avasallados por la llama intensísima del amor!

Mariana dominó la emoción que le causaran

mis palabras y contestó con una carcajada admirablemente fingida.

—Si V. se ríe, guardaré silencio, le dije picado.

Desapareció como por ensalmo la alegría de la joven é inclinó su cabeza.

Yo la instaba á que hablase, estrechaba sus manos, le pedía una esperanza, que me ordenara la conducta que debería seguir y dispusiera de mi porvenir.

—Si no me contesta, no la volveré á ver más, repuse.

—Señal de que no le ha gustado á V. San Bernardo, contestó rápidamente y volviendo hacia mí su cabeza.

—No, si á mí no me gusta San Bernardo, ó mejor dicho, si acaso me gusta es porque V. vive en él... Vamos, Mariana... ¿me ordena V. que espere?

Mariana vaciló durante un segundo, después dijo en tono suave y persuasivo:

—Puede ser que V. se haya equivocado... V. no me conoce todavía...

—¡Por Dios! Mariana, repare en que esta es tal vez nuestra última entrevista... V. se va mañana .. apenas queda tiempo... ya vamos á llegar á su casa.

Mariana sonrió de nuevo y contestó:

—Todavía tenemos que andar unos quinientos pasos. Mire V., allá es, allá, frente á esa espesura que se divisa debajo del Crucero.

—¿Cómo haría, Mariana, para hablarla por última vez antes de su partida?

—¿V. se va mañana, ó por mejor decir, luego?

—Sí.

—¿En qué tren?

—En el de las seis.

—¿De la tarde?

—No, de la mañana.

Mariana volvió á quedar pensativa y callada.

Recuerdo que á pesar de mis súplicas no pude conseguir una respuesta categórica durante las pocas cuadras que nos separaban de su casa; cuando llegábamos á su esquina, ya debajo de su balcón y como yo le exigiera una respuesta afirmativa, me contestó:

—No, eso no se lo puedo decir.

Y al pronunciar estas palabras alzó su pecho suspirando; y al través de su negra manteleta pude observar que clavaba en el cielo sus ojos obscuros, muy más límpidos que el

éter, de color azul mortecino y más brillantes que la constelación austral, que entonces tachonaba las sombras con sus cuatro fulgentes luminares.

*
* *

La campiña tenía esa misteriosa tristeza que precede la salida del sol. El pueblo dormitaba, los árboles temblaban mansamente; en la Estación la máquina comenzaba en sus ruidosas evoluciones. Cuando pasé frente al balcón de Mariana uno de sus postigos estaba entreabierto.

Yo no conozco nada que hable tanto á la imaginación como la persiana que vela el pudor de una joven, en las horas de la madrugada, cuando el girasol enhiesta su cabeza al acecho del día y los chingolos y pardillos entonan sus acordes á compás de los murmurios del agua, resbalando por las calizas toscas de la acequia.

Después es necesario esperar oculto entre las zarzas ó detrás de aquella derruida tapia, un espectáculo mucho más hermoso que el venir de la aurora. Es la aparición, mensajera de

la luz, que va luego á irradiar en aquel balcón, sonriendo á los besos de la brisa temprana, á las emanaciones húmedas de la pradera, á todos los regocijos del voluptuoso estío. Es la joven de mirada luminosa, ebúrnea frente y ateniense busto, que se despierta de un sueño de amor y promete vivificar aquel muerto paisaje, pues sin ella los panoramas más risueños se truecan en funerales, las galas de la naturaleza en sudarios, y el sol, la luz, las flores, la vida y la armonía en sepulcros.

Gabriel esperaba en la Estación y me había prometido enviar su carruaje á la plaza, veinte minutos antes de la salida del tren. El reloj de la iglesia marcaba las seis menos cuarto; me quedaba aún cerca de media hora La puerta del jardín de Mariana se abrió sin ruido y muy luego dió paso á dos figuras que salieron mirando hacia atrás cuidadosamente. Era Mariana acompañada de uno de sus jóvenes hermanos; marchaba de prisa, vestida de negro, y su cabecita cubierta de su manteleta de lana. Al pasar me saludó tristemente, pareciéndome notar en sus ojos las huellas del llanto y del insomnio.—¿Adónde irá? me pregunté.—¿De visitas? No es posible; es muy temprano. ¡Ah! á la iglesia, á

la primera misa, tal vez á pedir á Dios por mí.

Dirigíme á la plaza, subí al carruaje, que tomó por la calle que conduce á la Estación. Tres cuadras más arriba divisé la airosa persona de Mariana que me saludó por segunda vez; anduvo todavía unos cuantos pasos; repentinamente se volvió hacia atrás sin volver la cabeza. ¡Todo lo comprendí! había salido para verme, para hablarme por última vez, para hacerme algunas de esas confidencias que deciden de la vida de un hombre. Ordené al cochero se pusiera en su seguimiento, pero, en cuanto hubo andado unos cuantos pasos, le mandé detenerse y volver al punto en que Gabriel me esperaba. ¿A qué impulso obedecí? No lo sé; fué un movimiento instintivo, sugerido por el temor tal vez. La dicha, como el supremo dolor, espanta, inspira el vértigo de lo desconocido. La pasión primera entraña esos pudores vagos, en cuya cristalina esencia, como en un purísimo espejo, se refractan los resplandores intensos del amor divino, que anuda el universo con su eléctrica cadena, antevé la infinidad de su origen y resiente las nostalgias del cielo.

La hora iba á llegar; era menester separarse de aquellos sitios. En lo venidero aquel sol seguirá luciendo ese paisaje, esos árboles agitarán sus ramas con el mismo melancólico son é igual sombra diseñará su pie. Contemplaré ese musgo bendecido por sus pasos, esa atmósfera incensada con su aliento, esa cumbre blanquecina huérfana de sus miradas y la naturaleza entera me hablará con la voz de las tumbas. Ese sol me parecerá sin calor en sus monótonos rayos, esos árboles serán mustios emblemas de la ausencia, y la sierra, como yo, en su hora mortal, hallará fría también su mortaja de nieve!

VII.

La cara cada vez más amenazadora de mi madre, sus lacónicas respuestas, sus sesgadas sonrisas y desabridos ademanes, dábanme á entender bien claro que no ignoraba mis fre-

cuentes excursiones á San Bernardo. Tenía la certeza de que continuaba en relaciones con la joven, pero no podía comprender de qué medios me valía para conseguir dinero, llave mágica que abre todas las puertas, allana todas las dificultades y desconcierta todos los obstáculos.

Al dia siguiente de los sucesos que acabo de referir en el capítulo anterior, me levanté muy tarde y salí de mi cuarto, sólo cuando vino la zagala á avisarme que mi madre me esperaba para almorzar. Hacía tres ó cuatro semanas que no me dirigía la palabra.

Poco antes de levantarnos de la mesa me clavó sus ojazos de mirada fría, verdosa y apagada, medio cubiertos por uno de êsos párpados que la antigua arquitectura prestaba á los gnomos de sus alto relieves; movió los labios como si quisiera hablar, pero reparando en la suplicante expresión que brotaba por las límpidas y pardas pupilas de mi hermana, meneó la cabeza, sonrióse ligeramente, pronunció un ¡hum! y después de regañar á la criada porque no había servido el café con presteza, se alejó con lentitud, entrando á su habitación. Muy presto la vimos salir envuelta en su manto.

Ya se sabe que las damas santiaguinas sólo hacen uso de aquella anticuada prenda para asistir á la iglesia; mi madre, sin duda porque no era de Santiago sino de Lima, se encapuchaba á todas horas del día, al recibir las periódicas visitas de su mal humor. ¿Querría que la negrura del exterior respondiera á las sangrientas reflexiones que la agitaban? En esa situación no tenía paz con nadie, entreteníase en hacer la disección moral de todas sus amigas, sin exceptuar á la más íntima, la madre de Marcela.

—Mamá lo sabe todo, me dijo mi hermana, en cuanto nos quedamos solos. Marcela le ha escrito una larga carta, que hoy de mañana, cuando entré á llevarle el té con leche ocultó debajo de la almohada. Está furiosa; por tu culpa me he llevado una buena reprimenda, bajo pretexto de que los *picarones* salieron empapados en grasa. Antes de ayer me amenazó también con meterme en un convento porque tomé tu defensa, cuando dijo que eras un perdido, un *cachafaz*.

—Y tú, Susana, ¿desapruebas el cariño que tengo á Mariana?

—Yo no entiendo nada de esas cosas, me contestó encendida como una amapola, pero

aun no puedo olvidar la impresión que me causó la última novela que me diste, ¿te acuerdas? *Doña Perfecta*, de Galdós. Figuran dos amantes que tienen un final desastroso, merced á las artimañas de una vieja entromejida y chismosa. Mientras Vds. almorzaban yo no podía tragar un bocado, al pensar que tú podías terminar de la misma trágica manera.

—No, quiérame Mariana y yo sabré allanar todos los obstáculos; para llegar hasta ella atropellaré por todo y el mismo infierno no sería bastante... ¡cómo! ¿te ríes?

—¡Pues no he de reir, si me recuerdas á Macías, Werther y Didier! Créeme, querido Clarence; si deseas parodiar á esos héroes de los rugidos y las imprecaciones, ahueca un poquillo la voz, abre los ojos grandes, muy grandes, así! y menea mucho los dedos como un epiléptico. No te faltará sino la cadavérica palidez, la risa amarga y la altísima corbata rodeando el cuello con cincuenta vueltas. En cuanto á las melenas que caen sobre las mejillas, las tienes ya; te aseguro que ninguno de los grabados de Deveria y Tony Johannot que ¡ay! guardabas en tu biblioteca, representará con mayor exactitud uno de aquellos bebedores de arsénico de 1831.

—¿Cómo que guardaba? Qué!... ¿No los guardo aún?

—Bien sabes tú que no, pobre hermano mío.

—¡Ah! Sabes?...

—Todo. Desde ahí te espiaba, te veía salir muy gordo, mirando sigilosamente como si temieras ser sorprendido. Tus libros que iban desapareciendo de los estantes, tus continuas ausencias, tu inusitada tristeza, tus raptos de alegría loca, las palabras incoherentes de mi madre y por último un diálogo que pude atisbar entre ella y Marcela, en la semana pasada, me lo revelaron todo. ¡Ah! hermano mío, qué mal has hecho en no haberte dirigido á mí! Yo no hubiera permitido nunca...

—Vamos, no seas niña, Susana, le interrumpí.

—Pero todavía estamos á tiempo, continuó fijando en mí sus grandes ojos, que iluminaban una cara graciosa y morenilla, con su frente combada, su nariz aquilina y sus dos lunares en la mejilla izquierda. Tú necesitas dinero.

—Tengo aún.

—No tienes nada. Todos tus libros están en casa del usurero de la calle Catedral. Ayer estuve en tu cuarto y la vacía biblioteca

me habló con tal elocuencia... Pero ahora, que quieras ó que no, yo te voy á sacar del paso. Aguárdame, que al punto vuelvo. Y Susana salió corriendo del comedor, volviendo á poco con un puñado de billetes y varias monedas de plata, que colocó encima de la mesa.

—Toma, Clarence, me dijo; son mis economías de dos años. Cuando necesites más, te daré todas mis alhajas para que vayan á hacer compañía á tus libros. A mí no me hacen falta. ¿No te[illegible]as separado de ellos? ¿luego por qué no puedo hacer lo mismo con mis joyas? ¿No eres mi hermano? Toma, añadió deslizándome el dinero en uno de los bolsillos y cuenta con no decir á mamá una sola palabra, pues es muy capaz de realizar su amenaza, y yo no tengo el menor deseo de vestir la toca de novicia.

Mi hermana se alejó lentamente del cuarto y al pisar el umbral volvió la cabeza, clavándome esa mirada que Dios quiso prestar al candor y la pureza como escogido lenguaje y que sólo conservan los corazones de veinte años, edad en que el amor, la gratitud, la abnegación y la fe forman su única religión.

Como á eso de las seis, poco antes de sentarnos á la mesa, entró mi madre al comedor; aun no se había quitado su manto ni sus guantes de cabritilla. ¿Vendría de la iglesia? En su mano izquierda llevaba un pequeñito libro de oraciones, forrado en zapa negra, con sus manecillas de plata; rodeaba la parte baja de su brazo un enorme rosario de veinte dieces por lo menos.

Iluminada por las fugitivas llamaradas de un sol poniente, que la puerta de cristales coloreaba de rojo, sus marmóreas facciones se destacaban de una manera intensa, de su marco sombrío. Mi madre, con su palidez biliosa, su boca hundida, afilada nariz y sus tétricos atavíos, no sé por qué me recordó uno de esos retratos de Clouet, que representan á la madre del último Valois. Trocad su moderno vestido por un corpiño de vellorí con brahones, de cuadrado escote, unas mangas ceñidas de filigrana, una amplia gorguera, una toca y un cinto de guadamací con carreras de turquesas y tendreis la viva imagen de Catalina de Médicis.

Durante la comida estuvo muy locuaz y decidora; contónos muchísimos cuentos entre plato y plato, cuentos que improvisaba, pues

tenía para ello una facilidad pasmosa. Pero en todos sus discursos dominaba la nota fúnebre. Todas eran historias de aparecidos, pasadizos subterráneos, esqueletos, dolorosísimos ayes acompañados de crugir de cadenas, con su coro de sepultureros y sus bandadas de lechuzas. Mi madre era un personaje descendido de esas tapicerías que ocultan las puertas secretas en las novelas de Maturin. ¿Qué hubiera sido de mí ¡Dios mío! si en vez de haberse [illegible]o con mi padre lo hiciera con Torrecilla? ¡Qué engendro hubiera visto el mundo!

* * *

Gabriel acababa de entrar y venía á tomar el café con nosotros. A pesar de que en nuestra casa no había ningún gastrónomo, tomábamos un café que era una especialidad. Susana se pintaba sola para la preparación del aromático licor; merced á la reunión por partes iguales de Moka, Yungas y Caracolillo, tostado por ella misma á fuego lento primero y vigorosa llama después, hasta que *sudara*,

nos servía el café más exquisito que se podía tomar en Santiago. Gabriel, conocedor profundo, no perdía ocasión de honrar la habilidad de mi hermana, cada dos ó tres días. ¿Sería por el café ó por los negritos lunarcillos de la joven?

Luego que nos hubimos levantado de la mesa y pasado al aposento contiguo, donde yo guardaba mis ensayos pictóricos,—retrete preferido de mi madre para llenarse de sus fantásticas visiones—dejéme caer en una silla de vaqueta, que había pertenecido á Don Juan Manuel de Rosas y que me regalara Daniel Tasa Real, cuando vino de Buenos Aires, en el año 73; mientras mi madre ocupaba la silla próxima, Susana hacía su labor y Gabriel se preparaba, por vía de entretenimiento á ponerle bigotes á un retrato de la ex-emperatriz de Méjico y al que me faltaba darle la última pincelada en los tonos del fondo.

*
* *

Gabriel era terible. Cada vez que penetraba en mi taller había de dejar las mues-

tras de su talento. Su afición por retocar mis estudios rayaba en manía y su repugnancia acerca de las caras lampiñas tocaba los límites del horror. Muchas veces tenía yo entre manos el retrato de algún sacerdote ó la copia de una de esas empolvadas cabezas del siglo pasado; pero en cuanto Camalote lo columbraba, á mi menor descuido ¡zas! le plantificaba unos mostachos á la fernandina ó á la borgoñona, que daban miedo.—No quiero imberbes; (decía) conmigo basta y sobra. Estos son además, los principales distintivos de mi carácter, mis principales defectos: adornar las caras con el signo de la virilidad y apurar sendas copas de lo caro. La sociedad hizo de mí un hombre de mundo, mientras la naturaleza me destinaba para peluquero de teatros y catador de vinos.—Pero, Gabriel, (le decía yo) considera que disminuyes á mis ojos... en veinte pulgadas por lo menos. ¿Es posible que un hombre de entendimiento como tú, encuentre la felicidad en una botella de ron?.

—Convengo; (me respondía inclinándose humildemente) pero ¿qué le hemos de hacer? Debo pagar mi tributo á madre naturaleza. Sansón se dejó cortar los bigotes por Dalila;

Hércules se humilló ante Onfalia, hilando cáñamo á sus piés; Aníbal se adormeció sobre las rodillas de Olimpia; Marco Antonio lavaba los pies á su querida Cleopatra; Carlomagno se enamoró sucesivamente de un cadáver, de un arzobispo y de un estanque; Ricardo de Inglaterra hizo la vida de antropófago en su expedición al Santo Sepulcro; y si Napoleón tuvo su Waterloo no se busque la causa en el desastre de Moscow; las crónicas secretas, los archivos de familia están clamando contra Mademoiselle Georges; luego pues, ¿qué tiene de particular mi veneración por Baco, que aunque sea el dios de la *chupandina*, no por eso deja de ser un dios?

Un buen espacio de tiempo transcurrió en silencio; Gabriel comenzaba á mezclar los colores en la paleta: mi hermana, con los ojos bajos, yacía entregada á su labor; mi madre sonreía; yo, sentado en mi sillón, no podía alejar de mi memoria la triste despedida del día anterior.

—Clarence, me dijo mi madre repentinamente: ¿hace mucho tiempo que no vas á San Bernardo?

Gabriel, que en aquel momento se preparaba á trazar un bigotillo á la Molière sobre

el labio de la reina Carlota, no pudo contener su sobresalto, y su mano diseñó uno de esos largos y pendientes mechones que adornan las caras de los mandarines del Celeste Imperio.

—No, señora, contesté sorprendido; ayer estuve por última vez.

Mi hermana levantó la cabeza y me dirigió una mirada flameante y rápida. Camalote continuaba dándome la espalda, pero observó que no contento con dar una longitud desmesurada á los adefesios de la pobre mujer de Maximiliano, le ponía unas inmensas ojeras y dos lunares rojos en el carrillo.

—Porque yo quería decirte, querido hijo mío, continuó mi madre, suavizando su voz naturalmente estridente y desagradable; quería decirte que he obrado muy mal; que no debería haber contrariado tus inclinaciones; que te pido per... te pido disculpa por ello y desde ahora puedes contar con mi decidido apoyo. Veo que tu simpatía por esa niña se ha convertido en verdadera pasión y no quiero ser la causa de tu desdicha.

Las manos de Susana se agitaron febrilmente entre las mallas de su *crochet;* Gabriel

hacía correr la brocha por el lienzo de una manera vertiginosa.

—Porque yo, continuó mi madre al ver que guardaba silencio, no ignoro nada de lo que ha ocurrido; Marcela me tiene al corriente de todo.

Camalote principiaba á añadir á los bigotes una de aquellas sotabarbas que imponía la moda de 1848.

—¿Luego V. aprueba mis amores con Mariana, autorizándome á tomar la resolución que juzgue conveniente?

—Sí, hijo mío y añadiré que cuanto más pronto te decidas á pedir su mano, mayor será mi alegría. Oye, ¿por qué no vas esta misma noche y procuras dar esta buena nueva á tu Mariana? Gabriel te acompañará.

—Sí, Clarence, yo no me separo de tí, puedes estar seguro, dijo aquel lanzándome una mirada singular.

—Pues entonces, ya que lo hemos arreglado todo tan satisfactoriamente, anda, hijo mío; son las ocho menos veinte y el tren sale á las ocho en punto.

—Yo no puedo acompañarle en ese tren, señora, observó Gabriel; tengo que ir hasta mi casa á ponerme el gabán, pues la noche

está bastante fría; pero tomaremos el de las diez y nos quedaremos á dormir en el hotel.

Diciendo esto Camalote tiró sobre una silla la paleta y comenzó á bajarse las mangas de la *jaquette*, que arrollara hasta medio brazo para librarlas de las manchas de pintura.

La princesa Carlota había quedado hecha una lástima. Rodeaba su semblante una barba inculta, tan larga como la de un tambor mayor; sus lunares encarnados hacían con ella el más horroroso contraste; sus cejas finas y arqueadas, al presente eran anchas, la una mucho mas baja que la otra; se besaban en el nacimiento de la nariz, que también había sufrido sus alteraciones. A la sazón estaba torcida hacia un lado y sus ventanas dilatadas parecían aspirar menjurjes desagradables. En su boca lucía un enorme cigarro de hoja y á su primitivo sombrero de amazona sustituíalo un casco de bombero, cuya cónica cimera ostentaba una delgadísima pluma de gallo.

Gabriel tomó su *tarro* y se despidió de mi madre y de Susana; cuando salí de mi cuarto adonde había ido á buscar mi abrigo, me esperaba ya en la puerta de la calle.

Cinco minutos después nos deteníamos ante la ancha puerta de su casa.

—Aguárdame aquí, dijo al tiempo de abrir la puerta de la izquierda, practicada en el mismo zaguán y que conducía hasta su cuarto; voy á mudarme de camisa y de paso haré una estación en el comedor para sentar el café con medio litro de *untura blanca*—así llamaba al Jerez.

Aun cuando yo viera casi todos los días á Gabriel, no le había visitado nunca; era uno de esos hombres que jamás se encuentran en casa; él decía que el hogar no se había hecho más que para comer y dormir.

*
* *

Un cuarto de cinco varas en cuadro le servía de sala de recibo. Cubría el pavimento de baldosa una alfombra vieja de grosísima urdimbre. Las paredes, desnudas, no tenían otro adorno que ocho ó diez cuadros que me parecieron españoles por lo caliente del colorido y la vigorosidad de los tonos. Uno de ellos, sin firma, representaba á Adán antes del pecado; una reproducción al agua fuerte de la *Odalisca* de Pradier, una copia notabilísi-

ma de los *Sátiros borrachos* de Rubens y cinco ó seis retratos de tamaño natural y en busto completaban la pequeña galería. En cuanto á los originales de los retratos, á pesar de mis esfuerzos no puedo recordar más que á Monselet, al Aretino y al autor de *Tancredo.*

Una acuarelita mía demandaba humildemente una ojeada, pero una ojeada de protección, pues parecía ruborosa en el lugar preferente en que estaba suspendida.

Al verla no pude menos de sonreirme. Era uno de mis primeros ensayos: tenía cinco años de edad y representaba cincuenta, tal era el empeño que yo había tenido en darle un aspecto de vetustez para que infundiera respeto á los coleccionistas.

Aquel engendro de mi niñez, que expuse en el salón de 1883, durante mi residencia en París, se llamaba las *Dunas de Courseulles*

Enmascaraban los muros laterales dos enormes estanterías. La de la derecha yacía atestada de volúmenes en todos los formatos, desde el infolio hasta el 32 menor, todos empastados en pergamino, con sus títulos en letreros de plata sobre tejuelos de tafilete negro. Aquello era una colección valiosísima de todas las fan-

tasías eróticas, de todas las anécdotas escandalosas, publicadas desde la invención de la imprenta hasta nuestros días. Allí ví á los griegos Safo y Anacreonte, á Catulo con sus *Epigramas*, rodeado de una docena de sus discípulos menos escrupulosos. La Edad Media había legado á Vernegue, Ermengaud y sus émulos más ardientes, en número de quince por lo menos. Everaerts, Saint-Gellais, Tahureau y Belleau estaban paralelos á los contemporáneos Dubut de Laforest, Desprez, Bonnetain y Marc de Montifaud, mientras que la *Justina*, *Les deux amies*, *Happechair*, *Madame Hupar*, *Un mâle*, y una treintena de novelas de los autores en boga, parecían entonar alegre salmodia por la difunta censura.

Corrí la vidriera para tomar un librito, cuya fama conocía y que nunca pude haber entre mis manos; tiene un título italiano y los pocos ejemplares que se conservan en las librerías adquieren precios exorbitantes de parte de los solterones eruditos.

Al abrir la puerta del armario brotaron, como tufo de cementerio, vapores hediondos de aquel hacinamiento de papeles y cubiertas de cuero adobado. Aquel vaho infecto sabía á carne chamuscada, á putrefacción, á estiércol. Me

figuré aquellas hojas de *amateur* como un surgidero de perezosos gusanos. Yo conocía todas esas cantaridescas producciones. A su vista asaltáronme bascas violentísimas. Aquello me pareció la historia de las neurósis contada por sifilíticos coronistas. En vano busqué las maternales abnegaciones que no se ostentan á la luz, pero que ahuyentan las sombras del hogar, al mecer cuidadosas la cuna del niño enfermo. Aquello no me reveló tampoco ninguno de esos problemas sociales, cuya solución perturba á los grandes pensadores del siglo. Allí me presentaron abstracciones de todos los delitos, de todos los crímenes, de todas las miserias que pueblán las cárceles y los hospitales. Aquellos tomos, después de hartarme de horrores, me brindaron con este último doloroso axioma:

«Estas son las palancas que impelen la humanidad á su perfección suprema: oro, pestilencia, egoísmo, lujuria, bestialidad y mancebía. Elige.»

VIII.

La alacena de la izquierda me recordó el laboratorio de uno de esos alquimistas del Renacimiento, que ejercían tan distintos oficios á la vez, la astrología, la quiromancia y la inquisición de la piedra filosofal,—los Nicolás Flamel, los Agripa, los Nostradamus, los Ruggieri. Ocupaba su parte superior una cantidad de botellas, ánforas, redomas y frascos de todos tamaños y hechuras. Los de la última fila, allá, cerca del techo, cubiertos de polvo y telarañas, tenían origen eslavo, germánico, ¡qué sé yo! Johannisberg, Hochheimer, Rhin, Tokay. Algo más abajo principiaba la raza latina con sus cepas aromáticas, ya amarguitas, ya dulzonas: Montreuil, Siracusa, Borgoña, Sorrento, Lácrima. La patria adoptiva de Byron prestaba también su valioso contingente, que inspiraba á mi amigo Gabriel el don de

segunda vista para la tortilla y que reposaba en barrigudos botellones de barro de color ladrillo, ostentando con sus jaspeadas etiquetas los siguientes epitafios: «Corinto, Chío, Rodas, Argos, Chipre, Malvasía.» Todo en pequeña cantidad, pero también todo selecto, añejaban en sus morenos receptáculos el jamaica acórrimo, el meloso anisado, el picante producto del enebro, la vascongada cidra y la transparente cerveza de Lovaina. Las cinco partes del mundo se habían dado cita en aquel pequeño rincón de Chile; y yacían fraternalmente uniformadas con gracia tal, que brindaban contento, profetizando la paz universal y la desaparición de fronteras, tapial sordo á las sublimes palabras de Cristo: «Amaos los unos á los otros.»

* * *

Los dos estantes centrales guardaban algunas armas y antiguas prendas de vestir. Entre ellas recuerdo un talabarte de cuero hervido, claveteado de acero, un arcabuz y un estoque milanés de concha, de Pizarro; unas botas de

ámbar, un coleto de ante, un gorguerín de cobre, un pistolete y un libro de oraciones, de Almagro; un yelmo, unas grebas, un coselete y un sayo, de Hernán Cortés; una adarga, un capotillo de paño forrado de armiño y unos gregüescos de sargueta gris, verticalmente acuchillados de tiritaña escarlata, roídos por la polilla, de Valdivia; un encaro de Morelos, el guardapolvo de la bota y un sombrero de tres candiles, de Azara; un medio arnés á la gineta de un soldado de la Conquista y una escarcela que guardaba dos cartas de Monteagudo, cinco de San Martín y una de López, del Paraguay.

En los cinco primeros estantes, que formaban la planta baja de aquel edificio, había un mundo de paquetitos rotulados con letras de mano. Aquello era un museo osteológico en miniatura. Casi todos los grandes hombres de la historia americana habían dejado allí las muestras de su transmigración por nuestro planeta. Veíase allí una tibia de Carrera, el cráneo de O'Higgins, el esqueleto entero de Ossorio, muerto á cuchilladas en las costas del Janeiro; junto á sí lanzaba siniestros resplandores la ancha daga de guardamano, que dió el último golpe al infeliz caballero avilés.

En el tercio de su hoja, aguzada como un aguijón, podían leerse estos borrosos caracteres:

Annvs gratiae Domini Nostri Ieſſv Chriſti
MDXXXII
Svm dvcis
IOANNIS OYOLÆ
Non ignara mali miſeris svccvrrere diſco

Estaban añudadas en fila, como esas sartas de morcones que colocan á secar al humo, una rótula de Santana, ambos fémures de Gorostiza, una costilla falsa de Guerrero, una falange de Maximiliano y una oreja disecada de don Benito Juárez. Se besaban con horrorosa mueca cuatro ó cinco calaveras verdinegras, sucias, mantenidas por un túmulo de omóplatos, peronés y mandíbulas desdentadas, mohosas, de una gran parte de los compañeros de Almagro. Una clavícula corroída por los años conservaba el nombre de Alvarado, escrito con sangre sobre su dorso cetrino y fétido. Abocado yacía al hueso ilíaco de la Avellaneda, á modo de lúgubre onanista, un pulgar envuelto en algodón del autor de *Las paredes oyen*. El que

fué Heriberto García de Quevedo estaba representado por su laringe, conservada entre una orza de salmuera; á su lado y en una caja de malaquita recamada de perlas roñeaba solitaria una uña del pie de Wáshington Irving. Entre un medio cráneo de cacique araucano, sobrepuesto á un pie de plata y ébano, retorcido en espiral, veíase una orden de San Juan de Jerusalén, dos miniaturas en cobre de las Casas, robadas en el Vaticano por Mendoza cuando el saqueo de Roma, y una túrdiga informe, reseca, cuya parte central oprimía un cartoncito, en que una mano femenina trazara, luengos años había, un nombre cuasi tan grande como el Mississipi, el Niágara ó el Ontario: «Fenimore Cooper.»

Sobre un pequeño pedestal de bronce había una cabeza momificada. Aquella, cubierta aún de su fino y negro cabello, matizado aquí y allá de varios mechones grises, se había erguido bellísima sobre un cuerpo arrogante y esbelto. Su frente conservaba todavía la apariencia noble y ceñuda; su nariz las formas aguileñas. Se adivinaba que aquellas mejillas habían sido de un óvalo perfecto. En la cornisa del mi-

croscópico pedestal estaba grabado esta sencilla inscripción:

¡Casacuberta!

Aquella era la colosal figura del drama romántico, el valeroso intérprete de los Hugo, Dumas y Zorrilla. Aquella boca, animada por una imaginación ardiente, una inspiración portentosa, unos pulmones de acero, y unas facultades orales titánicas había pronunciado las execraciones de Marsilla, las enamoradas quejas de Manrique, los rugidos de Antony, los sepulcrales acentos de Ethelwood, la fúnebre carcajada de Andrés Lagrange, la cóncava blasfemia de Don Alvaro; aquella personificación grandiosa del *Oscar*, lució el manto flordelisado del rey Luis, los harapos del Jugador, la espada de Sentinelli, el frac de Monteclain, la gumía de Otelo, el sórdido carrick del tío Juan, la brillante claymora de Macbeth; el artista que llevó la trágica librea de Ruy Blas había traducido la letal sonrisa de Glocéster, la ironía profunda de Buridán, las epilépticas contorsiones y desgarradores gritos

de Triboulet, los impetuosos arranques de Don Pedro, la bronca y concentrada entonación del Pastelero y los sobresaltos galvánicos del Dormilly de los *Seis grados*, obra que fué su túnica de Deyanira.

Su boca horriblemente abierta dejaba escapar una lengua negra que traspasaba de sus apergaminados labios. Enhiesta, inclinada hacia arriba, á modo de enojada víbora, permitía ver los fosos de su ausente dentadura. Su arrugada y polvorosa garganta, desprendida de su osamenta, semejaba la viscosa caparazón de un pequeño cocodrilo. El trágico se convertía en clown. Cubríase de una careta y parecía representar su postrera comedia, faz á faz con la eternidad.

*
* *

—Aquí faltan varias cosas á tu biblioteca, dije á Gabriel que en aquel momento entraba rozagante con un traje á la inglesa, medio cubierto por un elegantísimo y entallado abrigo color de café claro.

—¿Cuáles? respondió aquel dando la última

mano á su tocado, ante un espejito que había colgado junto á la puerta, y en que yo no reparara hasta entonces.

—En primer lugar, un tratado sobre el mal francés.

—¡Bah! tengo más de veinte tomos de novelas contemporáneas que no hablan de otra cosa.

—Otro sobre los partos, la viruela, el mal de San Lázaro...

—¡Aguarda! Ahí están todas las obras de Tardieu; primero me faltaría la camisa que un ejemplar de *l'Étude Médico-légale sur l'avortement* y otro de *l'Attentat aux mœurs*. Poseo también *la Tierra*, que como sabes, dice cosas de rechupete.

—Para tener completa la colección necesitas un volumen ilustrado, sobre..., le dije al oído.

—¡Vaya! junto á mi cabecera tengo á la Biblia. El episodio de Lot y sus ángeles no se me aparta nunca del magín, como que lo leo siete veces cada semana! ¡Qué claridad en la frase! Qué energía de estilo! Tengo para mí que los sacerdotes que escribieron el Pentateuco, después del cautiverio de Babilonia, fueron los primeros apóstoles de la novela

naturalista. ¡Ah! puedes ver, además, en aquel estante, esa gran obra corregida y aumentada, de un jesuita portugués: *Os delitos contra natura*, lujosísima edición de Matto Grosso... Y... ¿qué otra cosa echas de menos?

—Un vaso excretorio.

—Lo tengo.

—Sí, pero no aquí y sabes bien que la moderna literatura exige que se ponga encima de la mesa y no debajo de la cama, según la rancia costumbre de nuestros abuelos. ¿Se ha de pintar á una mujer? no se retratan sus facciones sino...

—Sino que se le levanta el vestido para contar los trapos que lleva en el tontillo y en lugar de describir su exterior, se fotografían los calzones; de esta suerte el lector puede conocer á la heroína por el olfato, lo que es una ventaja inmensa si por acaso es miope: no necesita anteojos.

Y Camalote, después de haberse contemplado con satisfacción en el espejo, sonrió orgullosamente, calzándose unos finísimos guantes de piel de Suecia, que sacó de su bolsillo.

—Una pregunta, Gabriel; tú que has leído tanto y que tienes más experiencia, ¿podrías decirme por qué los escritores americanos,

especialmente los periodistas, acostumbran á intercalar en sus páginas ó en sus columnas, parrafitos, sentencias, simples conceptos y hasta frialdades en la lengua de Racine?

—¡Imbécil! ¿No conoces que es la manera de decir al lector que se sabe el francés? Antiguamente la pedantería se valía del latín: algunas muestras nos quedan aún de ese megaterio y voy á darte la clave para que le reconozcas: cuando en una revista sobre economía política ó ciencias naturales leas cualquier latinajo, apuesta á que su archipedante autor pretende cuidar los fósiles del Museo ó los animales de la Quinta Normal; asegura que es un hombre de raida levita, pantalón corto, cara larga, continente de oficio y mal casado por añadidura. Por lo demás, se cuentan escritores que no conocen su idioma y cuando se ven apurados salen del paso con la primera palabra francesa que les viene á las mientes. No se precisa repertorio inagotable, no creas, con tres docenitas bastan; si no se saben más, se inventan, y punto concluido. Autor conozco que cada veinte líneas ingiere una frasecilla por el estilo; si necesita alfalfa, no dice alfalfa, sino *de la luzerne!* Nosotros, que no somos autores, ¿no decimos *robe de chambre*,

attaché, amateur y *coulisses* por bata, agregado de embajada, aficionado y bastidores? ¿No escribimos *romance* por novela, *consomé* por caldo, *órgano* por voz, *mallas* por calzas, *fauteuil* por sillón, *suceso* por éxito, *jugar un rôle* por desempeñar un papel? Dentro de diez años diremos *grano de belleza* por lunar, *poto al fuego* por puchero y *metedor en escena* por director de escena.

Camalote se puso el sombrero, tomó su bastón y en el mismo tono añadió:

—¿Qué *rôle* me vas á hacer *jugar* en tu comedia, con la familia de Mariana? ¿Qué piensas hacer? ¿Pretendes que vaya á pedir su mano esta misma noche?

—No, llegaremos muy tarde; mañana procuraré verla y ella será quien deba decidir. Ahora pasaremos por el Portal á comprar un ramo de violetas, que colocaré en su balcón.

—Bueno, después nos iremos al Cerro á beber unas cañitas de manzanilla.

—¡Que se nos va á hacer tarde, Gabriel!

—Aun nos queda una hora larga; el tren no sale hasta las diez y cuarto... Además, podemos tomar un coche... el *carro* tarda *ultra medida*... Pero..., no; no quiero que me eches

la culpa si por acaso el tren nos dejare. Apagaremos la sed aquí mismo.

Y Camalote, sin quitarse los guantes, apoyó una pequeña escalera en la alacena izquierda; trepó hasta el último tramo y después de algunas vacilaciones, sin saber por qué raza decidirse, recorrió con la vista los cuatro estantes superiores; al fin triunfó la voz de la sangre, que no engaña nunca, según los novelistas españoles; escogió entre la latina una botellita octaedra y descendió canturreando; volvió á poner la escala junto al armario, en el rincón, y al tercer golpe que dió con el bastón en el extremo de la botella, hizo saltar el gollete decapitándola maestradamente, no sin derramar algunas gotas del líquido Borgoña, que mancharon la parte baja del pantalón y los charolados zapatos.—¿Quieres? dijo; y antes de oir mi respuesta llevó la botella á sus labios, como el elefante con la trompa, abrió una boca descomunal y dejó caer el exquisito licor, que se perdió en su garganta, imitando á esos hilitos de agua que bajan de las cimas nevadas y desaparecen entre las piedras.

Dos horas después estábamos en San Bernardo.

Al llegar á casa de Mariana, saqué con mucho cuidado el ramillete de su envoltura de papel, dibujado á punta de alfileres, y me preparé á subir por la ventana.

—Aguarda, me dijo Gabriel; montaré yo, que soy más alto.

—No, déjame á mí, que ya tengo la costumbre.

—¡Cuidado, no te caigas!

--No temas, le contesté con esa voz de garganta á que me obligaba la violentísima posición de mi cuerpo, cuyos músculos tendía como cuerdas para sostenerme sobre el último barrote; mientras alzaba la mano en busca del balconcillo.

Una vez miré para tierra; á Gabriel lo ví chiquito, pardeando en la obscuridad con su traje claro; y me pareció la estatua de la zozobra; tal era la inquietud con que seguía mis movimientos. Un ligero sudor humedeció mi cuello, la nariz y el nacimiento de los brazos; aquello negro que tenía á mis piés atraíame como la boca del boa, cerré los ojos clavándome en la saliente reja y extendí al ajimez un brazo que agitaba irresistible estremecimiento...

Deposité el ramito sobre el enlosado; al

retirar la mano mis dedos tropezaron con un grueso cordón atado á uno de los arábigos balaustres á que me tenía asido; hícele correr por entre el índice y el pulgar y á su extremo tanteé un objeto que me hizo lanzar una exclamación.

—¿Qué? preguntó Camalote.

—¡Gabriel! ¡Gabriel! le dije en voz baja.

—¿Qué hay?

—¿Me escuchas?

—Sí, hombre; ¡habla!

—Acércate más á la ventana.

—Aquí me tienes, murmuró dando dos pasos á la pared.

—Una carta...

—¿Carta?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—¡Vaya!

—¡Malo!... ¿Dónde está?

—Aquí, atada con una cinta.

—¡Atada! ¿Dónde?

—En este barrote..., en el del medio.

—¿La tienes?

—Sí

—Pues baja y la leeremos; debe estar es-

crita por las cuatro carillas y con cincuenta faltas de ortografía.

El corazón me bailaba en el pecho; cogí la carta con los dientes, dí un fuerte tirón del hilo que la sostenía y comencé á bajar con apresuramiento. Extendí el pie buscando un punto de apoyo, pero no lo encontraba.

—Aproxima la pata al muro, dijo Gabriel; otro poquito... ¡Cuidado...!

No oí más; deslizóse la punta de mi bota por el resbaladizo hierro, que sustentaba todo mi peso; mis manos dejaron escapar el barrote á que me había asido, chocó mi frente con un cuerpo duro que retumbó en el cerebro como un martillazo, bañó mi rostro una cosa caliente que me cegó, un silencio profundo y unas tinieblas más profundas me envolvieron y me sentí caer, atravesando un caos..., luego una llamarada me batió las sienes con la catalépsis de la muerte y penetré de lleno en las regiones de la eterna sombra.

IX.

Me embargaba ligero aturdimiento; llevé las manos á la frente, donde principié á sentir un leve escozor y toqué un apósito fuertemente sujeto con las vendas delgadas y múltiples que me rodeaban la cabeza. Al bajar el brazo tropecé con un objeto terso, suave y glacial, que produjo un sonido vibrante.

Hice correr los dedos sobre su superficie y creí palpar la cavidad bruñida de una bandeja de metal.

Dí dos ó tres golpecitos con los nudillos, y la marmórea plancha me respondió con otras tantas variaciones sonoras.

Extendí la mano hacia arriba.

Unas varillas de hierro la enlazaban con sus profusos adornos. Continué en mi inspección por la izquierda: las varillas metálicas se unían á un acanalado pilarcillo cuyo blando contacto me reveló un barrote de bronce. Era la cabecera de un lecho. Abrí los ojos. Me rodeaba

una semiobscuridad, pero podía distinguir los objetos.

A la izquierda, á dos pasos, tenía á Gabriel; había cruzado los brazos sobre el respaldo de la silla en que estaba sentado; inclinaba sobre ellos la cabeza y parecía dormido.

Yo me encontré de espaldas en el lecho, vestido y cubierto con una colcha de lana.

Aquella pequeña habitación recibía en su parte central la débil luz que escapaba del cuarto contiguo.

Allí, rodeadas á una mesa, columbré dos mujeres, cuyas cabezas, vigorosamente heridas por la llama de la vela, se destacaban con valentía del negro fondo del cuarto.

Me incorporé sobre el codo y las miré con fijeza.

Aquello era un cuadro de Jan Steen, una reproducción vívida de la *Familia artista*, en que con el solo contraste de la sombra y la luz su autor logró arrebatar á la naturaleza sus enérgicos tonos, mostrándose cuasi tan sublime creador como el que brama con las olas, ruge con la borrasca y rueda esos millares de mundos que centellean en las noches tranquilas.

Una de aquellas mujeres representaba cincuenta y más años; su talla era elevada, an-

guloso su cuerpo, moreno el color; las cejas trazaban una línea recta sobre sus ojos hundidos y opacos. Sus labios se inclinaban socavados por la tristeza. Aquel rostro, visto á la distancia comenzaba por parecer severo, examinado con detención traducía una gran bondad, inmensa dulzura y candorosa confianza.

No sé porqué al mirarla recordé á mi padre muerto y sentí en la garganta ese cansancio angustioso que precede al llanto. Aquella apacibilidad angélica, aquella condición benigna la hubiera deseado para mí, que tenía sed de ese cariño materno, salvaguardia purísima para las sugestiones del mal, amuleto precioso contra las injusticias de la suerte. Yo hubiera anhelado sentir en mi frente el contacto de aquellas manos, oir sus benevolentes palabras, hacerle mis confidencias de niño, ocultar en su regazo mi rostro y decirle muy quedo: ¡madre mía! al prorrumpir en sollozos y reiterarle mis juramentos de enmienda

Su compañera era una mujer de treinta y cinco años; eché de menos en ella la toca de la hermana de caridad; tal era la expresión de bienaventuranza que animaba su fisonomía. Ambas vestían de luto.

Al movimiento que hice en la cama, Ga-

briel se despertó y frotándose los ojos acercóseme rápidamente diciendo en voz baja:

—Estamos en casa de Mariana. Ella se ha marchado ayer por la tarde con su tía; te lo aviso para que no se te escape cualquier palabra que nos comprometa. Sé hombre, qué caracho... Al bajar de la ventana chocaste contra la reja, caiste al suelo privado de sentido, haciéndote esa herida en el *mate* sobre las piedras. Llamé, ayudáronme á conducirte hasta aquí, donde te curamos y... ya lo sabes todo. ¡Ah! díjeles que te atacó un desconocido y te dió un *chopazo*, porque no querías cederle la derecha. Pon los huesos de punta, que son las cuatro de la mañana.

—¿Y la carta? le pregunté con inquietud.

—La tengo en el bolsillo, te la entregaré á la salida.

Entonces, las mujeres, que nos sentían cuchichear, se levantaron y vinieron para nosotros; la más jóven llevaba la luz en la mano.

Eran la madre y la hermana mayor de Mariana.

—¿Cómo se encuentra V., caballero? me dijo la primera, con voz melodiosa y suave. Dígnese pasar á la antesala, le serviremos

una taza de te, añadió al ver que me dejaba caer de la cama y componía el desorden de mis ropas. No puede V. figurarse nuestro espanto, cuando su amigo apareció en el comedor, sosteniéndole pálido y ensangrentado...

Las dos mujeres nos precedían; atravesamos cuatro ó cinco habitaciones y llegamos á la antesala. La anciana señora ocupó un sofá que había en el centro del cuarto, mientras que su hija comenzaba á preparar el servicio del te y retiraba de su anafe de bronce una pequeña cafetera, que á nuestra entrada escupía ya sus columnas de vapor.

Yo me dejé caer en un sillón; Gabriel quedó de pie, junto á la mesa que sostenía las tazas, la azucarera y unas ruedecitas de pan francés tostadas al fuego.

Luego dió cuatro pasos en dirección á la dueña de casa, é inclinándose profundamente ante ella, le dijo:

—Señora, ahora que mi amigo está libre de todo cuidado, V. me permitirá cumplir con los deberes que impone la etiqueta. A falta de una persona que nos presente, procuraremos presentarnos nosotros mismos. Este joven, á quien V. se ha dignado conceder la hospitalidad y que recibió un fuerte ga-

rrotazo de parte de un incómodo sujeto, se llama Clarens de Río Santo. Con el tiempo llegará á ser un pintor de nota así como es hoy un amigo excelente. Su único defecto consiste en no querer cortarse el pelo. Lee mejor que pinta, pinta mejor que escribe, escribe mejor que habla y habla mejor que come—en su casa no se come más que plátano, lúcuma y chirimoya. Su madre es una señora peruana con más dinero que párpados y más campanillas que una recua. Mi amigo no tiene padre, pero lo ha tenido en otro tiempo; su corazón es de oro y su cabeza de chorlito, lo que no es un obstáculo para que le quieran todos los que le tratan. Ahora me toca á mí. *Je suis* Gabriel de la Camalotè, joven individuo gastrónomo, literato por gusto, pintor de afición, filósofo por sistema, naturalista de estudio y *sanfazónico* por temperamento. Probablemente yo no concebiré nunca una obra maestra, pero en cambio soy un decidido protector de la agricultura y la pastelería, especialmente del arte vinícola. Tengo veinticuatro años, un alma sensible y un estómago de avestruz. Sé respetar la virtud, admiro á Colón porque descubrió las patatas y á Francisco I porque no permitió caras lampiñas en su corte. No

me acuesto nunca sin cenar. He estado dos años en París y acostumbro á mudarme de ropa interior casi todos los días. Pertenezco á una de las principales familias de Santiago y cada vez que tomo una taza de te puro, estoy enfermo durante quince días,—necesito acompañarlo con media botella de remedio.

Las señoras acogieron aquella improvisación con grandes risas.

—¿A qué llama V. remedio? al agua de Seltz? á la zarzaparrilla? dijo la joven señora.

—No, señorita, á la untura blanca.

—¿V. toma te con untura blanca? ¡Cosa más rara! Aquí no tenemos más que un poco de aguardiente alcanforado. Voy á traerle.

Camalote hizo una mueca horrible, pero no perdió los estribos; pretender confundir á Gabriel valdría tanto como tratar de enturbiar el mar, así es que se repuso muy luego y contestó:

—Señorita, lo acepto, si logra quitarle el alcanfor y servirme el aguardiente puro.

—¡Como dice que le gusta la untura blanca!...

—Llamo así, señorita, al vino de Jerez.

—Oye, Isabel, anda hasta el comedor y

trae un poco de cognac, que debe haber encima de la estufa, dijo la señora, al tiempo de mirarme con marcada insistencia como si quisiera estudiar en mi fisonomía y ademanes ese pequeño mundo que llevamos al costado izquierdo, que para las mujeres y los poetas significa el reflector del alma y el regulador de la sangre para los médicos, los jueces del crimen y los pocos militares dotados de sustancia gris; en una palabra, todos los que esgrimen la guadaña.

Su hija nos sirvió el te y salió en busca del cognac, que trajo pocos momentos después y puso en manos de Gabriel, que lo recibió con manifestaciones de alborozo.

—¿V. conoce á mi hija Mariana? Mi hermana me la ha quitado; y en este momento la acompaña en un viaje que promete durar algunos meses. Isabel, muéstrale su retrato; ese de manto; debe estar en el álbum.

—No nos queda ninguno en casa.

—¿En qué fotografía se hizo retratar? ya lo veré en Santiago cuando vuelva, dije.

—*Dond* Spencer. Muéstrale ese otro que está en la sala.

Su hija me hizo pasar á la pieza vecina. Los muebles eran escasos y pobres, se veía

un piano en un rincón con un alto de música en la silla próxima; en el centro del cuarto una mesa redonda que sustentaba un florero, dos álbums, un juego de ajedrez y una inmensa lámpara de doble mechero. Allí no había otro lujo que el de la limpieza; pero esta era tan excesiva que la modestísima sala se presentaba á mis ojos casi con las apariencias de la elegancia. Todo permanecía en su puesto cuidadosamente arreglado. Por más que busqué no pude encontrar ninguno de esos adornos chillones de que tanto apetecía la de Torrecilla.

De las paredes pendían cuatro ó cinco retratos, entre los que recuerdo una fotografía, de gran tamaño, del jefe de la familia y otro de Mariana, pintado á la aguada, en traje de baile y que me pareció desprenderse de su marco de terciopelo, tal era el parecido, la suavidad del colorido, la pureza en el dibujo y la armonía del conjunto.

La firma de su autor, Santiago Vaca Guzmán, estaba marcada al pie.

Dos horas después Gabriel dió la señal de la partida. El primer tren comenzaba á llamarnos desde la Estación con su agudo silbido.

Apenas anduvimos unos cincuenta pasos, Camalote sacó la carta del bolsillo y la puso en mis manos.

Ya no me parecía una cosa tan cruel la distancia. En adelante tendría un objeto material con el que me preparaba á desafiar su ausencia.

Trémulo de alegría rompí el sobre y abrí ansiosamente la carta.

Esta decía así:

«Clarence:

«Yo no le quiero, ni le he querido nunca. Perdone esta tardía confidencia que quería hacerle la víspera de mi partida, cuando le encontré en camino de la Estación; pero el deber me ordenaba desvanecer unas ilusiones que yo no había alimentado nunca y que nunca me contemplé capaz de realizar.

«Si lo he aceptado por compañero de baile durante algunas noches, tengo mi disculpa en el ejemplo y en la costumbre.

«Parto con mi tía por un tiempo indeterminado. Quiera Dios que si algún día nos volvemos á ver, encuentre en V. un amigo, pues no quiero agraviarle suponiéndole capaz de guardarme rencor, porque mis sentimientos no hubieran respondido á sus esperanzas, y que esas simpatías, de que me ha dado tantas pruebas, se tornen en malevolencia.

«Por lo demás, me es bien conocida su hidalguía para que pueda abrigar temores sobre este último punto.

«Desea llamarse su buena amiga,

«MARIANA KATTERINNE.»

Aquel expléndido paisaje se cubrió de un tinte opalino á las primeras sonrisas de la luz que venía. El sol, perezoso, surgió detrás de la sierra, bañando intensamente sus crestas nevadas y el manto verdísimo de la campiña.

Yo fijé en el éter límpido, en la riente pradería y en la cumbre blanquecina una mirada de angustia, como súplica postrera; pues la desgracia inmerecida infunde al corazón el egoísmo, ahoga las voces del raciocinio, hace creer en las simpatías del universo y alienta

la esperanza de un consuelo descendido de lo alto en sobrehumana ayuda. Cuando el hombre no encuentra alivio en los hombres, se dirige á Dios; se figura solo en la tierra y que ÉL debe enviar uno de sus ángeles á enjugar sus lágrimas, atenuar sus dolores, endulzar su agonía; pero la naturaleza entera permaneció callada, el sol continuó adelantando en su carrera, el aire principió á agitarse con tibieza, saturando las últimas emanaciones de la noche y yo me encontré solo; pisaba el polvo de donde saliera, tenía mi desesperación por norte y ese enigma sordo, fatal, sobre mi cabeza.

SEGUNDA PARTE

I.

A ocho leguas de Santiago, en el distrito de San Bernardo, la hacienda de los Peumos yace escondida entre las quebradas que engrana la Cordillera como un espinazo inmenso, cuyas vértebras aserruchan el territorio chileño en toda su longitud en valles feracísimos, onduladas cimas, inextricables gargantas y picos inaccesibles, solitaria morada del cóndor y el guanaco, feudales señores, que la nieve, al velar la cabeza del gigante de piedra, arrojó de su dominio, como si probara que en este mundo tenemos todos nuestro señor absoluto: la sierra al cóndor, éste á la nieve y aquella á Dios.

Forman su superficie unas ochocientas hectáreas, divididas por macizos tapiales en once ó doce potreros, como las casillas de un ajedrez.

Aquello no es la cabaña de Buenos Aires, la estancia de Entre-Ríos, el rancho de Méjico ni la *fazenda* de Río Grande; es más bien algo así como la granja de Normandía ó el cortijo de Córdova y Extremadura.

En sus laderas se cosecha abundantemente el trigo y el fréjol, ordinario alimento del *guaso;* la patata, la avena y la cebada—el maíz no prospera; su cultivo exige un clima húmedo y un terreno arcilloso—, mientras que en casi toda la parte llana del fundo predominan la viña y las plantaciones de alfalfa. El vacuno bravío importado de las provincias de Cuyo, *charamiasquea* por la falda de los cerros durante el verano: cuando se aproximan los grandes fríos desciende á la planicie, donde los vaqueros, con sus lazos de doble presilla, apartan las que reclama el mercado de Santiago ó de las provincias mineras. El desecho, es decir, los terneros y aquellas vacas de cornamenta descomunal, venidas de los pastos duros de San Luis y Río Cuarto, que no consiguen hartarse con las hierbas de ancha hoja

y las sabrosas semillas, á semejanza de un glotón italiano, insaciable con los platos ligeros y excitantes de la cocina francesa, diseminanse talando los alfalfares y pastos de reserva, hasta que llega la primavera.

La casa, con sus tejados á la española y muros de adobe, como todas las poblaciones del Centro y Mediodía, tiene dos cuerpos de edificio, en figura de ángulo recto. Cuatro piezas corridas, comedor, taller, dormitorio y una habitación para huéspedes constituyen el que mira al Norte; en el otro está la cocina, la despensa y el enorme lagar en que reposa el mosto. Los gañanes duermen mezclados con los perros en el galpón de los granos, que ocupa media manzana de tierra, algo más lejos, próximo al parrón nudoso y viejísimo.

El único cuarto digno de atención es el taller, que sirve á la vez de sala de recibo y gabinete de estudio. Un gran lienzo de Gérome ocupa el sitio más favorecido por la luz en aquella almoneda, que reune los maestros de todas las nacionalidades y escuelas. Allí uno de esos bocetos, cuyo valor consiste en la firma estampada al pie, y á que los tratantes llaman *abasto de ultramar*, aparea la acuarela soberbia de un artista sin fama todavía: una

mediana copia de la *Matanza de Scio*, se codea con otra brillante tela española; mujeres casi desnudas provocan con lascivas posturas tal ó cual cabeza de fraile, que sumergida en la parda concavidad de su capucha las contempla con sobreceño; paisajes de Corot, Diaz, Cabat y Pelouse se confunden con los Fortuny, Meignan, Plasencia y Villegas, mientras que un retrato de Bonnat, desde el fondo de la estancia, con sus ojos medio entornados, escudriña la *Pasifae* de Roll, *Floréal* de Collin y el *Gil Blas* de Carbonero, yacentes entre varios caballetes, bosquejos y cabezas de estudio.

Frente á la puerta que conduce al comedor hay un mueble, que á pesar del cuidado que han tenido en limpiarle y darle barniz reconócesele por antiguo aparador; al presente hace los honores de biblioteca; los dos vidrios que le faltan están sustituidos por las fotografías, de gran tamaño, de Hœring y de Iffland, recortadas á nivel de su caprichoso marco y fijadas con cola, preservando del polvo la librería, cuya selección demuestra más bien la originalidad que la erudición de un artista.

Bernardino de Saint-Pierre y Henri Martin soportan maravillosamente el peso de los innumerables tomos de Michelet y de la *Chi-*

cuela Fadette de Jorge Sand: *Mademoiselle de Belle Isle*, *Paul Jones* y *Enrique III* tienen en el primer anaquel ese magnífico pedestal que se llama Shakespeare, en un gran volumen de cordobán negro. Junto á éste el viejo Sófocles sustenta á Racine, y á *Madama Bovary Eugenia Grandet*.

Cervantes está en una casilla por separado, como el león en su caverna. Otro tanto ocurre con Molière, no obstante que la *Petite Ville* de Picard, el *Casamiento de Figaro*, y el *Barbero* pretenden echársele encima, porque *Bertrand y Ratón*, montado á sus lomos, rellena el hueco y promete hacer estallar la tabla superior, que contiene á *Nos intimes!* y una parte de Augier. Virgilio, Petrarca y Alfredo de Musset han reunido sus tomos como en un abrazo, al alcance de la mano. En la línea paralela, algo más arriba, está el grosísimo *I promessi sposi* á horcajadas de la pequeñita *Muchacha de Perth*. Las obras de Calderón, tan truncas que ya no quedan sino el *Alcalde*, *Secreta venganza* y el *Médico de su honra*, sirven de descanso á unas cuantas hojas sueltas, restos de un tomo de piezas dramáticas, que representan la penúltima escena de *Marión Delorme*. Más abajo está David Cópperfield; por no estro-

pear su rica pasta inglesa, colocáronle, sin duda, sobre un montoncito de Fiéldings. *Monsieur Perrichón* yace en uno de los cuatro sillones de vaqueta, que completan el mueblaje; tiene una riquísima encuadernación *chagrín*, resguardada con la cubierta que en tiempos mejores sirviera al *Hermano Jaime* de Paul de Kock; y como por intento le han dejado abierto por la página 48, donde grabaron con lápiz este aforismo de Pigault-Lebrun:

«Las cocineras son los mejores pintores de costumbres.»

La escuela española moderna está representada por la *Pepita Jiménez*; muchísimas coplas; el *Traidor, inconfeso y mártir*, con varios cortes, que indican aquel ejemplar como tránsfuga de las grasientas manos de algún segundo apunte; una hoja de los *Amantes de Teruel* y un folleto publicado por un académico traductor, donde se defiende de la acusación de plagiario del cuarto acto del *Kean* de Dumas.

El *Sí de las niñas* debería ocupar la única cavidad que resta en el aparador-biblioteca, encima de Molière y junto á Beaumarchais, cuidando de cambiar su carcomida encuadernación; pero aquel fruto de la paciencia no

se encuentra allí: es el libro de cabecera, el libro del reposo.

Para terminar la nomenclatura mencionaremos á cuatro pequeños, elegantes y azulados Dárwins, que sobre una repisa, al pié de un Cristito de Zurbarán, aplastan un pesadísimo y obscuro tomo, cuyo dorso tiene dibujados, con relieves de plata, una mitra, un silicio y una calavera sobre dos tibias cruzadas, mientras ostenta con su tafilete color de fuego esta inscripción, en caracteres rojos como la sangre:

Antiguo testamento

* * *

Si queremos estudiar las cercanías no se necesita salir del estudio; basta con abrir una pequeña ventana, practicada entre la biblioteca y el sitio que ocupa la Pasifae de Roll y tender la vista en contorno.

Allí, como en casi toda la faja del antiguo *Tchili*, esa serpiente que al morder las áridas regiones del salitre amenaza dilatar su cola

hasta el Círculo Polar, la naturaleza se mostró pródiga en sus dones. A la frondosa vega, plana como un mar, limítala el collado erizado de tunas; el achaparrado bosquecillo interrumpe de vez en cuando la monotonía de un valle, que corre por entre dos peladas montañas; al erial cubierto de jaras circúndalo un arroyo, manso, murmurante y tardío; junto al barranco está la fuente y el surtidor entre los brezos; la gruta vestida de hiedra parece sudar entre un claro arenisco abrasado de sol, mientras que á la derecha esa inmensa mole de granito finge sustentar con sus corcovadas espaldas el peso del cielo, que taladra con sus escarchados picos, esos centinelas del tiempo. Allí, en toda eminencia que logra coronarse de un poquito de nieve se improvisa una especie de espita, de donde surgen diminutas y bullentes cascadas, oscilando sobre la morena piedra como ondulosa metálica, y que reunidas en su descenso por un canal común, se reparten en diversas acequias, que bañan periódicamente la huerta, el olivar, el rastrojo, la viña y la pradera.

Si me he detenido con preferencia en bosquejar unos lugares de poco interés á mi narración, es que un mundo de pensamientos

me asaltan á su recuerdo; es que la Naturaleza, manifiesto vidente de lo infinito armónico, me inyectó de su savia con expresiones tan variadas como sentidas: así, el empollar de la tenca en la maleza, la irídea gotita suspendida en el aire, la Reina Nocturna abriendo sus hojas en cópula con la neblina, ante la grisa inmensa de la creación callada.

*
* *

«Querido Clarence:

«¿En qué diablo empleas el tiempo que te dejan libres los pinceles? ¿En oir silbar las culebras y contar las lechuzas?

«Tu cuadro *¡Así sea!* ha causado gran entusiasmo. Al día siguiente de su llegada lo llevamos con Alquicel á casa de Moder, donde estuvo expuesto durante tres semanas. ¿Sabes en cuánto se ha vendido? En ocho mil duros. Un señor inglés me había ofrecido cinco mil; Alquicel quería entregarlo—¡qué entiende de cuadros ese animal!—; pero yo resolví venderlo al mejor postor. Se dice que fué adqui-

rido por el Gobierno y que en adelante formará parte de la Galería Nacional.

«Todas las crónicas que han salido hasta ahora van en ese paquetazo de periódicos, que te adjunto. Como verás, no faltan los elogios exagerados, las críticas apasionadas y las envidiosas censuras. Para tus admiradores eres un genio; para un noventa por ciento de tus amigos, un pésimo copiante; pero no te alarmes, si tu tela no valiera la pena, en vez de vituperarla te la hubieran alabado. Ya sabes que cada crítico es un pestilente *chingue* cuyo bolsín se infla y revienta ante los méritos ajenos. Y debes agradecerles que hayan encontrado el punto vulnerable de tu obra; de lo contrario lo buscarían en tu vida privada, en tu carácter, en tu familia. Sí, amigo mío, el saber y el ingenio son como los gobiernos: tienen siempre hojas impresas de oposición, que andan en mayoría.

«El diez y seis pasamos la velada en casa de tu madre. Nos reunimos allí Daniel Tasa Real, Alquicel y yo. Diréte de paso que tu hermanita está cada vez más hermosa. ¿Sabes lo que resolvimos? Que te vinieras inmediatamente. Tres días ha que tu madre recibió de París un elegantísimo menaje, que adornará

un lindo taller de la calle del Estado, muy cerca de tu casa. Creo que no necesito nombrar al dueño. Allí verás artísticos muebles de Boule, de 1675, nada menos; bronces soberbios y sobre todo una colección de *bibelots*, que no hay más que pedir

«Déjate, pues, de oír cantar las ranas y de tus místicos arrobamientos; vente con nosotros, que tu ausencia ha durado demasiado, y tres años de tiempo, al vigorizar tu talento, han de haberte hecho olvidar las locuras de muchacho. Manda, pues, al infierno tu misantropía y á la Estación tus estudios y bocetos; nosotros los colocaremos en el taller que te espera con las puertas y ventanas abiertas. Ya tienes una clientela numerosa. Nuestras más bonitas mujeres se preparan á que las retrates en todas las posiciones imaginables.

«Ya te habrás dado cuenta de la crítica situación que atravesamos. Balmaceda, que comenzó por alzarse con el santo, amenaza tragarse la limosna. Se perora mucho en el Parlamento, vociferan los diarios, las damas olvidan la vida de los santos por los *Derechos señoriales en la Edad Media*, de M. Veuillot, mientras un partido sietemesino, destinado como el ave Fénix á renacer de

sus propias cenizas, invoca los derechos de un pueblo que no tiene más que obligaciones.

«A tu regreso encontrarás grandes mudanzas en algunos de nosotros. Cisneros acaba de ser nombrado senador, su tío Augusto Alpaca ministro y presunto candidato á la presidencia: Torrecilla consiguió sentarse en el Congreso. Oyeras su discurso, á motivo del Registro Civil! ¿Te acuerdas del *Tartuffe*? — Sí, debes acordarte, pues te educaron los jesuitas.—Torrecilla, con sus ademanes, su capa negra y sus propensiones de hormiga, trasuntaba fielmente aquel meloso personaje.

»Recordarás que tres años ha mi única preocupación consistía en coleccionar libros naturalistas, residuos de grandes hombres, vinos generosos y odiar cordialmente al siglo XVIII, á pesar de la *Enciclopedia*, de la Revolución Francesa, Volta y las saturnales de Luis XV. Pues ahora tengo una preocupación más. El hijo de Vénus me ha *chuceado* con su *picana*. Hablando en romance: empiezo á sentir lo que los tontos llaman amor y que para mí no es sino la necesidad de reproducirse, de procrear.—¿Quién es ella? ¡Oh! mi buen amigo, no te diré que sea un ángel,

porque... la verdad, no lo es; pero sí es una mujer que me ha hecho olvidar el jerez por espacio de una semana; que tiene una instrucción vastísima y que en belleza no hay nadie que la iguale. Es una escocesa que se encuentra aquí desde tres meses á esta parte, venida Dios sabe de dónde y cuyo oficio es predecir el porvenir á guisa de oráculo antiguo.

«Su imagen se me presenta por do quiera: en las botellas del jamaica, interior y exteriormente, en el hueso sacro de Monteagudo, y á tal punto la veo con la imaginación, que al contemplar anoche la cabeza del trágico argentino, Casacuberta, con su boca abierta como un caracol, me ocurrieron ideas raras.

«Esas tendencias naturales á propagar la especie, legando mestizos vástagos á la Inclusa, no han operado solamente en mí. Tengo por competidores á León Alquicel y á un corresponsalito de un diario bonaerense, arribado recientemente con la misión de estudiar nuestra actual crisis política.

«Este muchacho cayó de pie; se ha hecho de muchos amigos y á pesar de la rivalidad que á menudo motiva verdaderas tempestades entre él, León y yo, formamos un trío inse-

parable. No está ya en la primera juventud, ni en la segunda—debe frisar en los cincuenta—; y si me obstino en llamarle muchacho es porque tiene un carácter tan festivo, un físico tan acartonado y se relame, afeita y adereza de tal modo, que á cierta distancia aparenta las trazas de un jovencito.

«Se vende por consumado crítico de pinturas y á su juicio Gautier y Alberto Wolff emborronan papeles á destajo. Sus revistas de arte son el Evangelio para los aficionados de ultra Cordillera y á su placer hace y deshace reputaciones en media columna. Su estilo es original, bastardo de la gramática, cualidad que le alabo, porque el ser crítico dispensa de escribir correctamente. ¡Cuánto nos ha hecho reír con sus modismos argentinos! Pero yo creo que saca muchos de su pegujal, que enjareta con seriedad sin ejemplo. Canta en falsete, toca la guitarra y monta á caballo como un gaucho. Créese gastronómo; pero esta pretensión me inspira risa; es un glotón sui géneris, gastrónomo de la Pampa; todos sus platos consisten en asados: asado al asador, asado con cuero, asado al horno, asado á la parrilla. Seis largos meses fué representante del pueblo y otorgante de

timbradas voluntades. Observo en él prodigiosa memoria y ese arte de adivinar el carácter de su interlocutor, desde la primera entrevista. Como es muy amable y tiene el suficiente tacto para decir lo conveniente, sienta plaza de ingenuo, lo que le gana todas las voluntades.

«Aunque hay dos grandes clases de periodistas, es decir, los que alaban al pueblo... por su dinero, y los que adoran al gobierno... por las adehalas anejas á ello, éste fué educado en la escuela de la franqueza, el periodismo de combate, que exhibe los trapos del canasto para poner la cazuela. Todas estas moralidades de orden del día, danme muy mala espina del tal corresponsalillo, sin contar conque desconfío de todos los argentinos en general y de los porteños en particular. Charlan demasiado. Cuando no tienen de quien murmurar se ríen hasta de sí mismos. Soy de sentir que los hijos del Plata hacen muestra perfecta de la decadencia de una raza. Fútiles, despreocupados, decidores, con su moral de caoutchouc que alargan y acortan según las circunstancias, admiran el talento ajeno, mas para ellos las palabras «hombría de bien», «conciencia» y «respeto mutuo» sólo [illegible] en-

cuentran en el vocabulario chino. Su anhelo se reduce á ganar dinero lo más pronto posible sin reparar en los medios. Son muy acomodadizos en materias religiosas. Su profesión de fe consiste en pasarlo bien y en grande. El que tiene más *fóforo* elimina el alma a + b echándosela á la espalda. Su lema político es muy expresivo: *El que venga atrás que arree.* Dáseles un pito del porvenir de su patria.

«Tu amigo,

«GABRIEL CAMALOTE.

«*P. D.*—En cuanto resuelvas ponerte en camino avísamelo por un telegrama, para esperarte en la estación.»

II.

Esta carta de Gabriel, que denunciaba algunos sucesos ignorados del lector, exige ciertas explicaciones.

Yo conocí muy luego que debería apresurarme á buscar un retiro, donde pudiera sin miedo á los extraños, enajenarme con los pensamientos que me asaltaban. Esos duelos que la habitud ordena por la muerte de un pariente cercano y que motivan tanta simpatía, tantas cartas de condolencia y tantas oraciones fúnebres, no alteran regularmente sino el color de los vestidos y la armonía entre los herederos; mientras el secreto pesar que trastorna las horas presentes y compromete todo un porvenir, debe de ostentarse con rostro placentero, aunque las lágrimas nos quemen los párpados. Entonces se necesita escapar á las visitas diarias, á la vida de costumbre, al movimiento, á la felicidad ajena, en demanda de lugares sin

ruido, que permitan bañarse, por decirlo así, de soledad y sosiego.

Después de tomar esta resolución faltábame llevarla á cabo. Hablé con Gabriel. Contra lo que yo esperaba, no se opuso á mi voluntario destierro, pero quiso imponerme la cláusula de que no había de partir sino en compaña suya.

Toda una noche necesité para persuadirle; temía algún acto violento de mi parte. Exhortábame á un largo viaje por el extranjero. Convinimos por fin en que al día siguiente saldría para su dehesa de los Peumos; que á él correspondía mandarme los libros y demás objetos que necesitara en mis «ratos de lucidez» y encargar á París una selecta colección de cuadros, suponiendo que la vida de Robinsón que adoptaba ayudaría en mucho á mi educación artística. Todo á costa de mi madre, que á la sazón no ponía á tasa ninguno de mis caprichos.

Eso fué lo que hice.

*
* *

Después de esos desmayos del espíritu, que siguen á las grandes catástrofes del corazón,

es muy raro que el alma recobre inmediatamente sus facultades.

En esos momentos uno no sabe cómo vive.

Luego se pregunta cómo ha podido vivir.

Después llega la hora en que la materia se reanima, en que el cuerpo renace, en que, paulatinas, las necesidades de la naturaleza exigen sus derechos, haciéndose sentir con un dolor y uno se dice:

—Sufro, luego existo.

No sé cuántos días permanecí en un estado de insensibilidad casi absoluta. Me levantaba de madrugada, bebía en el hueco de la mano el agua de la acequia y sin rumbo marcado dejaba al instinto el cuidado de conducirme.

Este buscaba siempre los sitios más agrestes.

Una vez me sorprendió la noche en la cima de un collado. A pesar de que había comenzado el mes de Junio y con él la estación de las nieves, la brisa venía del mar á bocanadas tibias. Una fila de montículos cerraba el horizonte dibujándose en el cielo con sus tonos obscuros.

Yo contemplé durante algunos minutos esa inmensa falange de estrellas, por donde la vía láctea se traza una corriente infinita con su catarata de mundos.

A poco una luz tenue y blanquinosa surgió tras de los Andes haciendo parpadear la bruma, esos vahos del titán dormido, y por dos segundos sirvió de diadema al picacho más alto, que alzaba la pelada joroba de sus sombras glaciales.

Era la luna majestuosa y límpida; espejeó en los arroyos de escarcha, hiriendo los canales de riego con opacos cambiantes.

Luego la sombra principió á huir ante ella; retrocedía á su luz, que bañaba sucesivamente todo el círculo abarcado por mi vista, como la marea, que en sus horas de flujo invade su lecho vacío, montando hasta cubrir de espuma los peñascos más altaneros.

Repentinamente un trino melodioso se hizo entender á corta distancia y entre las ramas de un arbusto percibí el alado artista, cuya voz saludaba la visita de la pálida luz en la augusta tranquilidad de la noche.

Parecióme que aquel músico de la naturaleza entonaba en pro de su creador su cadenciosa plegaria.

Sentí á Dios. Incliné mi cabeza y murmuré unas palabras que aprendiera desde niño, palabras cuyo sentido recién comprendía.

La tenca continuaba trinando.

Una ola de fuego brotó desde lo más profundo é inundó mi garganta, los ojos se preñaron de lágrimas y prorrumpí en sollozos, cayendo de rodillas sobre la dura piedra.

La tenca había callado.

Cuando alcé la cabeza creí sentir no sé qué sutiles efluvios en redor mío, que me acariciaban como una aureola. La luna regaba ya la comarca entera con sus rayos argentados. Toqué con el extremo de los dedos el liquen humedecido, me persigné como si fuese agua bendita, descendí trabajosamente la cuesta, crucé el arroyo, rodeé el campo de alfalfa, salté la tapia y después de atravesar el patio sombreado de araucarias penetré en mi cuarto.

En la tarde siguiente, al pie del Cristo de Zurbarán, sobre la repisa, veíase un manojito de helechos atados con un junco, como ofrenda votiva. No había flores silvestres. Estábamos en Junio y aquellas germinaban aún en sus botones.

* * *

Desde entonces dediquéme á una existencia contemplativa á imitación de los *djoghis* de

Oriente. Con mi condición nerviosa y exaltada, dirigida por una voluntad incontrastable, conseguía substraerme al mundo exterior para caer en uno de esos estados, que la filosofía no explica satisfactoriamente y en que el sujeto parece abjurar de su reflexión analizable, ante inspiraciones superiores. Con las palabras «venga á nos el tu reino», que pronunciaba grave y humilde, con vehementes apóstrofes y con la rabia de la desesperación, no aludía al reino de los cielos, donde flamea entre coros de ángeles la Beatitud infinita; aquel reino era Mariana; no una Mariana incorpórea, espiritual prometida, destinada á morar en ignotas regiones, sino aquella Mariana, con aquella voz, con aquella expresión, con aquel andar, con aquella materia.

Con los brazos caídos, inmóvil el cuerpo y las pupilas clavadas hacia arriba, agitado el pecho de un suspiro que parecía estertor, me asaltaban éxtasis tan singulares, que experimentaba sensaciones como nunca había soñado, embriagueces como jamás había conocido.

Con la doble vista que aquella hipnótica situación me sugería, parecíame recorrer fantásticas latitudes, atravesando el espacio, donde

mis ojos de una percepción inaudita, tangían, en cierto modo, millares de séres dotados de locomoción y raciocinio. Descendía á lo profundo de los mares y contemplaba absorto ese mundo ignorado, con sus pavorosos remolinos, sus doradas selvas, sus montes de coral y valles de esmeralda, donde hormigueaba la vida con sus ciudades de monstruosos cetáceos. Veía el caracol, torpe y rastrero, babeando sobre su lecho de algas y admiraba el mecanismo de la ostra al fabricar su perla. Trasladábame á esas remotas épocas cuya brújula en vano inquiere la geología y columbraba este globo, brotando de un caos de sombras, y al penetrar en la órbita del sol, encapotarse, como una maravilla de atmósfera y verdura.

Veía las olas embravecidas batiendo la calcárea masa en bajíos, rompientes y arrecifes, cuajando los animales-plantas; vílos retorcerse cual gusanera informe, ingertando el infusorio, el vertebrado, el elefante, el mono. El tiempo para mí no tenía medida; sentí voltear raudo huracán de siglos; parecíome que por entre luces de aurora descendía, en temporal destierro, una excelsa pareja con la frente marcada, en rebeldía á decretos altísimos. Ansiaba sorprender el porqué de la

vida. Adelantéme hasta el fin de mi raza proscrita; por entre vapores tenues columbraba una visión angélica; vestía con el talar hebreo; sus facciones morenas se enlutaban de una mortal tristeza; posaba un pie desnudo sobre el mundo cristiano y su silueta albina se crecía hasta tocar el éter azulado que indicaba con mano ensangrentada...

Muchas veces me complacía en trasladarme con la imaginación á los parajes en que ella reinaba de ordinario. Desde el ángulo de la calle poníame á espiar su balconcillo. Me acercaba sin ruido, transponía la verja de enredaderas y entraba registrando una á una las dependencias del jardín, los laberintos de boj ramosos y aparrados, los senderitos empedrados de chinas, los multicoloros cuadriláteros de pensamientos, el frondoso naranjo del centro, cuajado de azahares. Por último montaba la escalera; el cuarto estaba solo; yo no osaba tocar ninguna de las prendas esparcidas: el vestido de la noche anterior, el corsé humedecido aún de la agitación del baile, el ramito de madreselvas y jazmines, atado con su hebra de seda, marchito ya y puesto en una copa de agua; los pequeños guantes de gamuza, el pañuelo de

vainilla marcado con sus iniciales, y por último, aquel lecho virginal donde el mármol de Milo, incrustándose sobre la sábana, dejó grabadas sus formas adorables. Yo me inclinaba para ocultar mis manos en aquel nido aún tibio del amor, para perder mi cabeza entre las ropas del lecho, para aspirar esos aromas voluptuosos que emanan de la mujer querida.

*
* *

En una pequeñita maceta de barro yo había trasplantado una púa de rosa blanca. Cuando llegó la primavera trasladéla al corredor y todos los días á primera hora cuidosamente la regaba. Una mañana me levanté temprano; el tiempo estaba húmedo; mis estudios ocupaban á la sazón todos mis ratos; me había olvidado de la plantita. La última vez que la ví me pareció tener uno de sus ovarios hinchado. Al presente una flor lozana y perfumada temblaba ante la brisa que venía del campo, impregnada de emanaciones suaves. Aquello era obra de mis manos. Yo ha-

bía ingertado la vida á ese sér en embrión, con savia, estípulas, yemas, hojas y ramaje. Ví tornasolar en su cáliz una gota de rocío como diamante líquido; sonreí de gozo; acerqué la matita para aspirar su fragancia; su corola blanquísima me pareció menos tersa que sus mejillas; recordóme su sonrisa, el metal de su voz, los hoyitos de sus manos. Entonces sentí nublárseme los ojos y rodar hasta mis labios un nosequé cálido y salobre, y colocando la maceta sobre su trípode de hierro, murmuré:

—No hay duda; la mujer, las flores y el trinar quejumbroso de las aves, son palabras sinónimas. Dichoso aquel que pueda absorber la esencia de la primavera, que es la flor; la expresión del sentimiento, que es la música y ese milagro de Dios, que tiene por nombre la mujer.

*
* *

A los arrebatados impulsos de los primeros meses, sucedió la melancolía reflexiva y la dolorosa calma. No es que el sentimien-

to aminorase; dábame pruebas de lo contrario en cada palpitación de mis arterias. Era una llama que no ardía, pero que sin embargo quemaba; que ganó en intensidad lo que perdiera en violencia y que desligándose de la escoria material con que la empañara el calor de mi sangre, sólo dejó en su crisol oro limpio, que hervía con la pureza del metal fundido.

No inútilmente el Hacedor, Naturaleza ó como quieran llamarle, deposita en el corazón del hombre un sentimiento exclusivo. Ya sea amor, ambición ó sed de gloria ha de producir siempre sus frutos. Las grandes creaciones del ingenio fueron alumbradas por las grandes pasiones.

Parece que Dios, cual previsor hortelano, arroja de tiempo en tiempo sus semillitas al mundo del arte, la ciencia y la filosofía; que aquellas, atraídas por la fuerza de los átomos—dijera Descartes—se «entierran» en el espíritu más preparado para germinar hasta la época de su fecundación y crecimiento, y que entonces la menor cosa ayudará á su desarrollo, ya sea la sonrisa de una mujer ó la promesa de un potentado.

Esos sentimientos avasalladores, que al re-

vés de Saturno se alimentan de nuestra propia existencia todo el tiempo que tardan en darse á luz, producen la *Sinfonía fantástica*, si se llama Berlioz; *Perseo*, si Benvenuto Cellini; la *Caída de las hojas*, si Millevoye, y si Alejandro Dumas, *Antony*.

Sin que yo pretenda ponerme á la par de estos ilustres nombres, diré que mi *¡Así sea!* debe su vida á la misma simiente que fecundó en los grandes maestros de la música, el cincel, la elegía y el drama moderno: la desgracia.

Yo había pintado la agonía de un joven. Sobre un lecho de descanso yacía tendido su cuerpo; con los ojos ya turbios por la muerte, y en sus labios una sonrisa de bienaventuranza, semejaba querer dilatar su agonía para contemplar la visión que en segundo término aparecía al pie del lecho y en cuyas facciones reproduje las facciones de Mariana, con absoluta semejanza. Por una ventanilla, situada á la derecha, y en la parte superior del lienzo, deslizábase un rayo de sol que velando la parte baja de la aparición, se interponía entre ella y el moribundo, á medida que el busto, de purísimo contorno, soberbiamente relevado por la penumbra, inclinaba

su dolorida cabeza para el agonizante, mientras que su mano señalaba el cielo, en signo de religiosa y consolante promesa.

Con aquella concepción que intitulé ¡Así sea! me figuraba simbolizar la esencia de la religión cristiana, las esperanzas de otra vida mejor, el perdón de las culpas, algo así como el emblema de mis creencias de niño, robustecidas por los padecimientos del hombre. Representaba el cumplimiento de una promesa terrena y el voto de conformidad para con la voluntad divina. Parecía expresar con aquella tela lo que desde mucho tiempo le decía con mis labios:

¡Venga á nos el tu reino, Señor!

Cuando fijé en el lienzo la postrer pincelada; cuando lo bañó la última ola de inspiración; cuando ví esculpidas aquellas facciones como un milagro de parecido, antojóseme no que cual otro Pigmalión me prendaba de mi obra, sino que Mariana se enamorase de mí; sin poder contenerme caí de rodillas ante aquella imagen santificada por la doble unción del arte y del cariño, y llorando y riendo murmuré juntando las manos:

—¡Bendito sea Dios! Mariana!...

Conocí prontamente que mi posición, mi nombre, mi fortuna y mi talento, diré así, me arrastraban á otra parte, ordenando amoldar mi existencia á la de todos los hombres. Mandé, pues, á Gabriel el despacho telegráfico que esperaba, diciéndole que al día siguienme pondría en camino.

En el instante de partir tuve un momento de indecisión. No se permanece impunemente tres años en el mismo sitio, sin que todo aquello inanimado que le rodea, semeje dotarse de alma y de lenguaje para retenerlo.

Parecióme que una parte de mi propio sér quedaba en aquella casa. Algo amarguísimo me asaltó de lo más hondo. Mis labios besaron un nombre que el corazón pulsaba en cada uno de sus latidos, como si fuese la cuerda á que debiera su vida. Los sencillos muebles, los árboles y la sierra parecieron darme quedamente su triste despedida. Allí todo cuanto me circundaba tañía al unison de mi pesadumbre. Como un sedal doloroso lamentaría unas imágenes de mi afición que deván me devolvieran en consuelos lo que recibían en confidencias. En adelante vendría á conturbarme el gran ruido del mundo; y en vano buscaría en los brillantes objetos que

constituyen la felicidad de los hombres, el dinero y la gloria, la nutrición que mi espíritu ansiaba. Mi nombre arrancado á la obscuridad por la voz de la fama, como una flor de su tallo, no era compensación sino ironía. Y en vano aspiraría esos aromas de juventud y frescura que la ingratitud no logró profanar en su esencia, y que sólo al amor le es dado embeber en el mañana, como el perfume que resta en una flor marchita!

III.

Apenas hube llegado á Santiago, Camalote, sin darme tiempo de hablar detenidamente con mi madre y mi hermana, me llevó á remolque hasta su casa; y no contento con obligarme á comer con él, se encaprichó en que había de quedarme á dormir. Gabriel no era vizcaino, pero era digno de serlo. Antes de

desistir de aquello que se le metía entre ceja y ceja primero se hacía matar. Yo, que le conocía bien, acepté resignadamente la cama que hizo preparar en su propio cuarto. Paso por alto la conversación que tuvimos debajo de las sábanas, de lecho á lecho. Aquel hombre era un vendaval de preguntas. Se fumó dos paquetes de cigarrillos mientras me improvisaba un pesadísimo discurso sobre la antigua gastronomía asiria.

Al día siguiente se levantó, contra su costumbre, muy de mañana, púsose una bata de terciopelo morado, dibujado con grandes flores obscuras, se lavó, peinó y perfumó, y abriendo luego las dos hojas del lavatorio de nogal, sacó una pequeña cafetera rusa de bronce, que colocó encima de la mesa de luz, junto á una jarrita de hierro enlozado llena de leche, que el criado acababa de traer pocos minutos hacía. La puso á calentar en su ligera hornilla y arrimó un fósforo al anafe anexo á la cafetera, después de haber tenido la precaución de llenarlo de espíritu de vino. En seguida hizo llamar al cocinero.

Cuando el vapor comenzó á salir por el pico de la máquina, Camalote la volvió rápidamente sobre sí misma, para que el agua, en contac-

to con el molido grano, cayese al segundo receptáculo convertida ya en ese excitante líquido, consejero sapiente de todos los hombres de ingenio.

Terminábamos nuestro desayuno, cuando el cocinero pidió permiso para entrar.

—*Monsieur* Puanthélier, ¿recuerda V. que hoy tenemos invitados á comer? le preguntó el discípulo de Epicuro con aire digno.

—Sí, señor, lo sé desde hace tres días.

—¿Tiene arreglado todo de manera que mi comida haga época en los anales del estómago?

—Puedo responder que si el señor no consigue dar un hartazgo á sus comensales, no será mía la culpa; en primer lugar, he comprado una carne...

—Señor Puanthélier, interrumpió con arrogancia Gabriel; V., á pesar de su condición de francés, se va acostumbrando, *outre mésure*, ¿está V.? *outre mésure* á la cocina americana. Ya conoce mis ideas al respecto: nunca he pretendido cebar á mis huéspedes y sólo echo mano de la carne cuando tengo algún inglés á mi mesa.

El cocinero volvió y revolvió el gorro blanco que entre sus manos tenía, alzó la cabeza y al cabo de una pausa, dijo:

—Me atreveré á preguntar al señor si tiene alguna queja de la última comida que tuve el honor de servirle, cuando asistieron el Cónsul de Italia y el Ministro norte-americano, cuyos platos se constituían casi en su totalidad de carne y harina.

—Calle V.; no me haga recordar una fecha que me punza el órgano digestivo, contestó melancólicamente el gastrónomo. El pobre Alquicel sufre aún los efectos de sus macarrones; el señor Alpaca estuvo á punto de congestionarse por ese infame guisado á la irlandesa, cuya receta le habrán proporcionado las brujas de Macbeth, sin la menor duda; en cuanto á mí, V. sabe, señor Puantbélier, que yo no tengo nada de fantástico; no se me ha aparecido jamás el espectro de Banquo, pero le aseguro que durante los quince días subsiguientes á su comida, he visto fantasmas de aceite hasta entre los calcetines, por haber comido esa maldita mayonesa á la Tommaseo... á la Guerrazzi... ¿Cómo diablos la llamaba?

El cocinero se puso como la escarlata y sus labios intentaron una disculpa, que expiró al nacer ante el majestuoso ademán de Gabriel.

—Vamos á ver, maese Puantbélier, añadió al tiempo en que dejaba encima del lavato-

rio y sobre su platillo la taza vacía; ¿tendrá V. la bondad de decirme en qué consiste una comida decente para gente razonable?

—¡Oh, señor, otra pregunta me temía! dijo el cocinero acariciando sus bigotes canos. Phse.. Una comida sensata... es decir, decente... A creer lo que enseña la práctica, la experiencia, la pericia...

—Menos sustantivos y pasemos á los adjetivos calificativos, observó Camalote, con ese tono del maestro que toma la lección á un muchacho haragán y travieso.

—Pues, una comida debe consistir... primero en... fiambres; segundo en... volatería y tercero en... pescado; luego, en ..

—Mire V., querido señor Puantbélier, la comida es como el traje; con cuidar del principio y del fin, es decir, de las extremidades, está hecho todo. Un sombrero de copa, camisa, guantes y zapatos nuevos de charol bastan para un elegante, lo demás lo hace la gentileza de la postura, ¿no es cierto? Pues otro tanto sucede con la comida; buen pan, vino de á media onza el litro, queso de primera calidad, Moka y legítimos habanos son la base del festín mejor. Añada V., si quiere, una langosta, una perdiz, cualquier cosa;

del resto se encarga la amabilidad de la dueña de casa, la compostura de las hijas y que el anfitrión finja ignorar que el vino tiene veinte años de fecha; todo lo demás es *ñarra*. Ahora hablemos de lo que más importa. ¿Qué nos va á dar hoy de comer?

—Además de los entremeses y los fiambres tengo una sopa de mi invención, cuyo excelente sabor me permitirá decir *eureka!* como Arquímedes.

—Estimado señor Puantbélier, observo en V. una cualidad que había tenido sumo cuidado en ocultarme y de que nunca le hubiera creído poseedor. ¿Parece que se convierte V. en erudito?

—¡Ah! señor, la erudición es la madre de los buenos guisados!

—En ese punto estamos conformes; comprendo que puede ser tan buen cocinero un erudito como mal erudito un cocinero... Continúe V. ¿Qué clase de sopa es esa?

Monsieur Puantbélier guardó silencio por algunos instantes; como orador discreto hacía una pausa, preparando la frase contundente con que creía persuadir á la asamblea.

Luego se apartó de la puerta en cuyo marco había estado apoyado desde que en-

trara y dando dos pasos al centro, á una seña de Gabriel, se colocó junto á la mesa.

Ya no había allí superior ni inferior; eran un capitán y un soldado que van de descubierta rastreando el enemigo, y todos sabemos que ante el peligro común las categorías desaparecen y se confunden las clases.

Una sonrisa de satisfacción iluminó el rostro del guisador y pronunciando con lentitud las palabras, como si saborease la idea que las inspiraba:

—¿Ha oído V. hablar de la *mulita* de la República Argentina? dijo.

—¡Cómo! ¿Y á qué viene ahora la mulita de la Republica Argentina? Porque supongo que no tratará de servírnosla en salsa.

—Perdone V., no se come con salsa; generalmente se la asa al horno, humedecida con vino de Jerez.

—¡Ah! ¿V. quiere hablar del armadillo? Sí, he visto eso en Azara y Alcides d'Orbigny; parece que los habitantes de la Pampa lo tienen en gran estima; nosotros poseemos algunos representantes en la Quinta Normal, pero sólo como una curiosidad. Y qué, ¿tiene V. alguno en su poder? ¿Y cómo ha hecho

para adquirirlo? ¿Y cómo es la sopa? ¿algo semejante á la de tortuga?

—De ningún modo. Comencé por dividirlo en pedazos muy pequeños, que coloqué entre una vasija, con cierta cantidad de ají, ajo pisado, sal, unos cuantos granos de orégano y medio vaso de vinagre; lo tuve durante tres días, cuidando de revolverlo cada seis horas, para que se penetrase bien de aquel aderezo.

—Hasta ahora no vamos mal, pero eso es más bien salchicha que sopa...

—¡Aguarde V.! Dentro de un momento retiraré la carne de su vasija y pondréla á cocer hasta medio día; lo único que utilizaré será el caldo.

—Pero la salsa, ¿cómo diablos la hace? ¿como la del *charquicán?*

—La salsa es igual á todas: cebolla, perejil, pimentón fritos en una sospecha de aceite. Verteré el caldo encima y dos segundos antes de servirla en la mesa tendré el honor de ponerle una gruesa de huevos de golondrina, cocidos en vino de Madera.

—Si no es muy suculenta, no deja de tener originalidad. ¿Y de qué se compone el resto de la lista?

—De ostras frescas, *borscht*, *vol-au-vent à la financière*, fricandó al jugo, espárragos con manteca, *gefilte ganz*, *créplej*, *omelette soufflée*, *plum puding* de ron.

—Ahora faltan los postres.

—*Schtrudel*, quesos, frutas, *des macarons*, merengues con crema, café y cigarros.

—¿Y los vinos?

—Si V. me diera permiso para rebuscar en su biblioteca...

—Concedido; pero esto merece discutirse... ¿Tiene hecha la elección?

—Sí, señor: *Château Iquem*, Panquehue, Siracusa de 1869, Borgoña, Rhin. En cuanto al Champagne, he resuelto suprimirlo. Me parece que entre una falsificación de ese vino y un legítimo cognac *prehistórico*, debe preferirse este último.

—Y por Dios que tiene razón... ¿Sabe V. si se ha levantado mi madre?

—Creo que todavía no, porque no ignora V. que su primera diligencia, al dejar la cama, consiste en bajar á la cocina para echar una raspa al muchacho, y como...

—Bueno. Diga al chiquillo que vaya de una carrerita á casa de los Río Santo; pregunte por la señorita Susana y le pida de

parte de su hermano un poco de café para pagar su escote en la comida de esta noche.

*
* *

Los convidados habían ido penetrando desde la sala al comedor en grupos aislados. Las damas nos habían precedido. En casa de Gabriel no se acostumbraba esa moda ridícula de llevar á las mujeres del brazo. Dos ó tres retardados llegaron justamente cuando nos sentábamos á la mesa; pidieron disculpa, estrecharon la mano del dueño de casa y sentáronse en la silla que aquel les indicara. El comedor era espacioso, sencillo, ardía alegremente el fuego en la chimenea.

Las entradas, la sopa y aquellos tres ó cuatro platos judíos, cuya confección recomiendo á los que aficionen los buenos bocados, pasaron en silencio. Apenas se escuchaba una que otra pregunta á que respondía un monosílabo y una sonrisa, alguna expresión de agradecimiento al recibir un cubierto ó un anillo de servilleta arrojado hasta el plato del vecino

por un comensal excesivamente nervioso. En los principios de un convite de etiqueta las gentes de mejor tono no pueden desprenderse de cierta tirante gravedad—estudian al enemigo. Empero, al fin de la comida, cuando la mente se excita, bulle la sangre en las venas y se colora la mejilla, es que se traban esas pláticas más sabrosas que los manjares más delicados, si se tiene la suerte de hablar con hombres de mundo, educados con gustos de artista, ó entre artistas educados como los hombres de mundo.

A los postres, después de algunas generalidades, la conversación no tardó en recaer sobre mi cuadro, que era el tema del día y para el cual la comida no fué sino un intermedio, pues antes de pasar al comedor había dado motivo á una larga discusión entre el mayor de los Tasa Real y Cañadones Ortiguera.

—De acuerdo con que la figura principal y todos los pormenores del lienzo son obra de la fantasía; pero yo apostaría á que la visión del segundo término tiene su original en la realidad, dijo el corresponsal de la *Hoja del Comercio* de Buenos Aires, sentado enfrente, junto á Marcela y fijándome sus ojos verdes y chispeantes que bajo los arcos de triunfo que le

servían de cejas, dominaban una nariz aplastada como la de un cafre sobre un rostro cetrino, casi imberbe y sin embargo lleno de virilidad.

—¿Y en qué se funda V. para esa aserción, señor Cayo Grébano? preguntó Daniel Tasa Real desde el extremo de la mesa y acariciando su espesa barba, según acostumbraba.

—En la verdad de expresión de aquella cabeza, en la irregularidad de sus rasgos, en la poca diafanidad del colorido. Si el pintor hubiese querido idear un tipo para su ángel de la muerte, ¿habría dibujado esa boca, aunque graciosa, de tamaño más que mediano; esa nariz de dudosa corrección? No; para mí esa visión no es más que un retrato, una copia del natural. Pongan Vds. á ese pálido semblante el manto negro ó un sombrero de moda, y jurarán haber visto el modelo en la iglesia ó en la Alameda, pues el tipo chileño está tan marcado, que no admite lugar á dudas.

—Pues yo no solamente opino como el señor Grébano, sino que sostendría que esa tela es más bien un recuerdo de amor que un cuadro religioso, respondió un individuo de edad provecta, moreno y de sombría mirada, sentado al lado de Tasa Real y que entonces

tendía su vaso á Camalote para que le escanciara de una botellita de barro que tenía entre sus manos.

—Amigo Remolienda, V. no tiene voto en esta materia, observó Octavio Bec, colocando ambos codos sobre la mesa—; por lo menos hasta que la señorita Marcela nos haya manifestado el suyo.

—Pero me parece que el único que puede satisfacer nuestra curiosidad es el autor, si no es indiscreción de parte nuestra.

El que acababa de hablar era un hombre de cincuenta y dos años, de frente despejada, ojos serenos y profundos; un leonado bigote ocultaba á medias sus delgados labios y su nariz pronunciada y barba prominente indicaban la resolución; era enjuto de carnes, de alta estatura, nervioso y pálido y llevaba extendidos hacia atrás sus largos cabellos castaños. Aquel hombre ocupaba en la mesa el puesto de preferencia.

—Tiene V. razón, señor Juan de Witt, murmuró una voz con marcado acento ecuatoriano, es decir haciendo silbar las *ss* sobre los dientes apretados; desde el principio... Estee... desde el principio deberíamos de habérseselo preguntado á el mismo. Estee...

—¡Hola! ¿Está V. ahí, General Conti? Estas son las primeras palabras que le oigo esta noche, contestó riendo el hombre sentado á la cabecera.

—Es que hoy se cumplen cinco años de mi destierro; y si V. no promete ayudarme á reconquistar mi silla, estee... le juro no resistir al spleen que me domina y por lo tanto no sabrá una palabra de las versiones... estee... que corren acerca de V.

Y el General Conti asomó por detrás de Alquicel su ancho y encendido rostro y su frente calva.

Una nube de tristeza veló las facciones de Juan de Witt, pero dominándose respondió con viveza:

—Ya hablaremos de eso más tarde, oigamos ahora al señor de Río Santo, que si no me engaño ha de dar la razón al corresponsal.

—Efectivamente, contesté; el señor Grébano ha acertado, hasta cierto punto. Cierto es que tomé por modelo á una persona real, pero como la he pintado al través de mis recuerdos, á muchas leguas de distancia, puedo decir que el cuadro es absolutamente obra de mi imaginación. En cuanto á lo que dice el

señor Ministro, que me haya guiado un recuerdo de amor...

—¿Y por qué no se inspiró V., caballero Clarence, en un modelo más bello? interrumpió Marcela; su cholita, á juzgar por la copia, no tiene traza de una estatua griega.

—Señorita, ya sabe V. que la belleza es cosa muy relativa y por mucho que digan no se la puede someter á reglas fijas; cada cual la comprende según su educación y su temperamento. Yo no soy enemigo de las reglas, pero me parece que en cuestión de caras bonitas, sabe más el sentimiento que la geometría. Una nariz de tal ó cual forma ó unos labios de esta ó de aquella manera, en un rostro oval, no constituyen una mujer linda, como un tratado de estética no constituye á un artista. El pintor necesita el examen, la fantasía, el sentimiento, ¿no es así? El artista exige á la belleza no la corrección fría de líneas, sino la *expresión*, que como toques robustos de brocha dó vida á un rasgo irregular, formando un conjunto armónico. Además, el gusto varía de siglo en siglo, obediente á una ley ineludible. La belleza del tiempo de Pericles no es la misma que en la era de Augusto, en la época de la primera Cruzada como en la del Renacimiento,

y en aquella como en la actual. Si uno de esos bajo relieves que sacan todos los días de Pompeya, se animara, daría muy triste idea de la belleza con su nariz á nivel de la frente, sus ojos de almendra y voluminosísima garganta. Dígame V., general Conti, ¿ha visto por acaso alguna mujer necia que le haya parecido hermosa? Se lo pregunto porque en la alta posición que ocupó, habrá hecho un estudio especial del género. En cuanto á mí declaro que si hoy ó mañana quisiera pintar una mujer linda no tomaría de modelo á una mujer linda, según las reglas generales, sino de acuerdo á las mías particulares; procuraría revestir sus facciones de ese algo que brilla en sus ojos, que modula en su voz, que señala graciosamente sus mejillas al sonreir y mi cuadro representaría á la verdadera mujer; la otra sería una muñeca.

—Pase por lo tocante á la cara, dijo Gabriel, pero no estoy conforme con el resto del cuerpo.

—¿Cómo así?

—A nadie se le ha ocurrido respetar el paracronismo como una autoridad; sin embargo, cuando se trata de la belleza femenil yo bajo ante él mi cabeza, pues estoy cierto de

que la mujer más hermosa sería aquella que reuniera las formas de la antigua escultura á la más expresiva de las caras modernas.

—¿De modo que esas formas de la antigua escultura han desaparecido del todo, como se extinguió el hombre primitivo, intermediario entre Vds. y el mono? preguntó Marcela.

—¡Oh! sí; y si quedan algunos ejemplares, son tan escasos, que no vale la pena hablar de ellos. Está probado que las razas adelantan tanto en el orden moral ó intelectual como decaen en el orden físico. En los tiempos de Policleto, el artista no necesitaba exprimirse el magín para esculpir á Palas, Venus ó Minerva. La naturaleza se encargaba de abastecerle de irreprochables modelos con la primera campesina de los alrededores de Esparta, Tebas ó Corinto, y la pureza de raza, el continuo ejercicio, la alimentación sobria y la austeridad de costumbres sostenían en toda su elegancia aquel tipo selecto, que legaron á los romanos como precioso depósito; éstos lo adulteraron algún tanto amoldándole á las necesidades de su clima. El eximio modelo se trocó en gracioso y picaresco y como una gota perdida en el mar desapareció en la Europa, que al confundirse en una sola religión, [illegible]eló su

sangre y sus costumbres. Tomó de los galos la forma del cráneo, de los iberos sus gruesas rodillas y su poca finura en las incersiones; de los germanos sus largas piernas y tímidos senos, de los eslavos sus nudosos pies y sus ancas de avestruz, y si añaden Vds. el uso de los tacones que borra el empeine y deforma los dedos, la máquina de coser, la inacción, el insomnio y por añadidura el corsé, que desde el siglo XII está transformando el vientre en noque, tendrán Vds. el porqué del tipo enclenque contemporáneo, compuesto de un mal soldado esqueleto y veinticinco kilos de albúmina y fibrina, calafateado por una modista francesa. He ahí porqué los pintores escollan siempre en sus estudios de desnudo, pues para un miserable boceto tienen que estudiar á cien modelos distintos y tomar un brazo de este, una pierna de aquel, de este otro el colorido de carnes... y aun habrá quien pretenda en el arte la copia exacta de la naturaleza!

Aquel razonamiento, un tanto insolente de Gabriel, causó muy variada impresión entre los que le escuchaban; los hombres se reían, Marcela hacía esfuerzos de gracia para llevar la conversación á otro terreno, mi madre, ceñuda y en silencio, se había sentado junto á la chi-

menea, Andrea no me quitaba la vista de encima y sus miradas encerraban todo un poema; dos ó tres veces había procurado acercárseme en la sala; pero Marcela, que no la perdía de vista, encontró siempre el medio de interrumpir la conversación desde las primeras palabras. El ministro Remolienda no se ocupaba más que de desocupar botellas.

—Señor Camalote, dijo de Witt después de una pausa, observo que no ha cumplido V. con el artículo más interesante de su programa.

—¿Cuál, señor?

—La sesión de magnetismo ó de adivinación... ¿Recuerda que nos habló de la escocesa Eva Farlane y de su médium el catalán Wals?

—¡Cómo, señor! ¿y toma V. en serio las revelaciones de esa pretendida iluminada? dijo Cañadones Ortiguera.

—No señor, como tampoco creo en la sombra del rey Hamlet ó en el fantasma de César, lo que no es un obstáculo para que me diviertan grandemente, si el maquinista sabe presentarlas como cosas del otro mundo.

—¿Lo que significa...?

—Que si la hechicera es buena moza; si no tiene estampados grifos y dragones en su vestido; si vaticina sin convulsiones y visajes,

puede tener en mí un oyente ya que no crédulo, atento por lo menos.

Y diciendo esto vació de un trago el vino, que llenaba su vaso como un rubí líquido.

Luego preguntó:

—¿Pero, vendrán, por fin?

—Sí, señor, respondió Gabriel, estarán aquí antes de las diez.

—Oiga V., General Conti, dijo repentinamente Juan de Witt, ¿quiere decirme qué confidencia es esa que deseaba cambiar por una silla presidencial? Yo no me comprometo á darle los medios para ello, pero procuraré influir con la adivina de modo que le prediga la caída de su sucesor. ¿Qué más quiere?

—Prefiero dársela de balde, yo no creo en sus profecías... Estee... en la semana pasada me aconsejó apostar al cuatro de oros y con esa carta perdí anteanoche, en Valparaiso, los últimos soles que me quedaban .. Pero mi confidencia no es una confidencia así como quiera, necesito valerme de muchos circunloquios para... estee...

—No, al contrario; le suplico sea lo más conciso que pueda. Me gustan los rodeos en la Cámara pero en la intimidad prefiero las sentencias á las digresiones, hable pues.

—¡Allá va entonces! Acaban de decirme en la redacción de uno de los principales diarios, que el Congreso, sostenido por la prensa entera, acusará mañana á un amigo de V. de atentar contra las libertades del país.

IV

Ante aquel exabrupto del General todos nos volvimos como impulsados por un resorte hacia de Witt, que rechazó el vaso que tenía delante con un movimiento convulsivo.

—¿Y qué motivos alegan para esa acusación? preguntó con una voz que revelaba la emoción que sentía.

—Sus propensiones á formar un ministerio que responda á unos planes acariciados desde mucho tiempo atrás; planes que darán por resultado la disolución de los clubs políticos

y la persecución de los que abriguen ideas hostiles al gobierno; se dice que mientras trata de imponer un candidato á la presidencia, su política tiende á provocar un conflicto en el Exterior, que le permita afianzarse en el poder con el pretexto de una guerra inminente. Como un principio de hostilidad, la Cámara ya se ha puesto de acuerdo en no autorizar el presupuesto.

—Y si alguna de esas acusaciones tuviera fundamento, Vds., que no son hombres de partido, pero sí buenos ciudadanos, ¿la aprobarían?

—No, contestamos todos á una voz. Digo mal, Remolienda y Cañadones Ortiguera hicieron un ademán que podía pasar por de asentimiento.

—Pero señores, la única acusación justificada es la de formar un ministerio que convenga á sus intereses, que son los de la patria entera, y Vds. saben bien que esa elección está vigente en la Constitución. Además... no tengo reparo en declararles confidencialmente mis intentos. ¿El Congreso se levantará en masa para impedirme la emancipación moral de las clases inferiores? ¿Esa porción privilegiada que acapara la propiedad, los capitales y el poder político

pretende eternizar el sistema oligárquico y la teocracia? Ese pueblo come no para vivir sino para no morirse de hambre ¿no es esto? Pues yo sacrificaré la parte al todo, educando ese populacho bárbaro, borracho y ladrón, fanático, sin derechos ni hogar, azuzado sin cesar contra el extranjero y le invitaré á ocupar su puesto en el banquete social. Yo, señores, podré tal vez caer exhausto de fuerzas; tal vez me hunda en el abismo que mis enemigos abrirán á mis pies; tal vez sea la causa de mucha sangre vertida, pues no se transforma una sociedad sin conmoverla hasta en sus cimientos; pero los establecimientos de enseñanza que trataré de fundar; los canales y caminos de hierro que trazaré por todo el territorio; la reforma de la Constitución, que dará los mismos derechos al letrado y al campesino, que elegirá sus hombres públicos, no en la clase del dinero y de la sangre, sino en la de la inteligencia, la honradez y el saber, me darán la razón en día no lejano. ¿Que matarán mi cuerpo? ¿Que calumniarán mi memoria? ¡Qué me importa, si mi alma vivirá en mis ideas, como una religión para mis conciudadanos en lo venidero!

Este discurso fué acogido por los circuns-

tantes con un sombrío silencio. Acababa de extinguirse el fuego en la chimenea, el aire cargado de emanaciones ardientes nublaba los cristales y los espejos reproducían llameando las luces, la vajilla y el desorden que en la mesa reinaba. Los huéspedes, demudados por las frecuentes libaciones, aspiraban el aire denso como hálito de muerte exhalado por traviesos fantasmas, en espantosa pesadilla. Juan de Witt, cuyas facciones tenían marcadas una extraña expresión de solemnidad y grandeza, continuó:

—Perdonen, señores, esta exaltación de mi parte; olvidaba los deberes de la hospitalidad. El señor Camalote es un defensor firme de las viejas preocupaciones de linaje y nacimiento, y ya saben Vds. que no se debe disentir en opiniones con los huéspedes, sobre todo cuando dan tan bien de comer; felizmente la visita que nos llega dará nuevo giro á una conversación que se hacía insostenible.

Aquel hombre, por una de esas predisposiciones que todos hemos experimentado alguna vez y que en vano tratará de explicar un psicólogo, había presentido la llegada que esperaba con impaciencia, la cual entrevista fué

tal vez el único motivo que le impulsó á venir á casa de Gabriel.

No se había sentido rodar el carruaje en la calle, ni los pasos en el corredor; la puerta misma se abrió sin ruido.

La escocesa Eva Farlane y el somnámbulo Wals acababan de entrar.

*
* *

Ella era de estatura elevada, casi tan alta como un hombre. Al entrar quitóse el albornoz gris que arrojó en una silla y su pequeña cabeza se erguía valientemente sobre sus hombros de contorno puro y severo. Su color cobrizo, casi rojo como la tierra cota, su nariz arremangada y su boca gordita y juguetona contrastaban singularmente con el intenso sombrío de sus ojos azules y con sus cabellos rubios, rizados á la Jane Hadingue. Coquetamente se dibujaban sus formas bajo el vestido de terciopelo negro que caía hasta sus pies en anchos pliegues, como clámide antigua; su corte caprichoso hacía valer la armonía de las proporciones; al menor movi-

miento diseñábase el muslo y la fina y redondeada corva; al echar atrás la cabeza su seno se alzaba y el talle parecía cimbrar sobre sus caderas. El brazo algo delgado, pero de intachable forma, de piel terciopelada y mate como un pérsico, estaba ceñido en su parte superior por una manga de triple farol, según la moda de Felipe III.

Aquella mujer, cuya rara belleza personificaba el paracronismo del gastrónomo, tenía amalgamados de tal modo los distintos tipos de que descendía, que era imposible precisar cual de ellos predominaba, pues era á la vez sajona, india, húngara y siriaca.

Su compañero era un hombre de treinta á treinta y cinco años, de color atezado y rebelde bigote; sus ojos tenían una expresión particular, fríos y cadavéricos á la luz brillaban en la sombra como los de un gato montés; era de complexión nerviosa y mezquina, torpe en sus ademanes, de palabra rápida y bronca, causaba secreto espanto en los que le escuchaban; parecía que de aquella boca, contraida por un rictus amargo, sólo podían salir siniestros augurios. Andaba á largos pasos, vestía de frac y de su ojal pendía la orden tunecina de Nichán, que, sujeta por

una cinta roja, resaltaba sobre el paño como un hilo de sangre.

A pesar de que los huéspedes de Gabriel eran hombres de ingenio cultivado, nos hallábamos en una situación de ánimo tal, que la escocesa conoció al punto que la asamblea estaba admirablemente predispuesta á sus revelaciones. Los espíritus más lógicos se dejan convencer por los medios maravillosos, cuando se sabe hablar á su fantasía; pues los hombres, como las mujeres, tienen su cuarto de hora.

Después de haber leído páginas enteras al través de la cubierta de un libro, de adivinar la edad, gustos y aptitudes por las rayas de la mano, y de responder á muchísimas preguntas mentales con una seguridad sorprendente, la escocesa sacó de su bolsillo un juego de cartas de marfil, grabadas con figuras cabalísticas y escogió una que puso en manos de Witt, para que escribiera una pregunta. Aquel trazó rápidamente algunas palabras en el reverso y como si se tratara de una partida ordinaria cortó las cartas, que la adivina barajó con suma ligereza. Luego, no sin vacilar un largo rato, retiró de uno de los montoncitos que la escocesa había puesto á su lado, una carta,

en cuya parte central se leía esta inscripción en caracteres manuscritos:

ירסף מאנויל באלמאסירו
מארטיר
די לה
ליבירטאד

—¿Qué escritura es esta? preguntó. ¿Fenicia?... ¿Asiria?

—No, señor, son signos hebraicos; los mismos que usaban las hechiceras de la Edad Media, dijo al tiempo de leer detenidamente aquellos extraños caracteres, como si los viese por primera vez.—Mal présago es este, añadió en voz baja, en esa sonora y armoniosa lengua de los highlands.

El semblante de Juan de Witt expresó con tanta energía un movimiento interior, que la escocesa no pudo menos de decirle:

—¡Cuidado, señor! los vértigos más poderosos no se experimentan en la cima de la Cordillera, sino en la de una reciente fortuna.

Cuidado, repito; recuerde los nombres de Murat, Itúrbide y Maximiliano.

—No me parece acertado el paralelo, replicó con cierta acritud Witt; esas tres personas que acaba de nombrar lo querían todo para sí y tuvieron por enemigos á la nación entera; mientras que yo...

—Pretende hacer en un día la obra de muchos años.. Sea En tal caso, haga memoria del pedreñal de Anckarstroem, ó si le gusta más, de la pistola de Booth.

—¿De modo que esta idea, que mis amigos calificaban de grandiosa...?

—Es absurda, puesto que será inútil. No diría lo mismo pasado cincuenta años; pero hoy resulta ineficaz y V. sabe que el adagio «el fin justifica los medios», pertenece al monopolio de la política... ¡Oh! sí, ya conozco sus aficiones por José II! pero tengo para mí que el sistema representativo es un sofisma irrealizable: todos los demagogos, cuando ponen en juego sus ambiciones, se convierten en autócratas por excelencia.. Dios, que conoce bien á sus criaturas, obró muy cuerdamente al cerrar los ojos del hombre á sus grandes misterios. Si el hombre conociera el mecanismo del infinito, desearía meter en él los

dedos, como el mono de la fábula,—en caso de que no se le ocurriera destronarle para ocupar su puesto. La creación no admite el sistema parlamentario: clama contra él la naturaleza entera. Dios impera solo en la eternidad y es un bajá absoluto, tan absoluto, que siendo imagen y semejanza del hombre, sujeto, por ende, á las tiranías de la carne, ha decidido permanecer célibe por no dejar sucesores á su gran monarquía. Su pensamiento de V., continuó mudando de tono, entraña algo más que un crimen, alumbra un error: un crimen troncha una existencia, un error compromete la vida de un pueblo.

—Luego... ¿todos mis esfuerzos serán estériles?

—Sí, si no resuelve imponerlos á la posteridad con un sacrificio, el de su vida. Son tan mezquinos los hombres, que una idea abortada no parece nunca plausible, mientras no se la bautice con la propia sangre vertida! Oh! pero, sí, V. la vertirá, añadió con el tono profético de la pitonisa antigua; nadie puede escapar á su destino.

—Según sus expresiones, el hombre es un juguete de los acontecimientos, dijo Octavio Bec, apartándose de la mesa para sentarse

junto á la chimenea. ¿Anula V. la inteligencia que los prevé y dirige? ¿Admite la fatalidad y niega el libre albedrío?

—El hombre, para mí, es un peón obediente y ciego en ese vasto damero del mundo, y que movido, no por la fatalidad sino por la Providencia, describe triángulos, curvas y rectilíneas para llegar á una incógnita insoluble á su entendimiento... Los hombres se figuran que las ideas que ponen en práctica son propiedad suya, mientras que al contrario, el hombre no es más que un instrumento al servicio de las ideas. ¿Sabe el hombre por qué existe, do va, de dónde viene?... En ese jaque á los grandes feudatarios, continuó la sibila clavando en de Witt su hermosa mirada, está destinado á eliminarse desde la primera combinación por haberse apresurado á mover las piezas. Por lo demás, sé que mi vaticinio, inspirado por un profundo conocimiento de los hombres y de las cosas, influirá poco ó nada en sus resoluciones. Así debe ser. Si lo que va á suceder pudiera evitarse, el destino dejaría de ser lo que es: la manifestación de una voluntad inmutable é infinita. ¿Se figuran Vds. que esos milagros del oráculo griego, del inspirado judío y del astrólogo del siglo

XIV, fueron alimento de la fe sumisa de una sociedad pasada? ¿Saben Vds. que Alejandro II, tres días antes de su muerte, veía manchas de sangre en las cortinas de su lecho? Don Pedro del Brasil me ha repetido á mí diversas veces que presentía su fin próximo y la ruina de la monarquía. Que pregunten al dictador Deodoro da Fonseca cuántas revelaciones debe á su helada fantasma, entre las sombras de su alcoba, indicándole las resbaladizas gradas del poder, á la vez basilisco y lampalagua! Mi madre predijo al rey de Bohemia la anexión de su Estado á la corona de Habsburgo... como yo misma anuncié á Piérola una muerte en país extraño, sin poder acudir al llamado de sus parciales; y á Disraeli la pérdida total de Inglaterra, como potencia comercial, cuando la Rusia le cierre el camino de la India, al trabarse la guerra europea... Como yo misma vaticino al señor Octavio Bec...

—¡Cómo, qué! interrumpió aquel aturdido. ¿Predicciones á mí?

Pero, animándole la ligera expresión de sarcasmo que marcaban las facciones de Witt, añadió:

—Señora, no quiero adivinaciones de mi pa-

sado, lo conozco mejor que cualquiera y sólo denunciaría V. asuntos sin importancia. Mi país acaba de encomendarme una misión espinosa y difícil, y mi fortuna y el porvenir de mis hijos dependen de su desempeño. Vamos á ver si me anuncia un desenlace feliz.

La escocesa hizo una seña á Wals, éste se vendó los ojos con su pañuelo y después de algunos minutos de enajenamiento, en que le vimos perder el color, agitarse y temblar como un poseido. Eva le tomó una mano, que estrechó fuertemente entre las suyas, mientras duró aquella extraña escena; Wals murmuró luego con esa voz sepulcral que todos recordarán:

—Está V. lleno de vida y esperanzas, ¿no es así? Pues apresúrese á gozar de la una y á realizar las otras, porque mi voz no le da un año de término.

—¿Eh? ¿Qué diablos está V. diciendo? ¿Un año de término?.. Pero á lo menos moriré en el seno de mi familia, de muerte natural, ¿no es verdad?

—No, señor, en el extranjero, rabioso y desesperado, maldiciendo de Dios y de los hombres. Morirá envenenado.

—¡Envenenado! exclamamos todos.

—Sí, señores, envenenado con arsénico, contestó el médium con voz tan apagada, que parecía un eco vivo y cercano.

—¿Pero mi muerte será el resultado de un accidente, obra de la casualidad?

—¿Casualidad? No existe la casualidad. No, señor, de un crimen. Lo veo todo... Una habitación á la calle, en el segundo piso; el cuarto á media luz...; una mujer entra de puntillas y vierte en la copa que está sobre la mesa algo, que no puedo distinguir... No obstante, oigo el ruido del papel al frotarle con los dedos. V. viene de la Legación, se dirige á la mesa..., apura el licor contenido en el vaso..., pónese una levita obscura, toma el bastón y el sombrero, baja la escalera...

—¿Y después? gritó Bec con la angustia en la mirada y el sudor en la frente.

Recorrió el cuerpo de Wals un temblor nervioso, como si estuviera sometido á una pila de Volta.

—Abre la puerta, dobla por la calle Huérfanos, sigue hasta la de Ahumada y tuerce por ella hacia la plaza. Se confunde con la multitud. Ya no le veo... Ahora sí! Camina..., sigue..., siéntase en uno de los bancos, frente al Correo, saluda á un joven pequeño y mo-

renillo. El reloj marca las ocho menos cuarto. Enciende un cigarro... Repentinamente hace un movimiento como si le faltara la tierra. Se levanta..., vacila..., el sudor empapa su camisa... Toma un carruaje... ¡Oh! ¡qué tos tan estridente! parece la de un carnero tísico. ¡Oh! oh! oh!

Y Wals calló con risa siniestra y silenciosa, como el hervir de una caldera.

—¿Qué más? ¿Qué más? dijimos todos horripilados.

—Desciende .. Agárrase á la pared para no caer... Sube..., tiembla .., horrorosas sacudidas... Pierde el conocimiento; lo veo tendido en el sofá. ¿Quién grita? Entran luces. ¡Cuánta claridad! ¡Qué aviesas fisonomías! El cadáver ha sido transportado al anfiteatro; los cirujanos se preparan á embalsamarle; uno de ellos, alto, seco, llama sigilosamente á la criada... ¡Oh, qué cara!... Le entrega... billetes de banco..., dos, tres..., cinco esterlinas..., un montoncito de monedas de plata; sobre la mesa ha quedado la copa, que contiene un líquido amarillento. El cirujano se acerca y la oculta en el bolsillo del sobretodo. Oigo crujir el vientre al cortarle la cuchilla; brotan los intestinos como encadenadas culebras; suena

hueco el estómago al caer manchando el pavimento. ¡Oh! la pierna! la pierna! esa pierna! limpiadla, que ha sido bañada de excrementos! Aquellos hígados se mueven! Esas arterias se agitan como asquerosas lombrices! Mirad cómo la mano se crispa y hace una señal, aplazando para más allá de la vida! Embalsámanle. ¿Y las tripas? ¿Dónde están las tripas? ¡Qué algazara! Todo vestigio del tósigo ha desaparecido. De hoy más se dirá que ha muerto de aneurisma. Y eso ante las narices de los testigos, que ven coser la barriga del difunto... ¡Oh! ¡qué hedor á ácido fénico, á coagulados humores, á cuerpo muerto! ¡Oh! y esa babaza sanguinolenta que escapa por entre los labios amoratados! ¡Oh! los dientes blancos, al través de la barba blanca! El cadáver se ríe. ¡Oh! oh! oh!

Y Wals se echó á reir de una manera terrible.

Luego añadió con voz cavernosa:

—Felizmente, quedan las entrañas, que ya sabrían responder si las interrogaran: el arsénico es un vomitivo longevo.

La maga, casi tan pálida y estremecida como Wals, le dió una orden mental. El somnámbulo quitóse la venda con mano agitada todavía y

con las pupilas inyectadas de sangre, brotantes de sus cavidades, como si taladraran la tiniebla del porvenir, dió un tremendo grito seguido de estas palabras:

—¡Tasa Real mayor, convertido en momia entre las nieves de la Cordillera; Daniel y yo fulminados por una pulmonía; Remolienda, con los pulmones atravesados de una puñalada, al salir del teatro; y el señor Juan de Witt, el cráneo partido de un balazo, el ojo saliente de su órbita, inerte en una cama y sin vida!

*
* *

Los convidados, después de aquel horroroso presagio, se habían ido retirando tristes y en silencio. Andrea aprovechó un momento de la confusión general y acercándoseme dijo rápidamente:

—Mañana vamos á San Bernardo. ¿Qué quiere que diga á Mariana de parte suya?

—¿A Mariana? ¡Cómo! ¿cree V. que después de haber hecho conmigo...

—¿Con V.? ¿Qué motivos de queja tiene... ¡Pronto!

—Su indiferencia...

—¡No es cierto! Le quiere más que V. á ella.

—¡Mariana! ¿Qué? ¿Qué dice V.? ¡Hable, por Dios!

—Ahora no es ocasión; nos observan. Permanezca en el taller todo el día de mañana; recibirá algo que no espera y de que depende la felicidad de toda su vida.

Y haciendo una señal amistosa con la mano fué á reunirse con su madre y su hermana, que se despedían en la pieza contigua.

Juan de Witt, uno de los últimos que abandonaron el comedor, se aproximó á la escocesa, que se ponía en aquel momento su abrigo, esforzándose en dominar los sobresaltos de una crisis nerviosa.

—Señora, le dijo; una palabra más. Me ha anunciado V. una muerte espantosa, no se detenga en la mitad del camino. ¿Para cuándo difiere la realización de mis planes?

—Yo no dirijo los acontecimientos, caballero, respondió la profetisa con voz grave; eso corresponde al de allá arriba; yo los preveo, pero no puedo evitarlos.

—No, no es eso, observó humildemente Witt; pero como me dijera que mi sangre será fecunda en...

—Sí, es verdad.

—Luego...

Eva pareció recogerse un momento consigo misma; en seguida respondió:

—Después de la funesta guerra que se prepara.

—¿Guerra con quién? Porque lo único que yo presiento por ahora es una revolución...

—Guerra he dicho, la guerra exterior, la guerra con la República Argentina.

—¿Con la República Argentina? No es posible. La Cuestión de Límites...

—En primer lugar, la Cuestión de Límites no será más que un pretexto, V. lo sabe bien.

—Por lo que veo, V. opina...

—Yo no opino nada, le cito á V. hechos y nada más. Aquel país, con su prodigioso desenvolvimiento, comienza á alterar el equilibrio americano.

—Luego... ¿es inevitable?

—Aun queda un recurso...

—Sí, interrumpió vivamente Witt; que desistamos de nuestras pretensiones por el

Estrecho, permitiendo que los argentinos se posesionen del puerto en el Pacífico que la nueva demarcación les acuerda; que renunciemos á la anexión de Bolivia; que devolvamos esas provincias tan...

Juan de Witt quedó un momento pensativo.

Luego repuso:

—Eso estará muy conforme con la justicia, pero *no conviene* á los intereses chileños; y si la justicia es una virtud para el individuo aislado, las naciones son poderes que obran, y no sujetos que moralizan ó se enternecen: la *fuerza* y la *conveniencia*—he aquí las virtudes de los grandes pueblos.

—Pues no hay otro remedio.

—¿Todo será inútil?

—¡Ay! sí.

—¿Entonces..?

—Está escrito.

Witt se inclinó ante aquella extraordinaria mujer, salió del comedor y atravesó la desierta galería, murmurando:

—¿Revolución? Sí, la siento tronar bajo mis pisadas... ¡Oh! Godoy no se había engañado! Por lo pronto, sólo debo temer alguna sedición, algún motín militar secundado por la

Escuadra... Bien. Del primero no hago el menor caso: ahogaréle enérgicamente. En cuanto á la segunda... no me cuido ni poco ni mucho. ¿Se enseñorea del mar, bloquea mis puertos? Tengo 40,000 hombres, telégrafos y ferrocarriles en toda la extensión del territorio... Respecto al Parlamento... Enrique VIII... Cromwell... Luis XIV.. Estamos tranquilos por ese lado.

Juan de Witt se detuvo en el vestíbulo, púsose el abrigo y comenzó á calzarse los guantes, sumergido en honda cavilación. Sus facciones parecieron lividas y desfiguradas á la claridad cenicienta de una inmensa lámpara de cobre, pendiente en uno de los rincones; quebrábase la sombra de su cuerpo, como una grande escuadra, en la ensambladura del techo, allá en el fondo, en el vahar opaco; de de vez en cuando llegaban del exterior, como ligeras voces madrugueras, los resuellos de la ciudad dormida: el sonido lejano y á compás de los relojes, el rumor de algún carruaje que marchaba despacio.., el cantar triste y extraño de los tortilleros. En seguida, Witt, con un acento de profunda melancolía, murmuró:

—¡Oh! y qué amargos son los pesares que

el poder ocasiona! ¡Y qué difícil tarea la de gobernar á los hombres! ¡Cuánta ambición en los grandes! ¡Y cuánta ceguedad en los pequeños! El pueblo... ¡qué halagadores sus murmullos de contento, escuchados de aquí, desde la altura! ¡Oh! el pueblo no tiene altares donde colocar sus héroes, pero sabe tejer coronas para las sienes de sus mártires!

Luego, cambiando de tono, repuso con viveza:

—Por lo tocante á la guerra con que me ha amenazado la escocesa... Su reciente revolución y la crisis económica por que atraviesa hanla postrado algún tanto; urge pues romper las hostilidades. Yo conozco bien aquel país... Para el uno representa las esperanzas del botín y la satisfacción de un odio secular, estimulado por la riqueza y el impulso verdaderamente alarmante, con que á pesar de su pésima administración... Para el otro.. pueblo vehemente... olvidadizo.. ¡oh! no tendrán un Thiers en el momento de prueba! Pero... ¿y si yo me equivocara...? ¿No valdría más recurrir á una alianza para...? Mas ¿en qué nación americana podríamos tener confianza? Todas nos serían hostiles. Bolivia y el Perú tienen pendiente una cuenta que no

han liquidado aún. El Uruguay... ¡bah! el Uruguay marchará conforme á la Argentina, sus intereses son idénticos. Con los Estados Unidos no hay para qué contar; en vez de un espectador neutral tendríamos en él un enemigo. Queda el Brasil, nuestro aliado; pero éste, además de estar sumamente ocupado con sus disensiones internas, se espanta de su propia sombra y su tratado de fronteras se resolverá según su eterna prudencia. De manera que estamos solos en el continente, en vísperas de una guerra formidable, sin precedente en América... ¡Bah! ¡bah! ¡bah! exclamó concluyendo su monólogo con una sonrisa que hubiera desconcertado á la misma Esfinge; ¿no dice la escocesa que lo que ha de suceder escrito está? Luego añadió esta reflexión, que es el sumo de la filosofía: *¿quién sabe?*

La noche estaba fría, densos nubarrones ocultaban el cielo; empezó á caer la llovizna fina y menuda, mientras el trueno retumbaba á lo lejos, fosforeando en su toldada pizarra. Juan de Witt lanzó su última é indefinible mirada sobre aquella casa donde se había decidido de la existencia de tantos hombres por la voluntad de uno solo; aspiró con fuerza el

aire humedecido y glacial; subió en su coche y dijo suspirando.

—¡A la Moneda!

V.

Al día siguiente me dirigí al taller á primera hora. Ya se concibe en qué estado de ansiedad me habría dejado la confidencia de Andrea. Todo lo de la noche anterior, teorías estéticas, vaticinios y cuestiones políticas eran para mí sonidos vagos sin importancia. Recordaba únicamente mi corta conversación con la joven, en un soliloquio inefable y continuo. Me complacía en imitar á mis solas su entonación pausada, con cierto deje monótono, como el de las ribereñas del Llanquihue, figurándome que aquellas palabras habían sido pronunciadas por Mariana. Este nombre hacía valer lo que con él se relacionaba, como

los lignum crucis purifican los labios que tocan con su imagen bendecida.

A eso de las nueve, mi criado, que estaba de centinela en la puerta de calle, entró al estudio y puso en mis manos esta carta:

«Anoche se discurrió largo tiempo en casa de Gabriel Camalote acerca de la belleza antigua. Una mujer, que no asistió á la comida pero que sabe cuán falsa es la impertinente opinión de su amigo, opinión que V. parecía autorizar con su silencio, se le ofrece para modelo. Estará en su taller á las doce en punto, cambiará de traje en el aposento contiguo, presentándosele cubierto el rostro con un antifaz.

«La incógnita, por más que pertenezca al sexo parlanchín, sabe enmudecer cuando las circunstancias lo exigen; y por lo tanto no responderá á ninguna de sus palabras. Otrosí: conservará su máscara hasta el fin de la sesión, pues aunque V. no la conoce, ni ella le conoce á V., no quiere verse obligada á subir el embozo cuando le encuentre en el Portal ó al salir de la iglesia—esta aventura no debe tener consecuencias, y sólo se ha querido probarle que las proporciones estatuarias no son *paracroni-*

micas, como Vds., señores artistas, lo creen ó fingen creerlo.

«Le saluda,

«***».

A las primeras líneas cayóseme el billete de las manos.

Corrí hasta mi escritorio y retiré de una cajita de palo santo la carta que me dejó Mariana en su balcón, y que yo guardaba preciosamente entre varias reliquias de mi padre.

¡Era la misma letra!

Releí diversas veces el escrito: no podía creer á mis ojos.

Era su misma letra, algo inclinada á la izquierda, pequeñita y clara. Era la misma redacción, de sintaxis dura y á cuyo pensamiento ahogaba el pampanoso abuso de la frase, incolora á fuerza de limarla. ¿Qué significaba aquello? Por cierto que ni por un instante se me ocurrió fuera escrita por Mariana. Hubiese venido ella misma con el antifaz en la mano, y no lo creyera. Luego, la primera carta no era suya... pues ¿de quién, entonces? Un impulso de desesperación rabiosa me invadió como un torbellino. Contra mí, contra mí mismo. La primera carta era una verdade-

ra contraposición al carácter de Mariana. Pero ella ¿quién sería? Asaltóme una luz. Andrea, sí. Ahora lo comprendía todo. La expresión con que nos miraba cuando su amiga me daba la mano para valsar conmigo, el aire inquieto y curioso con que estudiaba nuestras señas furtivas en el pórtico de la iglesia, sus conmovidas palabras de la noche anterior... Había invocado su nombre... quería hacerse pasar por ella... Por eso no podía hablar ni quitarse la careta. ¡Qué astucia tan infernal y tan imbécil al mismo tiempo! Ocurrióme de pronto recibir su visita, arrojarle á puñados sus cartas por el rostro y plantar en la calle el desnudo modelo para befa de la canalluza. Después do larga lucha conmigo mismo, triunfaron mis instintos de delicadeza. Tal vez dudaba aún. Me propuse, por último, seguir sus instrucciones y respetar su incógnito. Yo era un hombre de honor y ella una miserable.

No obstante, parecíame que las horas transcurrían mas lentas que de ordinario; por fin, en una indefinible agitación dieron las doce. Sentí el rodar de un carruaje, haciendo temblar los cristales al detenerse; escuché el ruido seco de la portezuela y el estruendo que se alejaba y perdía, un paso furtivo y breve taconeó

en las baldosas, cruzó ante mí una mujer rebujada en su manto y á poco llegó á mis oídos el rechinar de una puerta, que en la pieza vecina cerraban con doble llave.

Salí del estudio; fuíme hasta el zaguán y no sé con qué pretexto envié al muchacho á los suburbios de la ciudad; luego atranqué la puerta...

Recorrí cuatro ó cinco veces la casa en todas direcciones. Me ahogaba. Veíalo todo como al través de una neblina y el corazón pareció saltar en mi pecho con golpes sordos, al tiempo de martillarme las sienes un vértigo irresistible.

Cuando entré, ella estaba en el centro del cuarto, de pie y perezosamente reclinada á una Juno de Petitot,—una escultura viva unida á otra escultura.

*
* *

Era de talla mediana. Con el cabello enroscado en una sola trenza, á la antigua usanza, erguía su cabeza sobre un cuello delgado y flexible; sus hombros algo estre-

chos y combados parecían modelos de marfil. El brazo, un tanto largo, nacía robusto para morir aguzado en una manita chicuela y carnosa; las falanges, cortas; las palmas, anchas, planas. El seno alto, puro, pequeño, como los duraznos precoces; el talle, esbelto en las costillas, se abría hacia las caderas en amplio miriñaque, rodondeando suavemente un vientre terso, mórbido, que se perdía en sus tonos obscuros como el horizonte en los celajes de la tarde. Un lunar negro, del tamaño de una onza, resaltaba en la cintura como cucharada de tinta china; el muslo grueso, marmóreo, se unía gracioso á su pantorrilla fina y musculosa, sin articulaciones aparentes, sustentada por un pie arqueado, diminuto, agudo; el conjunto, armónico, soberbio; la piel, moreno-pálida, del color de la masa cruda, límpida, brillante, matizada aquí y allá de tintes azulados en las ondulaciones de una curva á otra; la carne en los senos, la pierna y las ancas, acerada, pótrea, contrastaba con la ternura del vientre, la garganta, la espalda.

. . . . . .

Con las manos cruzadas detrás de su cabeza, el cuerpo recto y firme, permaneció más de dos horas inmóvil, valiente y osada como

una estatua de cera. La brocha corría por el lienzo inspirada, pastosa, robusta. Yo le dirigí cuatro ó cinco veces la palabra para recomendarle mayor naturalidad en la postura y la invité á descansar pues debería de haberse fatigado con exceso. Respondíame moviendo la cabeza pero sin desplegar los labios. Por fin, cansada, con los miembros entumecidos, dió algunos pasos por la estancia y trató luego de recobrar su posición anterior.

—Se ha fatigado V., le dije; mejor será dejarlo para otra ocasión; yo tampoco me siento bien é inútilmente procuraría colocarse como antes estaba. ¿Tiene V. frío? añadí al verla temblar. Avivaré el fuego en la chimenea...

Ella me hizo señas negativas y tomando un ropón que á su entrada arrojara sobre el sofá, comenzó á ponérselo lentamente.

Y al tiempo en que esto hacía ví brillar detrás del antifaz su negra mirada, mientras los labios se entreabrían luciendo su blanca dentadura y su garganta ondulaba como la torcaz hierve en la suya al contar á su pareja las tristezas del otoño.

Yo me dirigí hasta ella y colocando las dos manos detrás de sus espaldas procuré leer un nombre en aquellas facciones que la máscara ocultaba

á medias. A mi contacto, la parte baja de sus mejillas se puso color de cera, y, simultáneamente, ví correr la vida como fluido magnético en la sangre que hinchaba las venas de su cuello, crispaba los nervios de sus brazos, jadeaba en su garganta y ponía rígidos sus muslos, cuyas venas tendía como cuerdas; ví la nalga dilatada agitarse, animarse, proyectando dos oyuelos en las caderas y apiñonarse al impulso interior que humedecía sus labios que suspiraban, que apagaba el brillo de sus ojos detrás de la careta, que erguía sus senos eréctiles, violentos, poderosos, á compás de un volcánico latido. Yo conocí que mi sangre entera afluía al corazón y mis manos quedaron asidas á su cuerpo como á una pila eléctrica. Me incliné á su oído y con la voz ahogada por una agitación que ya no podía disimular, repuse:

—Sí, es inútil que se obstine en permanecer encubierta, la conozco á V., Andrea...

El modelo hizo un rápido movimiento; creí que trataba de escapar de mis brazos y sujetándola fuertemente por el talle, continué:

—Sí, sí, tenía jurado respetar el misterio que me imponía, dejarla volver como había venido, pero esta situación es superior á mis fuerzas. Estoy vencido. La reconozco á V. como

he reconocido su letra; es la misma de aquella carta que me escribió hace tres años. ¿Recuerda...?

El modelo dió un paso atrás y con un ademán pronto como el relámpago se quitó la careta.

—¡Marcela! exclamé con un grito que pareció brotar por todos mis poros. ¡Era V.! Tú!

—Sí, me dijo; yo fuí quien, autorizada por tu madre, colocó esa carta en el balcón de Mariana, en la tarde de su partida á Talcahuano. Yo te espiaba. Deseaba sólo alejarte de ella para que vinieras á mí. No puedes figurarte cuánto he sufrido en estos tres años de ausencia... ¿Me deseas? Tuya soy. No me quisiste para esposa, tendrás que resignarte... Te amo tanto, que estoy decidida á todo, hasta ser tu manceba. ¡Ah! si supieras cuán eternas me han parecido las noches en que me revolvía en mi lecho, llamándote con gemidos ahogados! Mira,—añadió pegando su cuerpo contra el mío como la liana con el caldén silvestre—la materia, la carne, lo inmundo rebelóseme una noche de tal modo á tu recuerdo, que hube de imitar á María Alonso Coronel, empuñando el tizón fatal. ¿Me crees?

me crees?—continuó uniendo á los míos sus labios, mientras me estrechaba como una ligadura. ¡Oh! sí, leo en tu pensamiento! ¿Bacante, corrompida, ramera? ¡Calla! ¡No me lo digas! No lo dices, pero lo piensas... Leo en tus ojos. Sí, lo soy, pero por tí, para tí, para tí solo.

En seguida, sollozando, se apartó de mí, anduvo unos cuantos pasos y fué á caer sobre el sofá; levantóse luego, y desasiendo la madeja rica de su cabello, que cayó como un manto rodeando su semblante, repuso:

—Nosotros hicimos correr la voz de que viajabas por Italia, pues no nos convenía que la lloricona de Mariana supiera que te desterrabas por ella. ¡Necio! ¿qué encuentras en esa mujer, para darle tantas pruebas de insensato cariño? ¡Ah! sí, su alma, su alma pura y virginal, ¿no es eso?... A Andrea, sobre todo, urgía desorientar la primera, y así lo hicimos. Era su amiga íntima y daría al traste con nuestros propósitos... derrumbaría un edificio tan bien cimentado. Tentada estuve cien veces de ir á buscarte á tu retiro; pero conociendo que no podría callarte nada, resolví esperar hasta verte completamente cu-

rado. Cuando expusiste tu cuadro y ví ¡ay de mí! á Mariana en tu ángel de perdón, no puedes concebir lo que por mí pasó, lloré por la primera vez de mi vida... Tu madre, convencida de la inutilidad de nuestros esfuerzos, ha resuelto formalmente abandonar la partida. Comprendo que esta resolución de venir á buscarte á tu casa me perjudica, me confunde, me pierde á tus ojos. ¡Qué me importa! prefiero perderme á perderte. ¿Por qué? no sé. Estoy loca, loca por tí. Te amo como ninguna mujer en el mundo será capaz de amar. Amo tu cuerpo, tu alma, tu talento, la expresión de tus ojos, tu manera de andar. Para mí no hay nada que valga comparado contigo. Si tú te casas con Mariana... ¡oh! nunca! nunca! no! yo moriría y mi .. ¿Sabes lo que me impulsó á presentarme á tu vista, desnuda, lúbrica, palpitante, ardiente? El temor de verte en ajenos brazos... porque lo presentía: el destino os reunía de nuevo. Sí, te lo digo, quería seducirte con la carne, ya que el espíritu nada te importaba. Sabía que todos los hombres sois iguales, montón de impureza y podre... ¡Ay! idolatrar con el alma, con la sangre, con las entrañas á quien ofrece á una romántica imbécil tesoros de belleza y poesía! ¡Oh! Cla-

rence! hermoso como la virgen, como tu ingenio, como tu nombre! ¡Oh! Clarence! tregua, por un instante! Aquieta, te lo pido, estas mil víboras que me atarazan las carnes con sus ideas de amor, como fervorosa llama! Oh! Clarence!... Clarence... ¿Me quieres?... Habla. ¿Qué haces?... Mi primera intención, ¿sabes cuál fué? Venir á verte y matarme en seguida; pero tú hubieras sido capaz de pisotear mi cadáver para llegar hasta Mariana; y además tengo miedo á la muerte, un miedo horrible, no tanto como á tu desamor... Soy tu esclava, tu perro, tu odalisca...

Marcela, cuya piel parecía ondular y agitarse como un río de espasmos, sin poder resistir á su emoción, cayó rendida en el sofá; y rugiendo como la pantera en celo, inundó la estancia con sus acres perfumes como un vaho ardiente.

Un deseo feroz, incontrastable me acometió como una fiebre; el corazón latió hasta exhalar sonidos roncos en el pecho; agolpóse la sangre á mi cabeza; zumbáronme los oídos; un sudor glacial brotó de la columna vertebral humectando los riñones, que se achicaron; sentílos temblar punzándome como dos clavos, mientras Marcela se le-

vantaba para dar un paso á mí, luego otro, otro y otro.

*
* *

Cuando Marcela me hubo dejado solo caí en una profunda abstracción. De la escena anterior quedóme apenas disgusto indecible y abrumador hastío. Conocí entonces la diferencia que existe entre la mujer que se ofrece y la mujer que se da; la primera es el entretenimiento de la lujuria, el halago de los instintos bestiales, que arrolla por el recogimiento y candor, femeniles quilates, en la contemplación de dos seductores objetos que irradian á la distancia con mágico embeleso: el lecho hediondo de la prostituta y la mesa de disección de un hospital; la segunda es una flor que embalsama nuestra existencia y sirve de escabel para alcanzar el cielo.

Un campanillazo me sacó de mis reflexiones. Anochecía ya. Encendí luz y salí. Un muchacho había transpuesto el zaguán y me esperaba en la puerta de la sala, con una carta y un paquetito enrollado.

—¿V. es el que pinta figuras, patroncito? me dijo. ¿El amigo de Don Gabriel?

A mi respuesta afirmativa puso en mis manos ambos objetos.

—¿Te han encargado la respuesta? le pregunté.

—No, señor.

Dí un puñado de monedas al chico que saludó y salió.

Entré al estudio rompiendo el sobre.

El billete estaba concebido en los términos siguientes:

«Su mamá me había repetido diferentes veces que V. se encontraba en Italia, completando su educación artística.

«Corrieron los meses y los años sin otras noticias suyas.

«Yo le creía muerto, á lo menos para los recuerdos, cuando supe que un cuadro de V. era el argumento de todas las conversaciones.

«Acudí á verle y aquella figura del segundo término, angélica, pura y expresiva fué una verdadera revelación para mí.

«V. no había olvidado. Pero ¿qué significaba su alejamiento y sobre todo su silencio?

Las pocas palabras de anoche confirmaron mis temores, es decir, que existe un obstáculo que desharó con las cartas que adjunto.

«Al entregarle esa correspondencia cometo un abuso de confianza, lo sé muy bien, pero si logro con él reanudar unas relaciones que no deberían de haberse desatado nunca, este pecado será la comunión de mis muchos otros.

«Le prometí á V. la felicidad. Le cumplo mi palabra al enviarle las cartas de Mariana.

«Andrea.»

Rompí la cinta de seda que rodeaba el manuscrito, envuelto en un pliego de papel encarnado. Se componía de quince ó veinte cartas, cronológicamente ordenadas, cuyas primeras fechas se remontaban á cinco años atrás.

Llamé al muchacho, que acababa de entrar, mandéle encender luces en mi habitación, sentéme ante una mesa y haciéndole señas de cerrar la puerta tras de sí, con una ansiedad fácil de comprender, leí:

VI.

«San Bernardo, Enero 15 de 1886.

«¿Sabes, querida Andrea, que tienes caprichos muy singulares? Te encargué el *Stabat Mater* de Rossini y me mandas la partitura de *Lohengrin*, instrumentada para orquesta. Yo no sé de qué nacionalidad es Wagner ni cual su escuela, pero no ignoro que me aburre soberanamente. Me dices en tu carta que con mi preferencia por el género sentimental doy credenciales de simplona y que toda señorita del día debe saber de memoria á *mein herr* Haydn, *mein herr* Tanhauser, *mein herr* Bach, *mein herr* Beethoven y *mein herr Flûte enchantée*.

«En primer lugar, yo no soy ninguna señorita del día, sino una muchacha de San Bernardo; y si dedico cuatro horas diarias al piano no es con el objeto de lucirme en los salones ó en los conciertos, sino á causa...

¡adiós! ya me he internado á un laberinto sin salida. ¿Sabes por qué, en Septiembre, florecen la verbena y el trébol? Tú lo sabes, pero la pradera no. Yo debo ser tan cerril como ella cuando no me doy cuenta de mis aficiones. Me gusta la música, porque sí. Si esta razón no te satisface, paciencia; no puedo darte otra.

«Ayer tuvimos la visita de mi tía. Trajo consigo todo un mundo vegetal en semillas, púas y cabezas, para festejar los días de mi hermana—ya conoces su pasión por las flores. Yo también tuve mi parte en la generosidad *tïal* con dos macetas de madreselva y una de jazmín del Paraguay. Ayer mismo la subí arriba y coloqué junto á mi puerta, bajo el cobertizo. Mi tía, al despedirse, me prometió llevarme á su casa de la calle del Diez y ocho, para que tome lecciones de solfeo, pues es una lástima, dice, que una voz como la mía se malogre por falta de cultivo. Rehusé. Sin otro maestro que aquella anciana inglesa que tanto hacía rabiar Marcela—¿te acuerdas?—y el método de Eslava, me tengo por la mejor cantatriz de San Bernardo y sus alrededores. ¿Quieres la prueba? San Bernardo es la población más bonita del contorno, mi calle es la mejor del pueblo, mi casa la mejor de la calle, mi cuarto el mejor

de la casa, y como yo soy la mejor cantatriz de mi cuarto...

«Voy á concluir, porque mi costura me tiene sumamente atareada. Ya sabes que la Juana, la ramilletera de la esquina, no puede salir de casa con un niño de tres meses, que se ha empeñado en amamantar ella misma. Yo tengo á mi cargo vestir al chico y dar de comer á la madre. Ahora estoy haciendo pañales y mantillas. Los pobres, por lo mismo que piden de favor, no deben esperar, y en cuanto termine esta carta voy á visitar á la pobre mujer, que no tiene más amparo que yo. ¡Si vieras la alegría con que me recibe! Me llama «providencia», «virgencita», ¡muchas cosas! Me hace reir y llorar.

«Mi hermana, plancha que te plancha, está en el comedor, encendida como una granada. Ahora me hace señas de que baje y dobladille los dos últimos pañales que me quedan; ya ves si urge poner punto final á mi carta.»

*
* *

«Febrero 1.

«Mi maestra, *misiá* Cordelia, acaba de lle-

gar á San Bernardo, á los cuatro años de ausencia. Su primera visita fué para nosotras. Tomóme sobre sus rodillas como si fuera la misma chicuela de otro tiempo, y me hizo cantar dos veces el *Got save the king* que antes me enseñara y que hasta hoy mismo repito como un papagallo, pues no sé una palabra de inglés. Me ha encontrado muy crecida y ponderó mucho mis progresos en el canto. Dice que tengo gran parecido con no sé qué personaje de una leyenda de su país y me llama «Ofelia.» Se ha empeñado en darme lecciones de botánica, historia y otra cosa más... mineralogía... fisiología... en fin, una cosa acabada en *ía*. Contestéle que en botánica estaba bastante instruída, pues las flores que tengo á mi cuidado son las más lozanas de nuestro jardín y tal vez del pueblo; que mientras las demás adornan las naves laterales en la iglesia, las mías lucen siempre en el altar mayor; y mi madre añadió que antes de conocer á Putifar y Boileau necesitaba aprender á planchar, y que bien podía tomar en consideración la historia de las judías con tal que supiera presentarlas con aliño. Pero la pobre mujer, que me quiere mucho, se empeñó tanto, tanto rogó y suplicó, con el pretexto de que no sabe cómo

emplear su tiempo, que al fin mamá concluyó por dar el permiso. No obstante, se ha mostrado inflexible respecto al plan de estudios. Después de una discusión tenaz que duró cerca de dos horas, mi presunta y ex maestra se rindió á discreción: mamá imponía como condición absoluta que su hija no había de estudiar sino en los libros que ella indicara. Es una lista muy curiosa y te reirás mucho cuando la conozcas. Juzga:

«*El Nuevo Testamento,*

«*Enseñanza práctica ó Historia y lecciones,* por MADAMA PAPE CARPANTIER,

«*La cocinera perfecta,*

«*Gramática Castellana,* por ISAAC LARRAIN.

«Mañana principiaremos las clases.»

*
* *

«2 de Febrero, á primera hora.

«Te escribo esta rápidamente y agitada aún por el acontecimiento de ayer.

«Después de poner tu carta en el buzón fuíme á casa de la Juana á llevarle su ropa

y un poco de dinero. Su puerta estaba abierta; llamé repetidas veces, sin que salieran á recibirme. Determiném y entré; el patio, sin enlosado, está casi cubierto de musgo y el aspecto interior de la casa es tan triste, que oprime el corazón; atravesé tres ó cuatro piezas desmanteladas, húmedas; el revoque cae á pedazos de los muros; la luz penetra fugitiva por las rendijas del tejado como por otras tantas pequeñitas claraboyas. Una puerta comunica con el cuarto contiguo; llamé, no obtuve contestación; empujé la puerta, que se abrió chirriando. La habitación de Juana estaba en tinieblas. Me pareció respirar, al punto, esos vapores que escapan de una bóveda recién abierta. Antojóseme que la pobre mujer dormía, porque á poco sentí un ruido extraño que salía de uno de los rincones; pronuncié su nombre en voz baja, primero, y fuertemente después, porque principiaba á alarmarme. Silencio; anduve tentaleando hasta la ventana y la abrí. La claridad entró á torrentes: Juana yacía en su colchón, en el suelo, sin vida. Como si quisiera formar un rescoldo que desafiara á la muerte en su yerta acometida, inclinaba su cuerpo clavando los ojos vidriosos en el pequeño sér, como postrera despedida de

amor. El ruido que sentí á mi entrada venía del chiquito, que chupaba hambriento uno de sus extenuados senos. Yo creí que los cadáveres infundían espanto. Aquello me inspiró sólo una gran tristeza. Acudieron los vecinos. El pequeñuelo ha quedado depositado en mi casa, y como no tiene ningún pariente, le dejarán con nosotros. Díle un poco de leche con azúcar, que bebió con avidez. Ahora está durmiendo. ¡Si vieras qué mono es! Mándame esta misma tarde un ama de leche, ya sabes, para una *guagua* de tres meses. Aunque mis economías apenas alcanzan á noventa y cinco pesos, presumo que tendré bastante para los seis primeros meses. Me han dicho que las nodrizas no cuestan muy caro. No comprendo cómo se puede vender por dinero lo que constituye la vida de un pobrecito huérfano.

«Toda la casa está revuelta con el nuevo inquilino y á estas horas hemos recorrido el pueblo en todas direcciones, en busca de una mujer que le dé de mamar, mientras llega la otra de Santiago.

«No seas perezosa, que se trata de una buena obra: mira que descansamos en tí.»

«3 de Febrero.

«Esta mañana llegó la nodriza, pero su viaje ha sido inútil. La autoridad resolvió anoche mismo mandar el chiquillo á la Casa de Expósitos; de nada valieron mis ruegos. Mi despedida del pobre muchachito, á quien empezaba á querer mucho, me ha afectado tanto... Gracias, de parte de todas nosotras, mil gracias.

«El comisionista te entregará una canasta de *zaragozas*, que acaban de traerme de la quinta. Cómelas sin cuidado; no tienen microbios como las que expenden en el Portal.»

*
* *

«20 de Febrero.

«Te devuelvo el *Escándalo* de Alarcón, que he leído á hurtadillas en estos tres últimos días. Me gustó, sin que por eso me haya hecho olvidar la *María* de Jorge Isaacs y sobre todo la *Picciola* de Saintine.

«Esos tres libros componen, como sabes, todo mi repertorio novelesco y su lectura me ha hecho reflexionar bastante en una palabra repetida lo menos trescientas veces en sus tres tomos. Me refiero á la palabra *amor*.

«Aun cuando me hayan conmovido mucho las situaciones, lo bien urdido de la trama y el relieve de algunos caracteres, en particular el de Charney, te confieso que esas cuatro letras continúan siendo un problema para mí.

«¿Qué sentimiento es ese, tan cantado por los poetas y que no tiene otra solución que la muerte, cuando se malogra, como en *María*, ó el matrimonio, cuando hay conformidad de una parte y otra, como ocurre todos los días en San Bernardo?

«Si quiero estudiarle en las infinitas parejas de novios que he conocido, me confundo hasta no poder más. En el mes pasado asistí á un casamiento; ella era una joven lindísima y él arrogante mozo. Los había visto pasear por las quintas muchas veces y la expresión de sus fisonomías me hacía reir á carcajadas. Entregábale ella una mano, que él besaba suspirando. Sentábanse luego y con los dedos entrelazados parecían apostar á quién tenía mayor poder visual. Con los párpados muy

caídos y los ojos fijos y mates como esos que hablan, pasean y trajinan en sueños, semejaban magnetizarse durante horas enteras. ¿Eso es amor? Y si lo es, ¡ay mi Dios! y qué poco pintoresco. En el *Escándalo* no lo retratan así.

«Si pretendo refugiarme en las escenas interiores, para analizar esa pasión que «domina todas nuestras potencias» me bastan mis recuerdos personales y huronear en mi casa sin necesidad de ser el *hurguete* del vecino. Mi padre se casó con mamá por inclinación,—quiero creerlo así, por lo menos; pero ese enajenamiento, esa *cosa* digna de los cielos ¿dónde debo buscarla? ¿en las zapatillas de tripe que mamá le bordaba ó en el agua tibia para afeitarse que él le pedía?

«Me dices que te defina á mi manera lo que es un marido y que si mis apreciaciones son justas, al conocer el árbol podré darme cuenta de sus frutos, aun cuando lo estudiare en el otoño. Un marido, á mi entender, es un hombre cerrado de barba, que se levanta muy temprano, mira las plantas, usa gorro griego, lee la *Libertad electoral*, fuma en boquilla, maldice del Gobierno, declama contra los bailes y promete comprar carruaje el año

venidero. Y ahora yo te pregunto á tí. ¿Cómo una mujer abandona su madre, las flores de su jardín y los recuerdos de su niñez, para habitar con un hombre que huele á tabaco, que no habla más que de hortaliza y elecciones, que tiene el cutis tan moreno y los pies tan feos?

«Pero, no; debe haber algo más; algún intríngulis que yo no puedo comprender; no, no, el amor no está ahí.

«Decididamente, no es eso.»

* * *

«4 de Marzo.

«Ayer, después de nuestra despedida, tuvimos que aguardar un gran rato en la estación Central, por haber cambiado el horario de los trenes. Isabel, impaciente como es, quería volver á tu casa, suspendiendo para hoy nuestro regreso; pero yo me mantuve firme y la llevé al salón de espera, donde pasamos más de dos horas mirando los frescos de las paredes. Por fin, salimos. Nos habíamos colocado en un coche salón. Este iba lleno de pasajeros destinados

en su mayor parte á San Bernardo. Lo que pasó en el trayecto quedóme tan patente en la memoria que podría referirte los más insignificantes pormenores del viaje, y las cien mil palabras inconexas que á mis oídos llegaban, dominando el triquitraque de las ruedas y las robustas toses de la máquina en su eterno catarro. El aire estaba tibio y calmoso. En el camino las viñas caldeaban al sol los racimos entre sus hojas crespas, y dividían vástagos á la maciega en perezoso residuo. Los árboles asomaban sobre las tapias, obscuros de tierra, y los prados parecían dormidos, sudando columnitas de vapores como hirvientes cacerolas centrales. Sentíase de vez en cuando el relinchar de los potrones que bajaban al agua y el graznido del *traro*, circulando en el aire al acecho de la perdiz cansada.

«A corta distancia de nosotros, en uno de los asientos, á mi izquierda, estaba [illegible] un hombre que me llamó la atención por su caprichoso traje y la extraña expresión de su fisonomía. Cierto es que aquel impulso de curiosidad no obró solamente en mí, pues los demás pasajeros le miraban de reojo y las mujeres cuchicheaban contemplándole con marcada insistencia.

«El era joven, muy joven, tal vez no contara veinte años; sin embargo, sus cabellos negros, lisos y suaves como los de una mujer, comenzaban á blanquear por las sienes. Tenía blanco y descolorido el cutis, los ojos garzos, hundidos en la sombra de una ceja recta y fina, arqueada por una arruga en el nacimiento de la nariz, que se encorvaba como la de las antiguas medallas. Cubría sus formas elegantes y nerviosas un traje á la inglesa de color de vicuña; llevaba zapatos de cuero rojo y un botín del mismo género, con hebillas de metal, oprimía su pierna hasta la altura de la rodilla. Asomaban por el bolsillo exterior del *paletot* unos guantes de cabritilla obscuros. Apoyada á la ventana se veía una escopeta, y en el asiento de enfrente una bolsa de caza, un cuaderno de croquis y una de esas sillas de tijera que usan los paisajistas.

«Unos jóvenes se acercaron á saludarle. A poco principiaron á discurrir. Aquellos atronaban el salón con sus descompuestas carcajadas. El apenas sonreía, pero su sonrisa, Andrea, expresaba lo que no podría explicarte. Yo estaba como fascinada de escucharle. Su voz era rápida y melodiosa, sus movimien-

tos flexibles y graciosos; el más insignificante de sus ademanes, la más ligera de sus respuestas tenían un aire de distinción y señorío que le hacía descollar entre todos, como descuella el lirio entre las multifloras sin nombre y sin cultivo.

«No sé por qué hubiera retardado el término de aquel viaje. Cuando descendimos, llevada por un movimiento que no puedo comprender, volví la cabeza y pude contemplarle aún... dos minutos después la muchedumbre, que empezó á llenar el andén, hízomele perder de vista.

«Parecióme tristísima la casa á mi llegada El más leve murmullo de los árboles me estremecía. Subí á mi cuartito. Desde allí se divisaba la Estación y el camino de la ciudad. Retiréme velozmente. Junto á mi cabecera la virgen del Carmen parecía sonreir. Me acerqué murmurando una oración que no pude terminar. Mil sensaciones distintas hablaban dentro de mí con diferentes voces. Bajé hasta la sala y me senté al piano. Asaltáronme tentaciones de llorar. Buscaba los sitios más retirados para escuchar inauditos acordes que acudían en tropel, modulados por el mismo silencio. Encontré las horas largas,

mustias las flores, sombrío el horizonte. Experimenté, temblando, violentos antojos de escapar de allí. Hogar, infantiles juegos, recuerdos de la pubertad, me parecieron reminiscencias de una vida anterior. Presentí, con intuición eléctrica, que mi existencia estaba en lo venidero, en el pasado no. Mi espíritu, como un espejo, mostróme cien panoramas expléndidos que me deslumbraron, como á un ciego que repentinamente abriera sus ojos á la luz, con la pradería á sus espaldas, con el mar rugiente al pie. Sentí... y al ocultarse el sol, con los ojos clavados hacia allá, aspiré desde mi ventana las últimas brisas de la tarde, como si fueran suspiros exhalados por él.»

VII.

«19 de Septiembre.

«Durante esa larga temporada que acabas de pasar en Viña del Mar con tu familia,

tuve ocasión de hacer dos largas visitas á mi tía, de ocho días la primera y de diez y nueve la segunda.

«Tú sabes cuan enemiga soy del movimiento y el ruido; pero como mi permanencia en aquella ciudad respondía á un plan trazado de antemano, y para realizarle necesitaba acudir á los centros de reunión, insinué á mi tía el deseo de conocer las diversiones y círculos sociales, de que hasta aquel instante me privara el alejamiento en que había vivido. Mi tía me llevó á todas partes. Conocí la gran emoción del primer baile y creo que me ví forzada á escuchar bastantes requiebros y tres ó cuatro declaraciones.

«Dicen que cada persona tiene su especial estilo en la expresión de sus movimientos interiores, y que un mismo sentir se formula de tan distinta manera como variado es el número de sus intérpretes. Pero las *lesuras* que de buenas á primeras me lanzaron, pareciéronme no solo vaciadas en el mismo molde sino batidas con iguales componentes. Figuraban recitar una lección mal aprendida en común silabario. Era una ensalada desabrida, donde las palabras «corazón», «palpitaciones», «insomnios», «desencanto y agonía» formaban su exclusivo aderezo.

«Aun cuando la vida que llevara era muy distinta de la que hacía en la aldea, continuaba levantándome de madrugada, conforme á mis costumbres añejas. Después de misa recorríamos el Comercio hasta las once; á la tarde dábamos una vueltecita por la Alameda y de noche asistíamos al teatro de Santiago, que, como sabes, queda á corta distancia.

«Mis primeras diligencias no obtuvieron resultado; pero no desmayó por eso; sabía que un día ú otro la previsora casualidad se encargaría de presentármelo. Además, aquellas costumbres, nuevas para mí, comenzaron á aturdirme; y el continuo ejercicio y la distracción diaria cambiaban de rumbo mis resoluciones de la víspera; pero en cuanto llegaba la noche, en esas eternas horas de comunicación conmigo misma, su recuerdo me asaltaba con una violencia que me subvertía, como si aquella imagen fuera tan indispensable á mi espíritu, como la humedad al musgo ó como á la muerte el olvido.

«Sentábame todas las tardes á mi ventana y desde allí acechaba los carruajes que se dirigían al Campo de Marte. Su buen parecer y ese trapío, inseparables á una posición desahogada, reveláronmele desde lue-

go como un hombre de alta alcurnia y de familia opulenta.—Que desvariaba, me dirás. ¡Qué quieres! mujer soy; y me hubiera contristado bastantito verle caminar burguesamente á pie, después de figurármele deslumbrando á todos, no sólo con su talento, su belleza y el tesoro de sus gracias, sino hasta con la pureza de raza de sus caballos.

«Una mañana, al salir de las Agustinas, encontréme de manos á boca con él. Miróme distraído y penetró en la iglesia. Quedéme parada de verle á tiempo que una ola de fuego inundaba del corazón á mis mejillas. Mi tía estaba en aquella sazón enferma y me había hecho acompañar por una zagala. Con el pretexto de oir la segunda misa volví á entrar en el templo. Recostado á una columna, allá cerca del altar mayor, tan embebido en sus pensamientos estaba, que no reparó cuando me puse de rodillas á poca distancia. Tenía miedo y deseos vehementes de reir, de hablar en alta voz, de abandonar aquel lugar, de correr á mi casa y encerrarme en mi habitación para acariciar su imagen, para besarla á mis solas. ¡Oh! era el mismo, siempre con su porte principal, sus largos cabellos grises, su límpida mirada, sus facciones esculpidas

á cincel! En el ojal tenía un ramito de violetas y con su mano delicada y fina arrugaba unos guantes de cuero ingleses, color de hoja seca. Yo no le miraba, pero no perdía uno de sus movimientos. ¡Cuánta armonía en las proporciones de su busto! ¡Qué expresión de fuerza y al mismo tiempo de dulzura en aquel pálido semblante! Hubiera dado diez años de mi vida, y de vida dichosa, por escuchar sus palabras, por sentir en mi frente el contacto de sus manos, por asirme á su cuerpo, confundir con el suyo mi cabello y dejar temblar mi corazón al unísono del suyo! ¡Qué sentimiento á la vez deleitoso y amargo experimenté cuando dió un paso á mí y rozó sin querer mi manto con su vestido! Anudada la garganta y devorando las lágrimas que no me atrevía á enjugar, murmuré:

«—¡Gracias, gracias, Dios mío!

«Cuando levanté la cabeza, él no estaba ya: había salido tan silenciosamente como entrara. Fuí á arrodillarme en aquel sitio y una oración brotó fervorosa de mis labios al simple contacto de aquella piedra, para mí bendecida, y al volver los ojos columbré uno de sus guantes olvidado junto á la columna.

«Lancéme á él como un niño sobre el ju-

guete por largo tiempo codiciado y después de besarle repetidas veces, coloquéle en mi devocionario, junto á la imagen del Niño Jesús.

«¡Oh! ahora lo comprendía todo. Mis vacilaciones, mis impulsos, mis tristezas, mis ensueños me lo decían bien claro. Aquello era... ¿amor? ¡Oh! sí! Le había levantado en mi pecho un altar, una religión. Era dueño de mi pensamiento, palpitaba en mi sangre y por siempre, sí, por siempre lo llevaba conmigo.»

*
* *

«7 de Enero de 1887. (1)

«Lo que me impulsó á ofrecer mi concurso para la fiesta religiosa que acaba de tener lugar, no fué la esperanza de ganar indulgencias, sino una idea puramente terrena.

«Los periódicos destinaron varias columnas

(1) En el manuscrito que tenemos á la vista falta una veintena de páginas entre esta carta y la precedente, y por razones fáciles de comprender, hemos preferido dejar inconexo su sentido á reponerlas de nuestra parte. —V. SYLVA.

á su programa y uno de los cronistas que asistieron á los ensayos había corrido la voz por todo Santiago de que mi parte en la fiesta era el principal atractivo, dedicándome una noticia, cuyo epígrafe lo formaba mi nombre y apellido.

«Yo me hice al punto estas reflexiones:

«Una función que acaba de ser anunciada por los diarios de la capital, presidida por el Obispo y que llamará, sin duda, inmensa concurrencia, no puede menos de llegar á sus oídos.

«Entonces, querrá ser uno de tantos asistentes.

«Y entonces, con el pretexto de cantar las glorias del patrono, cantaré para él, para él solo.

«Es imposible que no haya algo en su naturaleza; eso indefinible que nos hace presentir muchas veces lo que la razón no puede abarcar, que no le inspire curiosidad acerca de mí.

«Entonces querrá conocerme.

«Comprenderá luego quien es el imán de mis pensamientos, las esperanzas de mi corazón de niña, la ambición perenne de la mujer formada.

«Entonces no tendré nada que desear.

«Las partituras, como sabes, no podían ser más selectas:

«El *Stabat Mater* de Rossini, la *Misa de Requiem* de Mozart y el *Miserere del Trovador*.

«Yo debería cantar el *Ave María* de Gounod.

«A la hora designada nos hallábamos todos, ejecutantes, cantatrices y partiquinas, temblando de emoción, en el coro de la iglesia.

«Que estaba llena, apiñada de gente; no cabía materialmente un alfiler y parecía correr bajo la ancha bóveda y montar hasta nosotros esos efluvios magnéticos de la ansiosa muchedumbre, y ante cuyo influjo no hay altura á que no pueda encumbrarse el verdadero artista.

«Escudriñé cuidosamente por las naves laterales, pero desde el punto en que estaba no veía sino una masa compacta, con sus múltiples cabezas, como fabuloso vestiglo.

«Terminada la misa, la primera parte de nuestro programa fué escuchada con ese silencio y esa inmovilidad religiosa que presagian las grandes ovaciones.

«*Sentíamos* el éxito.

«De vez en cuando una sostenida nota cavernosa del órgano, ó un brillante final de un solo de violín hacía ondular el mar viviente

que teníamos al pie, sumiso y dócil ante una estrofa, una octava, una cadencia.

«Luego se llegó mi turno.

«Había un cuarteto de violín, flauta, oboe y violoncelo á que acompañaba el director en el órgano, con sus voces temblonas y graves.

«Yo me había ensayado en este último instrumento, con sus registros preparados de modo que la música no fuera sino un canevás, donde pudiera bordar á mi capricho.

«Conocí que mi voz, melódica y suave en las notas centrales, no podría sostener, por su escaso volumen, los violentos impulsos de las notas agudas.

«Me reservaba para el final, haciendo un esfuerzo con ese irresistible efecto de los cantantes franceses: lo *imprevisto*.

«El organista la emprendió con una de esas variaciones espontáneas, cuya dificultad no estriba en la ciencia de la ejecución, sino en ese intermitente pulsar, sollozante como un quejido, que no pueden explicar las reglas, como prodigio singular del arte.

«Entonces, con un armonioso preludio que acompañaba mi voz sin apagarla, como un corcho mecido por el agua tranquila, canté con toda mi alma como si él me escuchara.

«En las frases del recitativo tuve algunos arranques que hicieron temblar la sala entera. Ya era fácil prever el resultado. El sentimiento de la *virtuose* hacía jadear la multitud, suspendida de sus labios. Cuando me detuve para tomar aliento, la iglesia arrojó un tremendo grito: era la respiración de tres mil personas que recobraba su curso.

«Aquí hice una corta pausa.

«El instrumento murmuraba sordamente como un trueno lejano.

«Luego entoné el *Je te salue, Marie,* con una de esas voces pastosas y veladas, que van á herir el corazón hasta la fuente de las lágrimas, desgranando en desoladas notas esa cantiga sublime, incienso incorpóreo, exaudita quejumbre del que espera y confía, intermediario abstracto entre el que sufre y Dios. Aquellas benditas notas corrían cual melodiosos suspiros entre los sones roncos y prolongados del órgano, expresaban todas las angustias del amor y daban á entender, en contraste sombrío, del corazón la callada ventura. La música tiene secretos inexplicables, arcanos extraños á la ciencia fría del análisis. Es la expresión genuina de lo no terreno, la reminiscencia de nuestro célico origen; es el idioma del alma y el amor su maestro.

«Me apresuré á salir. La concurrencia entera me buscaba anhelante. Oculta entre un carruaje, yo ví salir los diferentes grupos, diseminándose por todas direcciones. Permanecí todavía una hora más. Los mendigos se fueron retirando pesadamente. Cerró sus puertas la iglesia. El atrio quedó desierto y silenciosa la calle. Todavía escuché unos murmurios que acordados por la distancia llegaron á mis oídos como ruidos monótonos. Antojáronseme aplausos. Se satisfizo mi orgullo. Tendí la vista en contorno... ¡ay! él no estaba.»

*
* *

«24 de Noviembre.

«En este momento sale Marcela de aquí después de haberme entregado, de parte tuya, dos piezas de música: *Isolda* y el *Clarecín*. Estoy tan ocupada con los preparativos del baile de esta noche, que no he tenido tiempo de revisarlas y te aseguro que hubiera preferido quedarme en mi casa, pero la señora de Torrecilla se tomó el trabajo de venir en

persona á invitarnos, y mamá dice que mi falta encerraría un desaire, ítem más una *guasísima guaranguería.*

«¿Por qué no vienes? Comerás manjar blanco. Ayer hice una gran cantidad; pero no me ha salido á mi gusto por falta de canela en rama... Ya sabes que en este pueblo se carece de todo... Si quisieras venir no te faltaría tiempo. Podrías tomar el tren de las cuatro. Lucha te acompañaría.

«Si te resuelves iremos al baile de trapillo y nos sentaremos en un rincón á ver las parejas. Yo estoy dispuesta á *planchar.* Me contarás tus últimas impresiones de Linneo y yo bajaré de las nubes para aprender un poco de *andria, hexandria, criptogamia* y *singenesia.* ¿No es así como las llamas?»

*
* *

«25 de Noviembre.

«Estoy contenta, gozosa, respiro, aliento, soy feliz, Andrea. Me conoce, estreché su mano, me distinguió entre todas. ¡Qué hermoso es vivir!

¡Qué porvenir de ventura me aguarda! Tú le conocías. Había sido antiguo amigo de tu familia... ¿Cómo no comprendiste que era él de quien te hablaba?... Todas sus palabras han quedado grabadas en mi frente, aquí, en todas partes... Ven, que esta satisfacción es excesiva y ya no cabe en mi alma. ¿Quién dice que cada deseo satisfecho devora una porción de nuestra existencia? Eso es mentira. Si así fuera yo no viviría. Y vivo, Andrea... ¡Oh! Andrea, y qué alegre está el cielo! y qué diáfano el horizonte! y cuál la transparencia del aire! ¡Dios mío! y qué grandioso donado la memoria! ¡Oh! no es esto un valle purgatorio de la culpa heredada.. No, es un huerto amenísimo, hontanar placentero... es un paraíso, un jirón de su beatitud de allá arriba! Andrea, veo su mano en mis impulsos de gozo, el arrastrar de la oruga, en la zagala que canta, el niño que sonríe, los cenicientos vapores lontanos; en la campana sonora que envía tañidos á la sierra conversando en sus ecos iguales! Andrea, la vejez del año ha trenzado una corona de azahares que ofrecer á mi prometido, en prenda de juventud y regocijo.»

«9 de Marzo de 1888.

«¿Que por qué me obstino en no sellar de una vez con una promesa nuestro mutuo cariño? Porque le tengo miedo, Andrea. Cien veces al día hago propósito de contárselo todo; deseo verle y en cuanto me hallo en su presencia, tiemblo y no sé qué contestarle. Al separarnos maldigo mi timidez y prometo hacer valor para la próxima entrevista.

«Tiene un carácter original mi prometido. Se le antojan ocurrencias de niño y caprichos de mujer. Reune la condición irritable de una solterona á la austeridad de un Intendente. Sus gustos participan de vulgaridad y grandeza.. mejor! lo prefiero así. Quiero en él un hombre y no un libro de misa.

«Es una mezcla de grandes cualidades y de muchísimos defectos. En primer lugar es rencoroso. Ha estado tres días seguidos sin saludarme porque no pude acudir á la plaza, cuando le cité con mi postigo. A última hora se me despegó el tacón de la bota y antes de presentármele cojeando me hubiera dejado hacer trizas.

«Su sobriedad es un fenómeno en Chile; pero, según me dijo Marcela, acostumbra á

tomar mate, como los *rotos*. ¡Qué cosa rara! Al principio no podía habituarme á esa idea, pero hoy no comprendo á un hombre sino con el pincel en una mano y el paquete de *Paranaguá* en la otra. ¿Te ríes? Yo lo mismo, porque estoy muy contenta. A mí también me gusta el mate, pero me quemo, me quemo la lengua.»

*
* *

«Talcahuano, 19 de Mayo.

«Siento mucho que Marcela haya perdido la carta que le entregué para tí, pues contenía una detallada explicación de lo ocurrido en estos últimos días.

«Al saberlo me resolví á rehacerla prolijamente, aumentada con las variadísimas impresiones que ofrece el camino entre Curicó, Talca, Linares y Concepción, pero me encuentro tan fatigada; esta repentina huída del pueblito, de mis costumbres y sobre todo, de su presencia, afectóme tanto... Me duele mucho la cabeza... Ojalá pudiese llorar...

¡Y tengo que pasar aquí dos largos meses... Mira, tú que le conoces, hazme el favor de decirle cuánto le quiero...; que me perdone la poca circunspección con que salí á su encuentro... Pero yo quería darle un ramito de madreselvas y jurarle cariño para toda la vida... Díle que en mis oraciones á la Virgen ya no le pido por mí ni por los días de mi madre... Instale á que vuelva á San Bernardo... y pase por mi calle... Yo estaré detrás de mi postigo, en acecho de su llegada, estremeciéndome al sonido de sus pasos...

«Esas flores que adjunto son para él; hurtélas esta mañana en la iglesia, para talismán de su dicha venidera... En lo sucesivo no sólo será el imán de mi constante recuerdo, sino la causa de mis remordimientos.»

*
* *

«San Bernardo, Octubre 22 de 1889.

«Ha llegado la primavera; el término que yo misma me había fijado para su regreso, acaba de expirar con las últimas nieves.

«Si me divierto, si soy feliz, ¿me preguntas? Sí. ¿No absorbo aire? ¿No veo salir el sol todas las mañanas? ¿No contemplo las flores nacer, marchitarse y morir? Sí, soy dichosa, muy dichosa.

«Viene un día y otro día; pasan los meses y los años y me encuentro hoy como me encontré ayer, como me encontraré mañana...

«Recuerdo que en los primeros meses, al solo contacto de la cajita en que guardo los ramos de flores que él colocara en mi ventana, el llanto me enturbiaba los ojos. Aquellos nardos, azucenas, mirtos y azahares, con sus hojitas de *diosma*, no son al presente sino un puñado de polvo. ¿En dónde están su frescura, su aroma, sus colores? En dónde las lágrimas que vertía? Ahora las contemplo con los ojos enjutos, y sin embargo, el pesar anida en mí, doloroso y vivo...

«Permíteme rectificar una opinión que me manifiestas. Dices que el amor en la mujer es sensación pasajera; que nosotras, por debilidad del sexo y lo limitado de nuestro entendimiento, en lugar de pasiones sentimos sólo caprichos; que aquellas son fuerzas motrices de los hombres; que á nosotras la fragilidad, á ellos la constancia.

«Acabo de terminar esa sublime leyenda de la Pasión, y su lectura me ha revelado una verdad, para ellos desventajosa, para nosotras halagüeña.

«Apareció el Hombre-Dios en prédica del amor, la abnegación, la caridad, el perdón de las injurias. Los hombres le seguían como al redentor del mundo. Los hombres, esforzados, constantes, animosos, tomaron cobardemente la huída en el momento del peligro. Pedro, fundador de la iglesia católica, le renegó tres veces. Sólo las mujeres de la tribu, débiles y mezquinas, acompañaron á Jesús, y esa prueba de ternura suprema le consoló en su martirio, é hizo lucir el postrer rayo de gozo en la última hora del joven Maestro.

«No cesas de recomendarme la confianza en el que todo lo puede. Cada vez que examino escrupulosamente mis acciones y registro los senos de mi conciencia, encuentro la incredulidad como rebelde levadura. ¿Vas á hacerme creer que las cuitas de amor de una muchacha lleguen claras y distintas, allá arriba, entre los clamores de la humanidad, que desde seis mil años ha pide en balde consolación y amparo, con su sangriento y lacrimoso ejercicio?

«Luchar... ¿para qué? ¿En busca de una lápida al fin de la jornada?

«El día de difuntos estuvimos en el cementerio. El musgo cubre casi todas las sepulturas Los privilegiados hasta más allá de la vida, se pudren en magníficos sarcófagos de piedra; sin embargo, no han podido escapar á la ley común. Si los pobres entierran sus huesos bajo una capa de verdina, el liquen comienza á morder ya en aquellos expléndidos sepulcros; empero, en la tierra engordada han florecido algunas margaritas, mientras que sólo escapan vapores nauseabundos de las bóvedas señoriles.—¡Qué cosa extraña! me dije. ¿La vida, sobre una tumba? ¿Cómo la expresión más galana de la creación entera se hizo entender desde un montón de carne corrompida? ¿La flor, de los gusanos engendro? ¿Los rancios humores asiento de perfume?

«Yo jugaba distraidamente con mi sombrilla entre las cruces y coronas yacentes sobre las losas, hiriendo los barrotes de los enrejados con golpecitos seguidos y sonoros.

«Pues bien, Andrea, encontré en los mausoleos las lápidas y el osario...; halló tanta tranquilidad en aquella calma, tanto silencio en aquella soledad, que hubiera deseado ser

uno de tantos huéspedes de la eterna pesadilla. Si ellos no son felices, al menos no recuerdan lo pasado, y contemplan su porvenir en las espesas brumas del limbo infinito en que se sumergen...»

*
* *

«Santiago, Agosto 21 de 1890.

«En cuanto recibí tu carta me puse inmediatamente en camino. He visto el cuadro... No sé lo que ha pasado por mí... Este impulso no es de dolor ni de gozo, sino las heces de los dos... ¡Oh! también la felicidad hace daño... Mi cabeza se extravía, se enciende mi sangre... Antes no podía llorar... Ahora sí... Confío, creo y espero. ¡Dios mío! y qué infinita tu misericordia!»

*
* *

Así terminaba el manuscrito.

Yo dejé caer mi frente sobre la mesa, con las cartas bajo mis labios.

Ignoro cuanto tiempo estuve en esa postura.

Muchas horas tal vez.

. . . . . .

Esa noche, antes de acostarme, me encontré con Susana en el comedor. Regañóme afablemente porque mis estudios nocturnos comenzaban á alterar mi salud. En efecto, estaba muy pálido y con los ojos enrojecidos.

Mi sueño fué agitado y breve. Reprodújome las principales escenas de la víspera: una multitud afanosa aclamando á un artista; distinguí la robusta voz del chantre entre los coros; á Marcela convertida en Pasifae; los esqueletos del panteón y las fragantes margaritas, emblema de la perdurable transformación de la materia; y por último, á una de las figuras de mi cuadro, animarse, descender y venir hasta el lecho, con su corona de azahares en en la mano.

Al día siguiente, contento y ligero como un escolar de vacaciones llegaba á San Bernardo.

VIII.

Después de haber andado unos quinientos pasos, percibí la casita de Mariana, roseando á la distancia entre los árboles fronteros, como un flamenco que se calienta al sol, dormido entre las verdes espadañas. Me detuve un instante altamente conmovido. Por fin, acerquéme á la verja y dí con timidez varias palmadas. Eran las tres de la tarde. La casa estaba silenciosa; en el jardín las lloicas y los pardillos pïaban de una rama en otra. El sol caía bochornoso y tardo en las malvas marchitas, pintando á los *lazos de amor* con sus tonos de acero. Los tulipanes alzaban sus cabezas entre las matas en festejos del día, y el agua pregonaba en la acequia á compás del taladro, con su runrún fatigoso. Las fincas se divisaban como montoncitos pavonados; en la llanada, taheñas maduraban las mieses y cruzábanse las tapias como senderitos de hormigas, en las laderas, á la distancia. Los

cerros vecinos enseñaban la masa morena de sus piedras entre los frescos verdugales, y los sutiles vapores, que nacían en el Occidente, remedaban, al ganar las alturas, esos vellonados rizos que hierven en la mar en sus horas de calma.

Llamé de nuevo y transponiendo la verja dí algunos pasos...

—¡Muchacha! dijo una voz grave. ¿No oyes que llaman?

—Ya voy, mamá. ¡Es que estaba concluyendo de juntar mis flores!

Aquel timbre alcanzó á mis oídos velado y armonioso y creo que mis más ocultas fibras se dilataron para aspirarle, despertando en el corazón los miles de recuerdos que adormía en su regazo.

Entonces columbré una sombrilla que se alzaba detrás de unos arbustos, y por entre las ramas el vestido blanco de una mujer... La jardinera salió de la espesura y muy luego reconocí la blanca tez, los ondeados cabellos y los ojos azules de Mariana.

—¡Ah! ¿V.? murmuró perdiendo el color. ¿V.? ¡Ah! ¿V.? ¡Oh, Dios mío!...

Después me extendió temblando una mano, que yo tenía más gana de besar que de estrechar.

—Sí, yo, Mariana, le dije con la voz estrangulada por la emoción; yo, que antes hubiera dado mi vida por esas palabras... cuando le ofrecía mi porvenir entero en cambio de una promesa .. ¡Y cómo! ¿V. no me esperaba?

—¡Oh! sí; me contestó con una sonrisa de inefable ternura al tiempo en que su seno se preñaba de suspiros y sus ojos de lágrimas; siempre!... ¡Ah! Jesús... no puedo....

La pobre niña hacía inauditos esfuerzos para dominarse, pero su agitación la venció y rompiendo en sollozos, tuvo que apoyarse en mi brazo vacilando.

Así permanecimos un largo rato, inmóviles y mudos. Si aquello no es el cuarto de hora de la mujer, es por lo menos la piedra de toque del amor del hombre.

Entramos á la sala. Ella, con las mejillas trémulas, mudado el color, se apartó de mí y dejándose caer en un sofá, oprimióse la frente con sus manos. Allí quedó abismada, sin dar otra señal de vida que un ligero movimiento de sus hombros, que se alzaban de vez en cuando.. Aquel hondo lamento me ofuscó. Lloraba absorbida, callada, silenciosa; y su llanto, como una de esas lloviznas nocturnas de Diciembre, pertinaces y tibias, verdecía sus

extenuados recuerdos con todo aquel manantial que entrañaba su alborozo, como halagos del espíritu, como mil besos del alma despertada en su seno á las congojas de su perfecta envoltura.

A poco, delirante, riendo nerviosamente, llorando siempre, me decía con voz entrecortada:

—Clarence... ¡Oh! Clarence!.. Está aquí... Dios mío... si parece mentira.. Tres años... ¡Oh! tus cabellos... ¿Eres tú?... Mi gentil prometido... No veo... me quema los párpados... Nos separaremos... ¡Oh! jamás, jamás, jamás...

Con nuestras manos entrelazadas transcurrieron algunos instantes. Uno de esos momentos en que los labios callan y las almas se acarician. De pronto, desasiéndose de mí, continuó:

—Voy á anunciar á mamá su llegada. .¿Sabe V. tocar el piano? El mío es de Pleyel... Vamos!..... un pintor como V. debe ser amiguísimo de Pleyel... Ahí tiene en el atril á *I Capuletti ed i Montecchi*, mientras llega mi madre...

Quedé solo. Luego sentí su voz animada y alegre que venía del exterior y el murmullo de dos ó tres más con diferente timbre; escuché algunas exclamaciones, mi nombre pronunciado en tonos distintos y por último, ví que desde la pieza contigua un par de chicuelos me exa-

minaban curiosos, al tiempo en que la puerta que daba al jardín se abría para dar paso á Mariana, acompañada de su madre.

. . . . . .

Una semana después cambiábamos nuestro anillo de compromiso.

De vuelta á la posada me puse á contemplar el regalo de mi prometida, que tal vez representaba para ella, pobre como era, sus economías de muchos meses; la sortija era una simple tumbaga y tenía trazados, con puntitas de diamante, los siguientes diminutos caracteres:

¡Así sea!

*
* *

Una tarde entré sin llamar hasta la sala. Isabel andaba de visitas, y su madre, entregada, según costumbre á las faenas domésticas, recorría incansable desde el corral al comedor y de éste á la huerta. Mariana estaba sola, sentada en el sofá junto al piano; sus formas menudas y graciosas diseñábanse á medias bajo su vestido *mordoré* de seda; el cabello,

sujeto en una trenza ancha y floja, rodeaba la parte alta de su cabeza como á una escultura pagana.

Yo había visto las más hermosas mujeres del mundo entero; recordaba la gracia y finas extremidades de la limeña, las formas exuberantes de la vienesa, la desenvuelta elegancia de la parisiense, la atracción felina de la siciliana, las líneas turgentes de la polaca y el donaire y el encanto de la hija de Buenos Aires, la criatura más bonita de la tierra; pero en ninguna de ellas encontré esa belleza de expresión, que dominaba en las facciones de mi prometida en toda su energía. Tenía ese mirar límpido y sereno que parece escudriñar los senos más ocultos, la risa circunspecta y silenciosa, esa modulación de voz velada y ronca, tan propia á los movimientos íntimos de pasión concentrada y profunda. Su dicción, obediente á las primeras lecciones que recibiera de una institutriz extranjera, carecía de ese vicio común á todos los chilenos, que se comen las letras finales, como un vasco calmoso y torpe que pretende hablar en andaluz. En una palabra, podía haber mujeres más lindas, más estatuarias, más espirituales; pero más insinuantes, más significativas, más *mujer*, no.

Mariana me hizo señas de que ocupara un asiento junto á sí, tirando á un lado la costura; y acodándose sobre la rodilla izquierda, se puso á jugar con los dijes de mi reloj, al tiempo en que me decía:

—Hace algunos días que deseaba hacerle una pregunta, que impedía siempre mi madre ó Isabel, al entrar á cada instante á la sala. ¿Qué ha sido de V. durante ese larguísimo tiempo? ¿Dónde estuvo recluso? Me dijeron que había residido fuera de Chile. ¿Es cierto eso?

Estas simples palabras, con que yo no contaba, me turbaron en extremo, sin saber qué contestar. Yo debería de haber previsto aquello, pero lo inesperado de los sucesos, mi contento interior y la ansiedad de volver á mi interrumpida comunicación con la joven, me hicieron olvidarlo todo. Sostener la mentira de mi madre, es decir, que yo había permanecido en Italia, era cosa muy sencilla, pero, ¿cómo disculpaba mi silencio de esos tres años? Mariana, que no tenía dudas de mi cariño, ¿encontraría natural que no hubiese preguntado por ella ni una vez siquiera? De ningún modo. La verdad, por mucho que le hablara en pro de mis sentimientos, tampoco era posible. Sabía muy

bien que una exacta relación de lo ocurrido la hubiera satisfecho en demasía, halagando su cariño, su orgullo, cualidades predominantes en todas las mujeres. Pero... ¿debería decírselo *todo?* Ciertamente que Marcela era culpable, pero yo había concluído por hacerme cómplice en su delito. Justifiqué con el fin, los medios de que se valiera al principio. ¿Y tenía derecho para revelar la flaqueza de una mujer, confiada á la hidalguía de un hombre? Mi madre, además, estaba comprometida en el lance, y mi madre... era mi madre! Y por último, suponiendo que la mala condición de Marcela me autorizara á descubrir su secreto, ¿debería revolver el fango del deliquio de una hora, para arrojarlo al rostro de una joven inocente y pura, amargándola para toda la vida? No, entre la verdad, inmunda, de podredumbre y miseria y mi prometida, casta, virginal y honrada, había un abismo.

Mariana, advertida de mi distracción y que aguardaba anhelosa mi respuesta, puso sus dos manos sobre mis hombros y acercando el rostro tan cerca del mío que pude distinguir el terciopelo fino de sus mejillas, añadió:

—Vamos, amiguito, dígame V..., díme por qué me condenaste á dudar de tí, de mí, de

Dios con ese dilatado silencio? ¿Quería poner á prueba mi constancia? Debes estar satisfecho. ¿O ha estado V. enfermo... prisionero...?

Una idea instantánea provocó Mariana con su última frase.

—Efectivamente, contesté buscando las palabras. Ese fué el verdadero motivo... Yo me había afiliado á una conspiración... abortada... descubierta por el Gobierno. . y al día siguiente de nuestra separación, me aprehendieron... encerráronme en una fortaleza... lleváronme á bordo de un buque de guerra, que me condujo hasta las islas... No me permitían escribir... Ese cuadro te dará una idea de mis padecimientos en el destierro... Si el arte no acudiera en mi auxilio, creo que me hubiese roto la cabeza contra una peña, le dije concluyendo rápidamente mi improvisación.

—¿Una peña? ¡Pues qué! ¿Estabas en alguna gruta? Y si no te permitían escribir, á lo menos te entregarían las cartas de tu familia. ¿Su mamá le mandaría siempre la expresión de su tristeza?

—He vivido solo, como las cabras monteses, Mariana, respondí sombríamente. Creo, sí, que mi madre me escribió algunas cartas, que no llegaron á mi poder, pues hasta las

esquelitas de mi pobre hermana fueron interceptadas por el camino, según comprendí después. En esos tres años, Mariana, no hubo una hora en que tu recuerdo... ¡Oh! Mariana, mi alma estaba impresa de tus palabras... Sí, yo te contemplaba en los objetos que tenía en contorno... Sabía dar forma á las ilusiones que preñaba Al regreso de mis largas correrías por la sierra, te ponías en acecho detrás de una roca y allí, medio perdida entre la hiedra, pronunciabas distinta y cuidosamente mi nombre. Al volver la cabeza veía tus señas que me llamaban... Al dejar el lecho, en cuya cabecera te posaras como uno de esos ángeles guardianes que evoca el chicuelo asustado, sentía en mis mejillas el hálito de tu respiración fresca y pausada. En la primavera, mientras la llanura se vestía de margaritas rojas y vinagrillo rosado, entablábamos esos inenarrables discreteos de amor, que tanto apetecen los prometidos. Durante los rigores del verano, cuando los labradores dormitaban sobre sus gavillas, yo me hundía en la sierra, y á mis discordantes gritos tu voz respondía en sus ecos con triste y monótono sonido. Te veía tomar formas caprichosas entre la niebla; y las estrellas, el

aire, el espacio, en las estaciones todas, me recordaban tu nombre.

*
* *

Después de bajar al jardín subimos á su cuartito, de una sencillez casi monástica y que relucía como un cáliz de plata. Nos reclinamos al balconcillo. Por la derecha comenzaban á puntear en el horizonte con tonos diamantinos las primeras estrellas; el sol poniente entre las nubes naranjadas y grises, quebraba sus resplandores en la ventana, tiñendo de rechazo la frente de la joven con reflejos purpúreos; la brisa venía de la dormida anchura húmeda y apacible y las zarzas y la hiedra temblaban á su voluptuosa caricia; la llanura esparcía tristezas al entrar en la sombra y los grillos entonaban su persistente zumbido, su quejumbrosa oración de la tarde.

—Mira, me dijo la joven cogiéndome del brazo para posar en mi hombro su cabeza; desde aquí te divisaba cuando venías á colocar, ¿te acuerdas? esos ramitos que podrás contemplar en aquella cajita, hoy convertidos en

escoria balsamada. Tu guante se cobija amorosamente entre esas flores difuntas... Mira, añadió retirando el guante del polvo finísimo y moreno, con sus ramitas y palillos resecos; mira, ha absorbido el perfume de las flores, sus compañeras, pero no marca ninguna señal de mis besos, y sin embargo, es mi ocupación de todos los días!

Y la joven tocó con sus labios la prenda descolorida y gastada, como si fuese la reliquia de una santa.

En ese momento el crepúsculo invadió el paisaje entero con su media luz cenicienta, y el sol, que ya se había escondido, lanzó una violenta ráfaga que estremeció las hojas de los árboles como suspiro inmenso; y subiendo al balcón en remolino, desató los cabellos de Mariana, que cayeron pesadamente sobre sus hombros, marcando su semblante.

—Mira, musitó en tono vago, como ese vientecito de la Pampa, precursor de la madrugada, que roba su expresión al murmurio del agua en la represa, cuajado de los perfumes del bañado y que anuncia el llegar del pastoreo; mira, continuó la joven, echando atrás su cabeza, con un movimiento de graciosa coquetería que dibujó su seno pequeñi-

to y puro bajo su vestido de seda; V. fué el primero que hizo latir mi corazón de niña.. mis primeras lágrimas de pesar, como también mis últimas sonrisas de gozo. Yo conservé inmaculado este sentimiento para V... para tí, para tí solo! Cuando en tus desencantos de artista regreses al hogar cabizbajo y sombrío, yo estaré allí para compartir tus penas, atenuar tus dolores, endulzar tu agonía. Yo, paciente prometida de tu alma, encontraré un fondo inagotable de ternura, en reemplazo de la ambición engañada, de tus esperanzas muertas, para la fe perdida... Yo estaré al pie de tu lecho observando tu retorno á la vida, en signo de paz y de ventura. No soy más que una pobre muchacha, pero el cariño me concederá, lo espero, lo que me negó el ingenio. Soy como la margarita serrana que germina entre la greda...; como la desnuda y espinosa brusquilla, que encienden los calores de Marzo, y no obstante alegra con sus botoncitos de plata la cima de los altos albardones....

—¡Oh, sí, Mariana, interrumpí extasiado, al tiempo en que la joven parecía fundirse á mi amoroso contacto; tú tienes el sentimiento hijo del corazón, la belleza que engendra la

poesía...! Yo fuí la causa del primer palpitar de tu seno de mujer, como tú el motivo de mis primeras embriagueces de artista ¡Oh! pero esto es....

—Amar..., dijo la joven con los labios trémulos y húmeda la mirada.

Mariana inclinó ligeramente su talle y por dos veces sus brazos rodearon mi cuello. El cabello caía á montones, sedoso sobre sus espaldas, y de sus labios entreabiertos parecía sahumar hasta mí su respiración fresca y pausada, como recina de amor, de salud y de vida,—unción preciosa en soberano bautismo.

* * *

La luna besaba la copa de los árboles, la noche reinaba en el jardín y por todas partes el riente páisaje hacía creer en la felicidad; no se sentía otro ruido que el del agua, lamiendo los guijarros de la acequia y de tarde en cuando la tenca en su trinar sonoro, la brisa nocturna, suspirando en las ramas, acariciaba al pasar los tallos de las clemátides y madreselvas que se inclinaban gimiendo, robaba

á las resedas su fragante esencia y á los nenúfares sus semillitas que arrojaba á la tierra como un presente de amor.

Con la joven del brazo, á que se aferraba como si sus pies se negaran á sostenerla, descendí la escalera; dos minutos después nos perdimos en las revueltas sendas de un bosquecillo. Nos habíamos dejado caer sobre un banco de piedra, al pie de un corpulento castaño, sin ver nada de lo que nos rodeaba.

Entonces, con el infinito hacia arriba, la quietud en contorno y lo inmensurable en nuestros corazones, tocáronse nuestros labios por primera vez.

IX.

Nuestro enlace debería tener lugar en el mes de Mayo próximo. Mariana quería diferirle hasta el año venidero, pero yo me opuse tenazmente á esa dilación. Ansiaba llevarme

conmigo á la joven para guardarla como un objeto valioso. Mi madre y Susana habían hecho algunas visitas á San Bernardo y las brillantes cualidades de mi prometida ejercieron su influjo desde la primera entrevista. Mi hermana estaba loca de contento con una cuñadita tan hechicera, y como señorita del gran mundo admiró esa distinción innata con que sellaba mi novia la más sencilla de sus frases y la más ligera de sus entonaciones. Mi madre se resistió algún tanto; por espacio de dos horas estuvo arrebañándola con su vista marchita y apenas contestó á los obsequios de toda la familia. A pesar de sus buenos pañales, era como todas las americanas, para quienes la buena educación consiste en hacer grandes ofrecimientos, decir las verdades del barquero y servir en pedacitos el asado; pero cuando la joven, aconsejada por mí, le dijo encantarle las novelas de Arlincourt y que desde Sajón el Gramático hasta aquí no se había escrito nada comparable al *Confesonario de los penitentes negros*, su gozo no tuvo límites y al despedirse me estrechó cariñosamente la mano, murmurando:

—¡Es un ángel! Cuenta conmigo... Regálale cuanto quieras... Tira la casa por la ventana...

Los muebles corren de mi cuenta... como también la biblioteca...

Yo tenía la costumbre de llegar á su casa todas las tardes. Ella me aguardaba junto á la verja del jardín, sentada en uno de sus poyos laderos de piedra; poníase luego un sombrero de paja, tomaba su sombrilla, acerrábase á mi brazo y salíamos de la aldea, buscando los lugares más solitarios, pues el amor, como el sufrimiento, aficiona del misterioso sosiego.

Entonces recorríamos la campiña en todas direcciones, costeábamos los cercados de tapias, los campos de trigo y las vegas silenciosas, aspirando á plenos pulmones los efluvios de las vides, de los viales de pinos verdescuros, del alfalfa terreada y periódicamente humedecida; y de ese modo nos alejábamos muchos kilómetros de San Bernardo.

Al acercarnos á las primeras quebradas que ondulan en el Occidente, yo me dejaba caer, cansado, debajo de una de esas plantas ramosas que crecen entre las piedras, mientras mi compañera, recostada en una peña, á pocos pasos, con la sombrilla oprimida entre sus rodillas y su sombrerito á la espalda, me contaba sus pensamientos de la noche anterior y sus esperanzas para lo venturo. De contino,

cuando veíamos ocultarse el sol tras las empinadas lomas, cuando la brisa rasaba el asperón, haciendo temblar las hojas carnosas de los nopales, Mariana, que ansiaba volar por otras regiones á que su imaginación de artista la elevara, me inquiría el mecanismo del universo y esa proporción sabia en la escala de los séres, cuyas gradas no conocía, pero que veía pasar ante sus ojos como una cadena inmensa, á modo de fantásticos cosmoramas. La joven tenía una aptitud prodigiosa. Su sensibilidad exquisita, la profunda atención con que me escuchaba y su natural poesía le permitían seguirme en mis excursiones á la geognosia, la botánica y la filosofía. Entonces yo ponía patente ante sus ojos el misterio de las armonías creadas, explicándole cómo el sol, artífice grandioso de nuestro sistema planetario, tiró de un poco de arcilla todo lo que bulle en el mar, el llano y la montaña; desde el baobab al junco, del elefante al infusorio, desde el caimán á la oruga. Registraba las remotas edades, evocando las generaciones primitivas, como terrígenas sombras, en procesión inmensa, efímeras como unidad, como cantidad imponentes, vagando sobre la tierra, temblosas y desnudas, para devolver en seguida el polvo al polvo,

mientras el alma asciende hasta ese Imán titánico, suprema recompensa de la Bondad suprema.

*
* *

Hacía mucho que yo deseaba tomar un croquis de Santiago y me pareció que el punto mejor para mi objeto era Peñalolén—desde allí tendría la ciudad á vista de pájaro.

Una mañana salimos de San Bernardo y tomamos el tren de la ciudad; el resto del camino deberíamos hacerlo en carruaje.

Su hermana Isabel nos acompañaba.

Peñalolén es una inmensa mole, puesto avanzado de la Cordillera; desde su cumbre se divisa la ciudad como un panal de miel silvestre, cuyas cavidades lo formarían sus calles, mientras que los campanarios de las iglesias y las cinco ó seis docenas de edificios modernos que lo accidentan, parecen otros tantos verdugones.

A cierta altura, el carruaje tuvo que detenerse.

Continuamos marchando á pie y en espiral hasta cerca de la cima.

Esta es una especie de cono suavemente encorvado. El costado oriental proyecta un plano de ocho á diez metros de rapidísima pendiente.

A su pie habían quedado las dos hermanas.

Echéme los instrumentos á la espalda; y culebreando, andando á gatas por la resbaladiza piedra conseguí llegar hasta la cumbre, formada de una meseta de algunos metros de diámetro.

Desde allí dominaba la ciudad por completo.

Me preparaba ya á colocar mis útiles en tierra, cuando se me ocurrió dirigir la palabra á mis compañeras.

Inclinéme sobre el pequeño precipicio y las contemplé algunos segundos.

En ese momento una racha violenta me azotó el rostro, llevé las manos á la cabeza para sujetar el sombrero, perdí pie y me sentí caer rodando vertiginosamente sobre un suelo que parecía huir ante mi cuerpo.

Caí á pocos pasos de ambas mujeres, bastante aturdido, pero sin mayor daño que algunas contusiones.

Levantéme riendo para tranquilizar á Mariana. Aquella estaba entre los brazos de

Isabel, con los ojos entornados y tan pálida que parecía muerta.

Me había visto caer, había llevado las manos al pecho, dado un grito y caído de espaldas.

Hice saltar de un tirón los broches de su vestido, poniendo al descubierto la garganta y los hombros.

El corazón parecía mudo, el pulso apenas latía.

Tenía la boca contraída como por un dolor interno y sordo, irregular y ligera su respiración.

—¡Agua! dijo Isabel.

Me incorporaba para buscar en derredor alguna vertiente, cuando Mariana abrió los ojos.

Corrí hasta ella y levantéla como á un niño, estrechándola con todas mis fuerzas.

Me apartó dulcemente y quiso ponerse de pie.

Sentía una gran fatiga y respiraba con dificultad.

Toméla nuevamente en brazos y comencé á descender la cuesta, seguido de Isabel.

Hizo un esfuerzo para desprenderse de mí, pero, vencida por el dolor, dejó caer la cabeza sobre mi brazo, lanzando un gemido.

Se quejaba de una punzada terebrante en el pecho, en el hombro y hasta en el brazo izquierdo; lanzó dos ó tres gritos y en los intervalos decía, llorando, que un peso ardiente desgarraba su pecho.. lo aplastaba y hundía hasta incrustarlo en la espina dorsal.

Dos ó tres veces su cuerpecito tembló en mis brazos de una manera poderosa.

Poco á poco nos fuimos acercando al carruaje.

El cochero, que había asistido desde lejos á la anterior escena, nos salió al encuentro.

Ordenéle que marchara lo más suavemente posible y guiase á casa del doctor Anguita, uno de los jóvenes médicos más distinguidos de Chile.

Sentéme en el asiento del fondo, sosteniendo á la joven sobre mis rodillas.

Isabel llevaba consigo un pañolón de viaje, desarrollólo á una señal mía y envolvió cuidadosamente el cuerpo de su hermana.

Cuando llegamos á Santiago, se había dormido...

Seguimos por la Alameda, y al cabo de cinco minutos, después de doblar á la derecha, nos deteníamos ante la casa del inteligente facultativo.

Cuando entrábamos á su estudio dijo que su mal no tendría resultados graves, pues con sólo un cuarto de hora de sueño había reparado sus fuerzas.

En efecto, su semblante expresaba la plácida serenidad de costumbre y dos círculos amoratados alrededor de sus ojos era el único vestigio de la pasada crisis.

El médico la examinó largo rato; después entró á la sala de espera y llamándome aparte, dijo:

—Tengan mucho cuidado con esa niña...

—¿Qué hay, doctor? interrumpí en una agonía imposible de describir. ¿Tan enferma está?

—He conocido mucho á su padre... murió de una angina pectoral... la misma enfermedad que tiene su novia de V.

—Pero, ¿esa enfermedad tiene remedio? Doctor... mi fortuna... mi vida...

Un sollozo me cortó la voz.

—No es necesario, me contestó sonriendo; con cuidarla mucho y esta receta... que ordena cierta cantidad de opio... que tomará cada doce horas, la verá V. libre en poco tiempo... ¡Ah! es indispensable, absolutamente indispensable, ¿me entiende V.? es indispensable que le ahorre V. emociones... Nada de bailes,

ni de paseítos por entre las sierras... El mejor médico será V. mismo... Otra agitación de ánimo, repito, la mata de seguro...

—¿De modo que V. se atreve á responder de su vida? murmuré estrechándole las manos.

—Si se hace lo que prescribo, sí. Dos cucharaditas todas las noches y una por la mañana...; guerra abierta á los sustos... á las alegrías extremadas. Si en estos dos días le repitiera la sofocación, cosa que dudo mucho, doble V. la dosis, y en vez de dos déle cuatro cucharadas.... Yo iré el jueves á verla.

—Luego... conque mucho cuidado, tranquilidad de espíritu y dos cucharaditas bastan para salvarla, ¿no es así?

—Cabal. ¿Salvarla...? Sí, hasta cierto punto.

—¿Cómo hasta cierto punto?

—¡Oh! Dios mío, sí ¿Cree V. acaso que no haya de morir algún día? ¿Se figura V., mi buen amigo, que ha de quedar para semilla? Digo que no morirá hoy ni mañana... puede vivir... cinco años... diez... y aun veinte y venticinco...; pero... en fin, la espada de Damocles no está suspendida de un cabello sino de una emoción. Líbrela V. de ella y podrá ser madre... y ¡quién sabe! tal vez, abuela. Déle otra emoción como la de esta mañana

y antes de cuarenta y ocho horas la llevan al cementerio. Le parezco brutal, ¿eh? Son los gajes del oficio.

Cuando nos despedíamos me dijo nuevamente estas palabras:

—Seguro. Calma, tranquilidad, dos cucharadas. Una impresión es la muerte, rápida, fulminante... sin decir Jesús.

*
* *

Don Dimas de Torrecilla, aquel señor de pendón y caldera, mitad apostólico mitad político y representante de la chileña aristocracia, continuaba dando tertulias todos los sábados en su *chalet* de San Bernardo. Camalote, que era uno de sus concurrentes más asiduos, llegaba por lo común los viernes al anochecer, se hacía preparar una cama en mi cuarto y dormía hasta las doce del día siguiente, para dirigirse luego al lugar de la fiesta. Esperábale Torrecilla con cuatro ó cinco de sus más íntimos amigos y entre charlar y beber pasaban alegremente la jornada. En el fondo de la casa había un cuartito es-

pecial, destinado á los «marinos de agua dulce», como decía ingeniosamente Gabriel. Sin embargo, esa habitación permaneció siempre solitaria, pues aun cuando muchos de los catadores volvieran á casa más bien en cuatro pies que en dos, hubiesen creído indigno de su nombre, de su arrogancia y de su nacionalidad, recurrir al lecho por un decalitro más ó menos. Entonces, cuando los vapores del vino caldeaban aquellos cerebros, tan obtusos y rudos de ordinario, era que se discutía al pormenor la política tramontana; entonces era cuando les atacaba con mayor furia sus ideas de colonización por medio del saco y el incendio. Soñaban con extender el territorio hasta más allá del Istmo y mucho más lejos de las tierras Australes.—El *pescado* grande (decían) se come al chico, no hay que darle vueltas; la naturaleza, pues, nos da el ejemplo, y el querer substraerse á ella es una quimera. Cuando aquellas arduas cuestiones comenzaban, de tanto revolverlas, á extraviar su criterio, acogíanse á Torrecilla, cuya erudición era bien conocida. Don Dimas ponía entonces á tributo su buena memoria, la cual siempre le sugería alguna anécdota que confirmaba las teorías de aquellos

cultores de Baco y de Mercurio; mentaba luego la irrupción de los Vándalos y dos ó tres aforismos de Diego Corriente y Jaime el Barbudo.

Una noche resolví acompañar hasta el sitio de la jarana á Gabriel, por un par de horas. Sabía que Torrecilla acababa de adquirir la marina de un pintor porteño, á quien llamaban el primer colorista de Chile. Encontré en aquella tela un gran defecto: la prolijidad, enemiga mortal de ese género de pintura. Empero, el movimiento, el colorido del agua y el horizonte perdido entre vapores tenían una verdad que me sorprendió. Después he visto algunos otros trabajos suyos en casa de Moder, y en todos observé las mismas cualidades y los mismos defectos...

—¿Quieres que nos vayamos? Yo, de mi parte, tengo bastante para esta noche, díjome Gabriel, que entró á buscarme á la biblioteca, la cual, como recordará el lector, si hace memoria, era el arca donde aquel Noé con pantalones rejuntaba lo innecesario.

—Aguarda, pasemos por la sala á saludar á la dueña de casa. ¿Tú la viste ya?

—No, en cuanto te dejé marchéme al tabernáculo, donde están todos los sacerdotes cele-

brando el sacrificio... en tanganillas. ¿Escuchas el ruido de los tapones?... Con cada botella que tragábamos descubríamos nuevas tierras. Tasa Real, que tiene catorce entre pecho y espalda, trata de conquistar la Guayana; á Cisneros le ha dado la treta por pintar en las paredes un tremendo invento suyo, á la vez cucharón y carabina y con el cual, al frente de sus legiones, espumará hasta los guijarros de Nicaragua; Remolienda asegura que esa inmensa zona de tierra, comprendida entre Bahía Blanca y Patagones, es soberbia para la viña y que muy luego plantará allí cepas de Lontué. Torrecilla está entre San Juan y Mendoza.

—¿Cómo cultivas las relaciones de un hombre tan desacreditado como él? Francamente, Camalote, te desconozco. ¿Tú en aparcerías con...

—¿Por qué me dices eso? ¿Porque perdió á la ruleta en una sola noche la fortuna de su familia? En cambio recuperóla en dos meses, con los capitales de unos huérfanos encomendados á su tutela, lo que revela su espíritu próvido en recursos. ¿Que su último hijo es el vivo retrato del presidente de la Cámara, murmuran los malsines y que á esto debe su nombramiento de diputado? Prueba de que

reina mayor armonía entre los parientes por afinidad que los que lo son por la sangre ¿Porque desertó tres veces seguidas del partido conservador y otras tantas del liberal? Pero, amigo, ¿de dónde bueno? Bien se conoce que estuviste *sucuchado* en una huronera. Si un político se propusiera ser leal, no pasaría jamás de escribientillo de oficina.

Mi presencia en aquella sala causó un verdadero diluvio de presentaciones y saludos. Encontréme también con muchísimos conocidos. Alquicel, Cañadones Ortiguera y el General Conti recorrían de un grupo á otro, dirigiendo palabritas de miel á las muchachas, sonrisas á la dueña de casa y epígramas á los maridos bonachones.

A poco principiaron unos lanceros.

Grébano, aquel corresponsal de un diario bonaerense, que conocí en casa de Camalote, era también de los danzantes y llevaba á Marcela del brazo. Dejéme caer en un sillón, temporizando con los movimientos de las parejas. Marcela, en las figuras que la cadena le obligaba á hacer, venía á colocarse frente á mí, á pocos pasos, y cada vez que su mirada chocaba con la mía, su pupila encendía no sé qué ardientes efluvios que me cegaban. Marcela

había cambiado mucho en los tres últimos meses; estaba sumamente delgada; su rostro fino y elegante tenía una movilidad particular, como si cada uno de sus músculos estuviera en perpetua tensión. Sus ojos, lucientes como un carbúnculo y rodeados de un círculo lívido, acusaban tenaces insomnios; aquellos labios de tan purísimo corte aparecían contraídos por un tirón interior, perenne y cuasi convulsivo. Al andar, con su pasito airoso y breve, el muslo, el seno y las caderas se dibujaban en su vestido de raso con tonos ricos y armoniosos. Aun sin querer, sin darse cuenta de ello, como cosa espontánea y natural, imponía á sus actitudes una audacia increible, pero redimida por la expresión ambigua de sus ojos, de su boca sarcástica, de su frente ceñuda y orgullosa. Su cuerpo prometía; su semblante negaba.

Su lujo era insultante; su peinado caprichoso; recibía sus trajes de París, amoldados, á su medida no, á su caracter extravagante y novelesco.

En las pausas del *vis-à-vis* Marcela se agitaba como en un hormiguero; seguía la música con el movimiento de su cuerpo, de su cabeza, de sus manos, que temblaban por remesones fe-

briles; su piececito parecía atacado del mismo furor de locomoción, hiriendo el alfombrado con golpes menuditos que hacían marcar su rodilla al través del ajustado vestido. Por momentos la atacaba una rigidez de estatua; llevábase el pañuelo á la boca para ocultar sus bostezos, dejaba, sombríamente, caer su cabeza sobre el pecho; luego alzaba la frente, encendida de manchitas rosadas y desiguales que desaparecían como un relámpago, para dar lugar á su primitiva palidez Cuando hacían la cadena, por la cosa más insignificante, porque el piano apresuraba el compás, porque se le caía el abanico, ó su compañero no llevaba guantes y le sudaba el vestido al agarrarla del talle, se impacientaba, se encolerizaba hasta tal punto, que todos la miraban con extrañeza. De repente acometíala inmotivado alborozo; entonces era que seducía con la oportunidad y la gracia de sus ocurrencias; tenía para cada cual, al estrecharle la mano, al saludarle, una de esas frases que nada significan, pero que sin embargo tanto enorgullecen á los hombres. Luego, su contento no tenía límites, soltaba pequeñas carcajadas, y como quisiera contenerlas retozábale la risa en el cuerpo, haciéndole temblar la garganta

y el seno. Ya no se contentaba con reir para sí misma, quería hacer partícipe á los demás de su alegría; reíase entonces de la calva de Torrecilla, que asomaba por la puerta de la antesala, del lunar de aquella, del peinado de la otra, de las enormes orejas de la de más allá, de la nariz aventada de la señora de Higuera, del mal gusto del empapelado, de la pretenciosa explendidez de las cortinas. Momentáneamente se quejaba de frío y trataba de plantar á su compañero para ir á arroparse al tocador; luego se echaba aire con el abanico, encendíasele el rostro, pedía que abrieran las puertas y ventanas, porque «era un horno aquella casa». Se moría de sed. Cuando pasaba la bandeja de licores cogía ansiosamente el botellón del agua, para beber con voluptuosidad rabiosa. Después pedía te con leche, dulce, frutas, cualquier cosa que apaciguara aquella enorme cantidad de agua que tanto le repugnaba, que tenía sabor á alquitrán, á melón verde y que como una bola aceitosa desde su pecho a la garganta brotaba helada, tenaz, martillando sus sienes, sus oídos, abrumándola, pellizcándola, ahogándola...

Hubo que interumpir los lanceros. Marcela,

que se había calmado algún tanto, merced á una poción de bromuro que su madre, azorada, acababa de traerle de la pieza contigua, paseó la vista en torno del salón é indicó á su compañero un asiento vacío á mi lado. La joven se dejó caer en él. A su anterior excitación sucedió, muy luego, profundo descaecimiento y una tristeza mortal. Con la cabeza baja y los ojos clavados en el suelo, apenas respondía á las cuestiones que con afectado interés le iban dirigiendo las parejas á medida que pasaban .. Dos ó tres veces la sentí llorar; pero un llanto recóndito, dolorosísimo, tanto más doloroso cuanto sus lágrimas refluían sin asomar á sus párpados, ardiéndola como interior quemadura. Por fin, siempre con la cabeza inclinada y retorciendo un pañuelo entre sus manos, me dijo lentamente y con acento de profunda melancolía.

—Luego... ¿no hay duda? ¿Te casas?... ¡Oh! ya lo sabía!.. ¿Es cierto eso? Responde.

—Escucha... Yo...

—¡Nada de disculpas! ¡La verdad! ¿Es cierto?

—Sí.

Un sollozo roncó en su garganta.

—Está bien, murmuró después de una pausa. Bien... Anda... no te detengas... Qué te impor-

ta lo que yo pueda... ¡Y cómo! ¿Crees tú que yo...? Está bien. Adiós.

Se levantó con la fisonomía alterada.

Grébano, que estaba á poca distancia, le ofreció su brazo,—no lo aceptó; y al llegar á la puerta de la antesala volvióse para contemplarme por última vez y me espantó la expresión de su rostro. Estaba de color ceniza, tenía los ojos mortecinos, se hinchaban las venas de su cuello, y su boca, inclinada, enseñando la blanca dentadura, sesgábase á modo de trágica sonrisa.

Sus palabras me lastimaron con extremo. Yo me sentía mal allí. Experimentaba... ¿qué? Remordimientos nó. Estaba cuidadoso, intranquilo. Trató de escapar de aquel lugar; abandoné la sala y pasó al comedor.

—*¿Qué hubo?* ¿V. por aquí, señor de Río Santo? me dijo el general Conti, que sentado á la mesa, destripaba concienzudamente una de esas botellas pequeñitas de cerveza inglesa. ¿Ha venido solo? Muy mal hecho. ¿No está *templao?* Estee...

Interrumpióle un sonido extraño que venía de las piezas interiores, como diabólica orquesta. Escuchábanse zurridos insólitos, voces vagas y confusas, cristales que se rompían,

una puerta que se cerró violentamente y tres gritos como tres aullidos que me helaron la sangre; luego ese mismo grito continuó, apagándose... Desde la sala empezaron á acudir las gentes asustadas.

—¿Qué hay? ¿Qué cacofonía es esa? preguntó Gabriel, entrando precipitadamente. ¿Qué es eso, Clarence? Lo sabes tú?

—No se asusten, señores, es que á la Marcelita acaba de darle un paroxismo, contestó la de Torrecilla, haciéndose aire con el pañuelo, al tiempo que hablaba con suma rapidez.—Sin duda á causa del calor ó por la aglomeración de gente... Tuvimos que sujetarla entre la señora de Higuera, Andrea, su madre y yo... Quería revolcarse por el suelo. ¡Qué susto nos hemos llevado! Arrojó espuma...

—¿Por dónde, señora? preguntó gravemente Gabriel.

—¡Por dónde ha de ser! Por la boca. ¡Si viera, Camalote! Tenía la vista extraviada como un muerto, los puños apretados, movía los brazos, estiraba las piernas, saltaba para arriba...

—Pero, señora, ¿por que no me ha llamado V.? Esos ataques requieren fuerzas de hom-

bre. Yo solito, sin necesidad de nadie, la hubiera puesto en situación de no arañar... Le hubiera dado unas friegas... suministrado calmantes... ¿No es verdad, Alquicel?

—Ignoro de qué se trata, respondió aquel, que entraba.

—Decía á la señora de Torrecilla de los Zaragüelles Roelas, que para tenérselas tiesas á una histérica... para sujetarla, se necesita la pujanza de un hombre... y tal vez de dos... ¿No le ha puesto sinapismos? Los sinapismos son muy buenos para el histerismo... Se los pondré, si quiere.

—Pero, cristiano, ¿quién le ha dicho que sea histerismo el mal de esa niña? Es simplemente un desmayo, una descompostura... Esa inmensa cantidad de agua... Se puso roja como un tomate... ¿V. acudió al ruido?

—No, al olor.

—¿Cómo, al olor?

—Sí, las mujeres han de haber abierto tantos pomos de esencia ahí dentro...

—Pues vea V., yo no he sentido ninguno. Verdad es que... ¡ejem! este resfrío me ha tabicado de tal modo las narices... Lo que precisa la pobrecita, ahora, es una taza de chocolate.

—Lo que necesita es tranquilidad, dijo la

de Higuera, cerrando tras de sí la puerta, después de entrar,—ahí queda aletargada.

—Necesita... estee... necesita sueño, observó Conti.

—Descanso... murmuró Grébano.

—No señores, lo que necesita es una inyección de *hõminis extractus*, replicó Gabriel, poniéndose el abrigo y alcanzándome el sombrero.

—¡Ah! pobre Marcelita! continuó en tono plañidero la de Torrecilla; debe tener el cuerpo lleno de chichones, de tantos botes como ha dado! Decía, entre dientes, que una pelota le boyaba en el estómago...

—Ya sabemos á qué atenernos, dijo Gabriel en voz baja. ¡No es mala pelota la que ella necesita! Como si no supiéramos que casi todas las noches aturde el barrio como una gata, de puro gritar... A pesar de todo, bien pudiera ser alguna añagaza para hacerse la interesante. Esta Marcela tiene más vueltas que un sebo de tripa... Vamos, Clarence, hijo mío, que ya son las dos... ¡Ah! oye tú, Corresponsal, ¿vienes mañana con nosotros á Santiago, ó te quedas aquí hasta el lunes?

—Me quedo, porque tenemos proyectado un *pololeo* por las inmediaciones; habrá *malhaya*, chicha, *chinchules*, cueca, *corrida del*

pato, y como es un espectáculo nuevo para mí no quiero faltar.. Hasta el martes, pues. Nos veremos... ¿Dónde quieres que nos veamos?

—*Donde* Gage.

—¿A qué hora?

—A las siete, como siempre.

—Entonces, hasta el martes.

—Adiós, narigón.

X.

Al día siguiente me sorprendió en extremo encontrar á Marcela en casa de Mariana, departiendo con toda la familia en el corredor. Me acerqué para saludarla. Sus facciones marcaban una expresión de calma y de benevolencia que me confundieron. Vestía un traje obscuro, serio; su semblante correctísimo y gracioso, de una palidez casi sobrenatural, contrastaba con el desorden de la noche anterior como esas serenas noches de los trópicos, sucediendo á sus ventosas tardes agitadas. Su

misma voz, de estridente y metálico sonecillo parecía teclear con flexibilidad musical esas entonaciones pardas, que endilgan la atención al agasajar los oídos. Aquel tono picaresco, aquellas salidas tan peculiares á su carácter, aquellas palabras de doble sentido que formaban la base de sus pláticas de confianza, cedían su vez á un razonamiento sabroso y elevado, que encantó á la reunión entera y que fué un nuevo sobresalto para mí, pues adivinaba no sé qué oculta asechanza en la nueva faz con que se me ofrecía; pero diez minutos luego, cuando Isabel nos llamó desde el comedor para servirnos el té, Marcela, que de intento ó casualmente marchaba á mi lado, disipó la primera impresión con algunas palabras que me dejaron casi tranquilo.

Desde entonces se hizo asidua visitante de las de Katerinne, en cuya compañía pasaba horas enteras, especialmente de noche.

Sentábase en el rincón más apartado y allí, oculta detrás de una cortina, nos devoraba con la vista.

Nosotros no veíamos nada de lo que nos rodeaba...

A veces se presentaba Marcela elegantemente vestida y cubierta de joyas; aquella

prodigalidad de adornos contrastaba con el sencillo ropaje de Mariana, cuyo único tocado consistía en un ramito de madreselvas.

Parecía que Marcela, con su picante hermosura, realzada por su expléndido traje, quería eclipsar las gracias enfermizas de mi prometida.

Marcela, con su palidez de nácar, sus ojos de endrino, su exuberante cabello, su mórbido cutis y sus posturas llenas de voluptuosidad, parecía decirme «Mira y compara.»

Mariana, con sus delicadas formas, su transparente palidez, su triste semblante, su mirar profundo, su seria sonrisa, el velado timbre de su voz, la melancolía de su carácter, la sobriedad de sus ademanes y la dulzura de su trato, me hacía creer en las delicias de ese mundo olvidado, patria de nuestras almas y que llaman el cielo.

*
* *

—Observo que Marcela, aunque muy joven todavía, comienza á contraer los caprichos de las solteronas, entrometiéndose en los asuntos ajenos, me dijo riendo Mariana una noche, á pocos instantes de entrar.

—¿Por qué? le respondí un tanto cuidadoso.

—Esta mañana estuvo aquí para hacerme un verdadero Ollendorf de preguntas. Preguntóme que cuándo nos casábamos; que si era verdad que tu madre te hacía construir una villa, á inmediaciones de Rancagua; que si tú me habías hecho muchos regalos y por último quiso saber si continuabas visitándonos todas las tardes, como en el mes pasado. Cuando le hube dicho que ahora venías sólo por las noches, permaneció un momento pensativa, luego se despidió y salió.

—¿Y á qué atribuyes esa curiosidad? le pregunté.

—Al interés que se toma por todos Vds.... ¡Ah! oiga V., amiguito. ¿Cómo es eso que estuvo en un baile sin mi permiso?

—¿Quién te lo dijo? Marcela?

—No, las de Higuera.

—¿Estuvieron aquí? Cuándo?

—Hoy á las tres.

—¿Y cuál fué el motivo de su visita?

—Un recadito que debían darme de parte de tu mamá, á propósito de unas tarjetas que mandé hacer *donde* Baldrich. Parece que se encontraron con ella en la Merced... ¿En la Merced?... Sí, en la Merced fué. Tu madre

las acompañó hasta el Comercio y creo, no estoy segura, que almorzaron juntas—estos últimos preparativos me absorben de tal modo... estoy tan desmemoriada... tengo miedo, Clarence, no puedes figurarte...—; en seguida las llevó á la Alameda para mostrarles un magnífico *chalet* que acaba de comprar para tí y de que nada me habías dicho.

—Cierto, en la Alameda, frente á la estatua de Buenos Aires; lo he aceptado con preferencia á su casería de Rancagua. ¿Y qué? no eres de la misma opinión?

—¿Respecto á la casa ó al *chalet* de Santiago?

—Sí.

—Pues bien, no.

—Prefieres...

—No me gusta Santiago...

—Mira, hija mía, interrumpí engañándome por aquellas palabras; puesto que eres jóven y feliz, puesto que amas y eres hermosa debes aspirar esos placeres que ofrecen las grandes capitales. En cuanto pueda te conduciré á Nueva York, San Francisco ó Buenos Aires. Allí encontraremos centros más populosos y sobre todo menos tristes que Santiago. Allí una sociedad cultísima, rodeada de todas esas

exigencias del lujo que hacen de la vida un paraíso; en ese cerebro donde se elaboran las ideas que alimentan la América con sus arterias inmensas...; allí te admirarán los hombres, serás envidia de las mujeres... En cuanto á mí, me creía un espíritu contemplativo; me equivocaba; y en esa vida intranquila quiero la lucha diaria, los aplausos y el ruido. Esas aclamaciones del renombre, esas mil voces de la publicidad embargaron mi sér entero como una singular armonía, sorbiéndome con sus irresistibles imanes; probé sus inauditas embriagueces y vendíle mi alma por un puñado de coronas; es la montaña en que Satán ofreciera á Jesús los tesoros de la tierra—¡qué rápida su pendiente y cuán empinada su altura!..

Mariana, que tenía una hojita de madreselva entre sus dedos descarnados y finos, la llevó hasta sus labios y mordiscándola suavemente no me dejó concluir para decirme:

—¿Quieres, que, franca te revele mis deseos? No abandonemos á Chile, no nos retiremos del campo. ¿Crees tú que dependa la dicha de la opinion agena? Yo no soy misántropa—no he vivido lo suficiente para temer á los hombres, ni sufrido bastante para guardarles

rencor—pero creo que el bienestar es un regalo de la obscuridad y la ignorancia; hay sentimientos recelosos de la luz, como el chañar en flor, tímido del sol que lo marchita y profana; la dicha interior exige el culto en el retiro, la religión del silencio, la quietud en las sombras; todas esas embriagueces del lujo, de la moda, de la ambición satisfecha no las quiero; amo el misterio, el espacio, el horizonte infinito, la enajenación conmigo misma. ¿Qué vale la magnificencia de ese gran mundo en que tú reinarías para mi continuo sobresalto? Vanagloria, Clarence. ¿Qué la nombradía? Nada, ruidos sonoros que aguijan el orgullo sin dejar huella en nuestros corazones. Me gusta la música, es cierto, ó por mejor decir, me gustaba; en adelante cambiaré el atril por el plumero. Mi madre me ha dado en estos últimos días la clave de la felicidad doméstica, diciéndome que la paz del matrimonio dependía siempre de la mujer; que adivinara tus deseos y ciegamente los practicase; que no te contraríe jamás; que amolde mis gustos á los tuyos; que no trate de convertirte sino de estimularte con mi ejemplo; que esconda en una alcancía las sobras de tus prodigalidades; que

procure ocultarte mi primera cana y te ame por tus defectos más que por tus cualidades; me acostumbre al olor del tabaco y no use de la jaqueca sino cuando sea absolutamente indispensable. ¿Qué sentimiento tan tibio el que me inspiras, que no esclaviza mi albedrío, permitiéndome argüir tus aficiones? No puedo analizarle; te amo, vivo de tu presencia; es una sensación que escapa al examen, como esas gotitas de azogue vivo que se escabullen al cálido contacto de los dedos... Para tí la existencia consiste en la lidia, en el dudar eterno, en las bruscas mudanzas de la aflicción á la alegría y de esta á la aflicción, en la inquietud constante. Si mi entendimiento no corre parejas con el tuyo, en cambio mi corazón lo extralimita y te enseña por mis labios:

«Soñar, he aquí la ventura; creer, he aquí la felicidad; esperar, eso es la vida.»

*
* *

Al otro día, á primera hora, me avisaron que una mujer pedía permiso para hablarme. Mandéla entrar á la pieza contigua y á poco,

después de vestirme, puso en mis manos una carta en que se leía:

«Te espero esta tarde á las dos en punto. Estaré sola. Ven por la puerta del jardín. Mamá y Andrea se encuentran en Linderos. Esta no es una cita de amor. Quiero romper con el pasado. Considero la magnitud de mi falta y temo las vindictas sociales. Tienes mi honra entre tus manos, dispones de mi buen nombre. Ven y asegúrame de viva voz un eterno secreto. Invoco el mucho cariño que te he profesado, imploro tu clemencia... Ya que no puedo llamarte mío, reduciréme á contemplar tu dicha desde lejos. Si el amor feliz es el más egoista de los sentimientos, las grandes abnegaciones anidan en el dolor sin esperanza. Ven, por Dios. Olvídame, injuria, ultraja, pero no me desdeñes. Recuerda que te he amado y tranquilízame.

«MARCELA.»

..

Por un movimiento espontáneo, al pie de su mismo billete, tracé las siguientes palabras:

«Aguárdame á las dos en punto.

«C. DE RIO SANTO.»

Aquella carta de Marcela me alivió de un gran peso. Confiésolo: no esperaba una resolución tan conforme á mis íntimos deseos. Cuando la ví por primera vez en casa de Mariana, acometióme violento sobresalto. Consideraba su persona como un abismo constantemente abierto entre mi prometida y yo. Con su naturaleza ardiente y viciada y su carácter caprichoso, en un arranque de celos hubiera sido capaz de revelarlo todo. Su carta no me engañaba. Con este nuevo embuste me convencía una vez más de que si las pasiones están sujetas á mudanza, el carácter, trasunto del alma, no. El carácter es un zapato que, por mucho que se estire y envejezca, conserva siempre la forma primitiva del pie que le amoldara.

Además, yo era hombre y como tal sentía esa vanidad pueril que tienen todos de ser queridos. Y á seguido, en lo más profundo de mi conciencia, como terca carcoma, taladraba una escena pasada, de voluptuosidad extraña, de enfermedad rabiosa. Al solo recuerdo de aquella inaudita aventura, yo, joven, lleno de lozanía y brío, experimentaba esos sensuales extremos que ponen vendas á la prudencia, que perturban la razón, que inun-

dan el sér entero con un hambre frenética. Esta es la diferencia que existe entre uno y otro sexo. La mujer, sacrificio perpetuo, abnegación absoluta, entrega por amor su cuerpo, como entregaría su vida, su alma si pudiera disponer de ella; brota su corazón el cariño como proyecta luz el sol y transmite vibraciones el aire; su organismo lo comanda, su sensibilidad lo impera. El amor es, casi siempre, para el hombre, el hervor de la sangre, los instintos genésicos engalanados con los colores falsos que la fantasía quiso prestarle; saciados aquellos, la mujer es un trapo viejo que se arroja en los rincones. Dase el hombre por los espasmos que el amor ocasiona; tiende su espíritu á su etéreo principio y entierra sus pies en charca impura; sorprende el misterio del infinito y le engrillan los apetitos de la bestia.

Había venido el amanecer, fresco, vaporoso y manso, una de esas mañanas nebulosas de Abril. Con el pecho agitado de esperanzas y la imaginación cuidadosa, salíme de casa, encaminándome á las afueras del pueblo, para repasar un sitio y otro, con precipitada andadura. Se dan momentos que transcurren con suma lentitud; en que si uno anduviera des-

pacio el objeto anhelado tardaría más en acercarse, aun cuando en muchas ocasiones la hora esperada, al finar, avalore la hora que pasó. En aquel entonces el contento me brindaba á raudales con mis ideas halagüeñas, con los tardos latidos de mi pulso, las emanaciones de los cultivos en sazón, los tonos grises del cielo, la nitidez azulada de las montañas, con las brisas húmedas del mar y que aspiraba á sorbos; empero...

Yo me había ido acercando á casa de Mariana, pero maquinalmente y basta con cierto desvío, pues se revelaban en mi interior dos movimientos igualmente robustos. A veces, al costear una tapia, cuando la espesura me ocultaba la casa de mi prometida y divisaba la villoría de Marcela, con sus persianas verdes entreabiertas, á mi pesar conocía que la castidad y el acendrado amor de la mujer honrada se eclipsaban al incentivo de la mujer perdida; y que mi espíritu, sorbido por tenebroso sumidero, refluía la pura esencia de Mariana; pero también cuando lograba escapar á su influjo, asiéndome á las horas pasadas, como el que halla en el cielo la estrella que le guía, reverberaba en mi alma el alma de la joven, con sus intensos esplendores boreales.

En una de mis revueltas me acerqué hasta la puerta de su jardín. Detúveme. Desde allí distinguí aún el balconcito con sus balaustres tejidos de blancas y azules aljabas. Hesité. Me decidí por fin á entrar. El parquecillo estaba solo, aislada la sala y en silencio lo interior.

Comencé á subir la escalera, cuyos tramos salvé de dos en dos. No sin tropezar varias veces, llegué hasta el cuarto de Mariana. La puerta estaba abierta; conteniendo la respiración entré... Al principio nada sentí, nada ví; pero, á poco, cuando hube acostumbrado mis ojos á lo obscuro, los objetos se fueron condensando. Las cortinas yacían corridas y cerrados los postigos, lo que me hizo sonreir con tristeza al recordar el tiempo pasado ya para no volver nunca, nunca, nunca. No sé por qué el corazón, de improviso, resaltó con su ijadeo bronco... Entre la sombra, en la pared frontera, pardeaba un pequeño Cristo de marfil y á su lado la Virgen del Carmen; á su pie, doblegada, y de espaldas á la puerta, Mariana. Junto á sí y sobre un taburete de velludo rojo tenia la cajita de sus reliquias, donde hundía su mano para abarcar una fragante cenicilla que llevaba á sus labios, besándola con arrumpes hambrientos. Me figuré que aquello significaba

algo más que una oración; que un dolor intensísimo suspiraba allí, añublando aquel lugar con su vapor de lágrimas. Bien pronto el *Ave María* entrecortado con mi nombre, fué pronunciado en voz llorosa y débil. Adelantéme extendiendo los brazos, con el aliento cortado; pero instantáneamente dí cuatro pasos atrás, en silencio, como si fuese de piedra en realidad y con la ligereza de un fantasma... ¿Qué presentía? qué adivinaba? ¿Por qué no deshice aquel encanto, juntando mi rostro á su cuello nevado, nítido en la penumbra? ¿Por qué aquella ola amarga que inundó mi garganta?... ¿Por qué la rogativa que encovaba en mi interior no pudieron pronunciarla los labios? Es que buscaba á Dios y no lo encontraba.

Salí de puntillas como había entrado; su fervorosa demanda me obligaba sigilo. Principié á bajar. Un empuje vehemente, del alma, de Dios tal vez, no sé, me movía á subir aquella escalera...

Descendíla sin ruido.

Al llegar al jardín me pareció escuchar una plegaria extraña, mezcla de palabras inconexas, de jipido angustioso, de histérica carcajada que barbotó allá, en lo alto, oprimiéndome el corazón con un fío tornillo; pero, pasada la

primera impresión, se me ocurrió atribuirlo al graznido de un cóndor que iba volando á poca altura; además, yo estaba demasiado apegado á los goces de la tierra; malcontento de la hora presente ansiaba la hora venidera, á cuyo pensamiento me sentía desfallecer con alborozo...

***

Encontré á Marcela medio tendida en un confidente, ligeramente escorzado su busto por un almohadón de terciopelo rojo, con cuajadillos de relieve dorados. A mi entrada se incorporó con abandono, indicándome una sillita de paja que me hizo colocar junto á sí.

Aquello parecía la habitación de un hombre y de gusto severo. No había espejos, estampas, ni esas canastillas de flores que tanto placen á las mujeres. Los muebles, de jacarandá, macizos y sencillos. Dominaban los sombríos colores por donde quiera; sólo acullá y aquí aparecía lo rojo como tonos discordantes en la alfombra, las cortinas y el tapete de la consola. Las paredes estaban pintadas á la *grisaille*, reproduciendo embutidos

de madera, de una labor pacientísima, lo mismo que el techo, que con su figurada bóveda imitaba á la perfección la de las antiguas pagodas orientales. Una *esclava negra*, pequeñita escultura de Coustou, de soberbios perfiles, descansaba sobre la mesa entre dos maravillas del arte bizantino: un misal y un enorme jarrón de plata con dibujos de realce, que representaban los trece reyes de Jerusalén, desde Godofredo hasta Federico II, sobrepuesto al arnés el manto real, embrazada la rodela y con el acicate moruno al pie. En uno de los rincones ardían perfumes en montón, entre un hondo pebetero de estaño, y sus espesas emanaciones unidas á las de la belleza en sazón, con tranquila fiebre recostada, entraban en la carne como otras tantas vaporosas cantáridas.

Debajo de una silla, próximo á la única puerta que conservaba descorrida su cortina, velando del todo el aposento contiguo, divisé el extremo de un parasol y un manto enrollado, por lo que presumí que Marcela había salido esa mañana y que tal vez acababa de entrar pocos momentos antes de mi venida.

Nunca me pareció Marcela tan hermosa. Su cabello, estrechamente sujeto por dos tren-

zas, entremezcladas de heliotropos, rodeaban el vértice de su cabeza, contrastando admirables con el marfileño moreno de su tez; tenues motillas en profusión, hechas á tijera, agraciaban la pequeñez de la frente y disimulaban dos ó tres remolinos de las sienes. Su semblante, su cuello, su garganta, sus hombros, sin afeites ni polvos de arroz, remedaban, tersos, la lisura del mármol veteado del Tandil. Acusábase el torso en suaves ondulaciones, bajo su vestido de gro ajustadísimo y negro; dos bulloncillos rizados oprimían su brazo hasta por encima del codo y su escote descendía hasta morir en el comienzo de las incitantes curvas, que al menor movimiento amagaban brotar turgentes y rígidas como el pichón del nido.

Un largo rato nos contemplamos antes de hablar; Marcela parecía serena y risueña, yo estaba desasosegado é inquieto.

Empero, aquel silencio, al prolongarle, se tornaba en ridículo. Marcela, como mujer y por lo tanto más dueña de sí misma, fué la primera en romperle, diciendo con voz apagada:

—Reparo en que no has quedado del todo contento del adorno de esta habitación, ¿eh?

Sí, estoy alojada como un eremita, pero mi madre, que, ya sabes, me quiere como á la niña de sus ojos, no ha mucho que me prometió que...

Aquella frase erizada de proposiciones, conjunciones y adverbios en una mujer de lengua tan expedita, convencióme de que su tranquilidad era sólo aparente, de que algún motivo poderoso la retenía. Era persona que no le hacía ascos al toro, iba á su encuentro en derechura y cuando aquel le esquivaba los cuernos, ella se le prendía de la cola. Luego entonces ¿por qué no abordaba de frente la cuestión provocada por ella misma?

Yo insinué uno de esos diálogos mordaces é incisivos y que Marcela sostuvo con sin igual prudencia. Cuando por acaso aventuraba alguna frase vidriosa, ella, con su respuesta, encontraba el medio de desvirtuarla, tornándola en monda é inofensiva y dándole significado distinto del que realmente tenía. Parecíamos esos hábiles tiradores que se entretienen en describir fintas rápidas y brillantes, tanteando al adversario al combinar el golpe irreparable suspenso en su punta acerada.

—Escucha, Clarence, me dijo por fin la

joven, recogiendo ligeramente su vestido, con cuyo movimiento enseñó su pie pequeñito y coquetamente calzado y la parte baja de su pantorrilla, ceñida por una media roja de seda —te he llamado porque quiero olvidar lo pasado; anhelo la felicidad de Mariana, que es una amiga á quien estimo sobremanera, y conociendo que mi presencia es un obstáculo á su reposo, tengo resuelto suprimirme... eliminar... ¡Oh! es inútil que te esfuerces en comprender el sentido de mis palabras... Ni por asomo intenté jamás contra mi persona, legándome el remordimiento—si es que las almas pueden tenerlo—de haber cedido á la voz del deber..., de anonadarme en beneficio ageno. No, no, soy mujer de otro temple, hazme la debida justicia, no me tomes por una criatura vulgar... Mi intención consiste en alejarme de vuestro trato, en no volveros á ver más; mi amistad por Mariana lo ordena imperiosamente... Déjame acabar, añadió con un leve fruncimiento de cejas, indicando que el disimulo comenzaba á pesarle, mientras una palidez terrosa ganaba gradualmente sus mejillas y sus negros ojos relucían como los de un calenturiento. Esto no habla contigo. Sé á qué atenerme respecto á la intensidad de ese tu cariño,

pobre imbécil, sediento de lo ideal y aherrojado á la materia como á un cepo de cieno inmundo... No me interrumpas, demasiado tiempo he permanecido con este candado en la boca, y llegó por fin la hora, la hora, la hora ¿entiendes? que desde tres meses había, tres meses, tres años, tres siglos, acechaba, acariciaba, palpaba, paladeaba en lo hondo de mi sér como crucifijo de salud este momento supremo.

Marcela se detuvo un instante; yo la contemplaba azorado; siempre muellemente tendida en el sofá y con los ojos medio entornados, extendióme una mano que comenzaba á agitarse, añudando:

—No te llamé, pues, para que conjuguemos el verbo amar, según te lo has imaginado... Lo sé todo, continuó sin darme lugar á responder. Sé que desde esta mañana vagas desatinado, perdido como una embarcación sin gobernalle en noche borrascosa... Cónstame también que te encaminaste á casa de tu novia, en busca de auras de bendición para tu espíritu atribulado, y tu sombrío aspecto me prueba que bajaste como habías subido, tierra, polvo, lodo. ¿Olvidaste que cuando acoge el corazón á la impureza, ésta le aserrucha las carnes y

róe las venas como vitriolo, ahoga todas las afecciones y vive á expensas del honor y de la conciencia?... ¡Ay! yo también conozco su violentísimo embate y si las noches se dotaran de articuladas voces, ellas te dirían cuántas imágenes de voluptuosidad terrible me trajeron en sus alas! Mira, repuso con voz que hervía en su pecho para brotar á silbos de su garganta, mientras su desencajado semblante y extraviados ojos indicaban que su razón tocaba ya los lindes confusos y sombríos de la locura; mira, aun los tengo presentes, como rojiza brasa, esas horas sempiternas de ayer, de hoy, de siempre, de hidrópica sed constantemente avivada y jamás satisfecha! que raja y taladra las entrañas, que borbolla el cerebro como maelstrón de fiebres! que arrebata á contemplarse, á deleitarse, á embriagarse uno mismo con nuestras perfecciones, como íguea y viscosa cule...

Cortóle la palabra un vapor cálido, un hipo formidable que hizo ondular su estómago inflamándole el cuello; sus oídos zumbaron, manchas cárdenas salpicaron su rostro, contrayendo los labios unas ansias acerbas.

Luego se echó á reir; con una voz pausada y lenta, sin inflexiones, igual á un eco,

como si saliera de la boca de un sordo, repuso:

—En cuanto á tí., en cuanto á ese cariño que finges á Mariana..., no existe; es como el de todos los hombres, alucinación de los sentidos. No la quieres, te digo que no la quieres, que no la quisiste nunca! Si así fuera ¿cómo toleraste mi presencia en su casa, conociendo el peligro á que la exponías? ¿Cómo pudiste engañarla, diciendo que habías estado tres años prisionero, cuando en verdad te ocupabas en remoler con las chinas, á pocas leguas de Santiago?

Un movimiento de la cortina me hizo volver rápidamente la cabeza.

—Es el viento, contestó Marcela á aquella muda pregunta, pasando el pañuelo por sus descoloridos labios; he dejado abierta la puerta que conduce al patio, de modo que puedas escapar por allí, si mi madre y Andrea llegaran antes de tiempo.—Vamos, gran artista, hombre de ingenio, imagen de Dios sobre la tierra, señor de la creación, responde á mi invectiva.

—¿Qué quieres que te responda, Marcela? Yo no he visto jamás un cinismo semejante; y si no supiera que estamos solos creería que representabas una comedia: has perdido el jui-

cio por completo... Pero ¿qué extraño, si yo también me siento alelado, confundido, como juguete de una pesadilla? Con tu carta, tus discursos, tu traje y hasta con el aire que aquí se respira... Sí, Marcela, te deseo á pesar de todo, á pesar del recuerdo, del cariño, del amor santísimo de mi prometida...

Acodóse Marcela en su brazo izquierdo y volviendo el cuerpo hacia mí colocó la mano encima de mi rodilla, donde principió á dar golpecitos con los nudillos; en seguida, en voz baja, como si temiera escucharse á sí misma, y con los labios tan cerca de mi frente, que cada una de sus palabras corría sobre mi piel como un airecillo suave erizándome los poros, murmuró:

—Escucha, querido Clarence, tú no debes casarte... los hijos de la inspiración y del genio han de ser libres, libres como el vuelo de su fantasía, como el Dios que les formó á su verdadera hechura. Créeme, los cuidados del hogar son incompatibles con los éxtasis que el arte proporciona... Esa mujer no te merece... es buena, ya lo sé, pero ha nacido para esposa de un tahonero y no para compaña de un joven de tus prendas... ¿Te figuras que el amor ideal—humo, quimera—prevalezca

sobre el amor de la materia? No; por un decreto altísimo y fatal sucede lo contrario. El primero es atributo de los corazones jóvenes, el segundo, el amo de los que gobiernan el mundo... ¿Tú, convertido en hombre de su casa, que arregla las cuentas de la lavandera y vela por la higiene de los pequeñuelos? ¿Mi Clarence, trocado en ama de llaves? ¿Tú, el pintor eximio, tirando del cajon de la mesa para contar las velas de sebo y regañando á la criada, por dos centavos de arroz sisados al puchero? Tú debes unirte á una cadena de flores y no á ese yugo que sólo desata la muerte... Mientras tenga el artista la imaginación fresca y segura la mano continúa siempre joven, siempre hermoso, siempre lozano... Pero... ¿y la mujer? ¿Supones que la amistad, residuo del amor, pueda hacer sus veces cuando el talle perdió su esbeltez, se marchita el semblante y comienza á blanquear el cabello? El casamiento, mi buen amigo, es la coyunda del amor... y aquel arreo encallece la cerviz más altanera. Una esposa siempre es exigente... Mientras que yo... ¿qué te pediría? Nada. Te brindaría con más positivos goces que la otra..., sería siempre para tí tu ángel bueno, tu amante, tu guía; por tí

me siento capaz de todo... Tendré hasta esos pudores de la doncella y los sobrehumanos deleites de la Mesalina...

Marcela, que continuaba hablándome al oído, dió tal expresión á estas últimas palabras, al tiempo de rozarme la frente con su encrespado flequillo, que un irresistible arranque me botó del asiento y cogiéndola fuertemente por las muñecas dejó caer, sobre ella todo mi peso, para sujetarla en el sofá.

Un grito agudo salió de su garganta y perneó y agitóse por escapar á mi robusta embestida. Al hurtarme el cuerpo, apoyándose con vigor en los riñones, uno de sus senos se incorporó brotando de su escotadura con movimientos trómulos.

Me envolvió un calor tórrido con la violencia de cien torbellinos pujantes, llenando mi razón de sombras. Al tiempo de repelerme con ligeros empujes, me atraía con su acelerado resuello, sus entornados ojos y sus ropas en desorden... Del primer envión sujeté aquellos esfuerzos que se iban debilitando cada vez más; cayeron de mis fauces hasta bañar su rostro las babas hediondas de la lujuria y que ella vencida, deshecha, deglutía con salvajes ansias; luego reuniendo su nerviosa fuerza clavóme en el

cuello sus dientes, que crugían, y dando un salto de costado fué á caer sobre la alfombra en convulsión horrorosa.

En ese momento ví la cortina agitarse, abrirse y rodar hasta mis pies el cuerpo de Mariana, inerte, cadáver, yerta; con los ojos espantosamente abiertos y en sus labios una línea de sangre, entre sus dedos crispados y férreos apretaba la cajita en que tenía sus reliquias como precioso talismán de amor.

Baños de Cauquenes, Agosto-Noviembre de 1892.

VOCABULARIO

De algunos términos chileños y argentinos empleados en esta obra

ALBARDÓN. Estrecha y ligera elevación de tierra, que se prolonga á mucha distancia.
BATARÁS. Color gris, muy semejante al de la gallineta.
BICHO MORO. Especie de cantárida.
BOCADO. Helado de crema.
BOLINA. Batuque, batifondo, bochinche.
BRUSQUILLA. Arbusto enano, sin hojas y de profundas raíces.
CACHAFAZ. Calavera.
CARACÚ. Médula.
CARRO. Tramway.
CAZUELA. Especie de puchero de gallina ó cordero, aderezado con grasa y especias.
CIÚTICO. Compadrón.
COPUCHA. Vejiga de grasa.
COYLE. Fruta silvestre.
CURAO. Borracho.
CUYANO. Denominación de los gauchos del interior y, como injuria, de todos los argentinos en general.
CHARAMUSQUEAR. Rebuscar hierbas y desperdicios.
CHARQUEAR. Cortar y extender la carne en láminas delgadas.
CHARQUICÁN. Chatasca.
CHAUCHA. Moneda de veinte centavos.
CHAYA. Carnaval.
CHINCHULES. Chinchulines.
CHINGUE. Zorrino.
CHOPAZO. Puñetazo.
CHORO. Ostra negra, de sabor exquisito.
CHUCEAR. Pinchar.
CHUCHOCA. Orejones de zapallo.
CHUPANDINA. Borrachera.
DESPACHO. Boliche.
GUAGUA. Nene.
GUARANGUERÍA. Falta de urbanidad.
GUASO. Campesino de Chile.
GUATITA. Panza de carnero.
HURGUETE. Revoltoso, curioso, travieso.
JAIVA. Especie de marisco.
LAMPALAGUA. Serpiente que, según los habitantes de Mendoza y San Juan, atrae su presa con el aliento.
LAUCHA. Ratoncillo.
LESO. Zonzo.
MACIEGA. Maleza.
MALHAYA. Matambre.
MALTA. Especie de cerveza.
MAMPATO. Petiso.
MEY. Maíz.
MOTE. Mote.
ÑARRA. Friolera.
PACO. Milico.
PAN DE GRASA. Pan criollo.
PELAR. Quitar el pellejo.
PETIZO. Ñato.
PICANA. Aguijada.
PICARONES. Fruta de sartén, compuesta de harina batida con huevos, que, por cucharadas, se fríe en aceite y, después de tostada, se baña con almíbar ó miel clarificada y subida de punto.
PIJÉ. Guarango.
PISCO. Aguardiente.
PLANCHAR. Permanecer sentada toda una noche de baile.
POLOLEO. Farra.
POTO. Tafanario.
QUELTEHUE. Terotero ó teu-teu.
RECADO. Pesada y complicadísima montura de los gauchos.
REMOLER. Farrear.
REPRESA. Excavación donde se recoge el agua de lluvia destinada á la hacienda vacuna, en ciertas provincias argentinas del Norte. Depósito de madera, para el mismo objeto, en los ajagüeles de los campos de Buenos Aires.
ROTO. Hombre de la plebe de Santiago; trabaja toda la semana, oye misa con devoción, bebe como un suizo y roba cuando le parece oportuno. Es fanático, [illegible]roz y estúpido.
SOPAIPILLAS. Tortas fritas.
SUCUCHARSE. Agazaparse.
TARRO. Sombrero de copa.
TEMPLAO. Encamotado, amartelado.
TEMPORADA. Considerable espacio de tiempo consagrado á una sola persona, en un baile.
TIENTOS. Seguillas anexas al recado, para colgar el lazo, las maletas, etc.
TIRO (al). Prontísimamente.
TRARO. Carancho.
VALDIVIANO. Guisado de charque, cebolla y agua caliente. Dicen que antes de la toma de Tarapacá este plato constituía el puchero de la burguesía chileña.
ZARAGOZA. Variedad del melocotón.